

RECuento de Almas

El reloj de Torrelisa

Jaime Sánchez Ratia

“En aquesta tierra, cuando los niños son chicos, ellos tienen los cabellos canos, e quanto más crescen, se les tornan negros.”

—Juan de Mandevilla, *Libro de las Maravillas del Mundo*)

C A P Í T U L O P R I M E R O

SEPAN TODOS COMO YO, BUENAVENTURA DEL PODIOVENTOSO, caballero y labrador y teósofo, natural de la villa de Falcet y de a lo que conté XXXVII annos, soltero, llegado el momento supremo del que nadie face burla o irrisión, he decidido, no ya hacer y ordenar hacer testamento, del que ninguna utilidad habría, habiéndose disuelto mis posesiones y haciendas en la lejanía de esta dolorosa situación a la que la fortuna me ha traído, sino más bien dejar escritos y firmados estos pliegos, en los que trataré de recontar fielmente lo que de extraño y algarivo tuvo mi vida y en particular los acontecimientos que me condujeron a este triste fin que adivino en los rostros que me circundan solícitos. Habré de hacerlo a escondidas y en temor de ser descubierto, ya que hasta este pequeño descanso y desahogo me es negado. Sed benevolente pues, lector futuro si lo hubiera, y pensad que no hice esto como ejercicio literario y de exultante dominio de la escritura y de las historias imaginadas, que nunca tuve, sino más bien a manera de último mensaje de un náufrago que se resiste a pasar su postrer trago sin la esperanza de que otro ser humano comparta su dolor y sorpresa.

Quien quiera que seas, no pienses que la fantasía o la alucinación han arañado mi entendimiento. Culto soy, pues caballero, y labrador fui, pues cabal. Es en esta hora final, cuando observo febrilmente correr la arena y apenas fuerzas me restan para dar la vuelta a la ampolla, que no ha sitio para fantasía alguna. Comenzaré pues.

Nací —como ya dije desuso— en la villa de Falcet, en el año del Señor de 1287. Mi padre era conde de Agonciello y Noblejas y Señor de Falcet. Allí habitábamos un castillo que perteneció a la tribu beréber de Cinheja, la que luego ocuparía la villa de Saracosta, enrocándose en ella y siendo expulsada después. Mi padre era viudo, pues mi madre había fallecido en mi alumbramiento, y no era hombre de muchas palabras. Aunque muy veleidoso, sus pretensiones a caballero de la corte se habían ido desvaneciendo con el correr de los años, al ser hombre solo y por lo tanto de poca confianza al lado del rey. Por otra parte, su obstinación desde la muerte de mi madre por la soledad no le ayudó a encontrar sustituta ni barragana, por lo que se fue enclaustrando día a día, sin salir del castillo —que se caía a pedazos entre la indiferencia total de servidores y alarifes— sino para la práctica de su deporte favorito, la caza.

Para ello utilizaba una recia ballesta, ya desusada en su tiempo, pues a la sazón todas las voces cristianas habían clamado contra su uso, dado lo inhumano de los destrozos que causaba. Pero esto a mi padre traíale sin cuidado y no hacía caso siquiera de las habladurías

de siervos y criados —que huían de su paso cada vez que cabalgaba de mañana hacia los campos—, ni del descontento de nuestro cocinero, Pero, que se las veía y deseaba para presentar debidamente a la mesa los restos descuartizados con los que mi padre volvía sombrío a la caída de la tarde. A menudo las perdices perdían un ala o incluso las dos, o el cuerpo no era sino una piltrafa alargada en la que sólo la piel y los huesos habían permanecido en su sitio, perdiéndose en la lejanía las partes que pudieran justificar semejante práctica: tal era la potencia que aquel siniestro y oxidado artilugio de metal desplegaba. Llegué a pensar, dada la calma y placidez con las que mi padre se levantaba a la mañana siguiente al día de caza, que para él, y que Dios me perdone, aquellos animales ensangrentados tenían nombre y apodo.

Sin embargo, no se piense que mi progenitor era hombre sanguinario y desesperado. Su cultura era muy grande y había crecido sobremanera después de la muerte de mi madre. Las largas horas de invierno, en las que nada había que hacer en el castillo salvo tratar de esquivar los fríos corredores y helados rincones que unían los aposentos con el refectorio de la chimenea principal y la biblioteca —en donde pendían los maltrechos blasones— le hicieron leer en exceso.

Íbamos por las salas como si alguna ansiedad nos agitara, cruzándonos servidumbre y señores por la escalera de caracol con priesa, desdeñando la contemplación de los no pocos frescos y murales que adorn-

aban la sala que daba paso a nuestro refectorio. Con el tiempo, las cocinas se convirtieron en el centro de reunión de los criados y palafreneros, y la biblioteca en el refugio asiduo de mi padre. A mí no me quedó más remedio que acabar confinado en la pieza más grande, en donde las horas se me alargaban vacuas y muertas. Mi padre, absorto en sus libros o en la contemplación de las llamas que chisporroteaban incansables en el hogar enorme, no dejaba de alzar la vista con ojos interrogadores cada vez que yo me adentraba en sus dominios. Yo me veía obligado a buscar algo, pretextar cualquier excusa o, simplemente, retirarme tras alguna observación banal, lo que, con el tiempo, acabó por desanimarme y dejé de entrar en aquella sala. Por otro lado, con los criados no tuve mejor suerte, ya que no era lo acostumbrado que el hijo del señor y dueño del castillo se introdujera en sus dependencias. La misma mirada interrogadora me perseguía cada vez que aparecía por las cocinas del castillo. Me vi, pues, abocado a permanecer solo, sentado en el gran poyo de piedra de mi aposento, frente a la chimenea.

Durante los largos días de invierno la nieve solía cubrir no pocos meses las contadas techumbres de Falcet. El bosque era impenetrable entonces, no sólo porque los caballos se hundían en la nieve hasta la panza: los lobos eran los dueños y señores del territorio durante lo más recio de la estación. Había tantos que no pocas veces se atrevían a merodear por las casas y llevaban a cabo grandes matanzas, que estremecían al pueblo y le hacían encerrarse todavía más. Algunas

noches, los aullidos de los lobos se confundían con los gemidos de las plañideras moras tras alguna desgraciada pérdida. Yo los escuchaba desde mi lecho y permanecía quieto, aterido e insomne hasta el alba.

En sus años de juventud, mi padre había mantenido estrechas relaciones con los sarracenos. Esta era la principal causa del desagrado que su presencia producía entre algunos miembros de la corte. Por haber vestido los hábitos menores, preparándose para servir a Dios, había trabado relación con Raymond de Penyafort, que a la sazón era epíscopo de Barcinona y hombre muy versado en letras. Por azares del destino y dada su facilidad para el manejo de las lenguas, fue destinado, junto con otros novicios, a aquella ciudad, en donde le fue encomendado el estudio del árábigo y del hebraico, a fin de mantener disputas con los sabios judíos y sarracenos de Valencia y Aragón. Allí permaneció tres años, según he sabido después, dedicado al estudio y a la oración. Si bien de lo último no le quedó gran huella —en el castillo no hubo nunca religiosos, como no los había en el pueblo— de lo primero le permaneció un gran conocimiento de la lengua árabe, que le permitía leer libros en esa jerga, así como conversar con los numerosos criados y siervos sarracenos que vivían en el castillo. De entre sus libros, muchos estaban en algarabía y en especial recuerdo uno, al que tenía gran y misteriosa estima, que dijo haber sido compuesto por Raymundo Lulio en persona —nombre entonces desconocido para mí. Era una suerte de vocabulista o libro de glosas, en lengua latina y árábigo, que contenía

gran parte de las voces usadas entre los sarracenos, aparejadas a las correspondientes latinas. No más grande de un palmo, lo tenía siempre cerca de sí, consultándolo cada poco y guardándolo luego con esmero en una caja de cuero damasquino que él mismo había confeccionado expresamente para el libro. Era muy grueso y recuerdo que los signos y algarabías estaban escritos en varios colores, rojo, ocre y negro, y que la vitela era negruzca y grasienta, debido al frecuente uso y a la poca estima de mi padre por el agua y la limpieza de su cuerpo.

Allí, en la gran sala repleta de códices, se pasaba pues las horas leyendo, e incluso recitando en voz alta obras extrañas, en latín, hebreo y árabe, alejado del mundo y absorto en sus ensoñaciones y delirios. Mientras tanto, los campos dormían incultos y marchitos y los criados y siervos haraganeaban y folgaban por las eras, extendiéndose a veces en solazamientos que, rápida pero imperceptiblemente, hacían crecer la descontenta población a su cargo. Los bosques, que mi abuelo solía recorrer cada día a caballo acompañado de varios palafreneros en previsión de pillajes por parte de la plebe, estaban ahora esquilados y tan sólo las incursiones de mi padre provisto de su mortífero aparato suponían algún alivio para ellos.

Además, cómo no, mi padre envejecía a todas luces y no era raro que de sus cabalgadas volviese de vacío, cansado y de un humor de mil satanes, maldiciendo y blasfemando tan horriblemente que hasta los propios infieles que lo escuchaban se estremecían y

huían musitando jaculatorias en su lengua bisbiseante. Sus ojos estaban cansados de tamaño exceso de lectura y, a medida que aumentaron sus insomnios, la mujer del cocinero se vio impotente ante la cantidad de cirios y hachones que se veía obligada a fabricar, con lo que hubo que traerlos de fuera.

A la postre, muchos de los días, mi padre se quedaba dormido ante los códices y atriles, y velas y fuego se consumían, despertándose él paralizado y agarrotado por la mala postura. Yo despertaba también al oír sus quejidos y, tras andar a trompicones hasta la biblioteca helada entre bostezos, me lo encontraba en semejante estado, cosa que le avergonzaba sobremedida. Recuerdo haber recorrido muchas veces los pasillos hasta su alcoba, él temblando como una hoja seca, yo todavía no desvelado del todo y algo impaciente ante su lentitud. Lo acostaba y le introducía en el lecho las ampollas de agua hirviendo que los criados habían dejado previamente cerca del fuego. Mi padre, entonces, entre el sueño y la vigilia, solía romper la cáscara que lo mantenía alejado del mundo y de mí mismo y me hablaba, mientras la sangre volvía a sus violáceos miembros. Así supe yo estas cosas que estoy contando y otras más que espero que me sea dado referir. Solía hablar quedo e inconexo, diciendo a veces cosas en lenguas que yo no entendía y riendo otras muchas, lo que, dado lo triste de su situación, me turbaba lo indecible.

Una noche, me despertaron sus quejidos de auxilio y yo, cansamente, me levanté, abrigándome

como pude. Para mi sorpresa, no era lo habitual. La habitación estaba iluminada y caliente, pues el fuego ardía alegremente. Los grupos de velas que mi padre solía reunir cerca de sí permanecían todavía mediados. Estaba sentado en su silla de tijera, vuelto de espaldas a mí. Había cerca de él un libro tirado sobre las lajas, que diríase que se hubiera zafado de su mano. Sin volver el torso hacia mí, me dijo:

—Hijo, he perdido la visión, nada veo. Despierta a los criados y que traigan al físico.

Yo salté corriendo hasta los aposentos inferiores y llamé a gritos al palafrenero, que acabó por salir, somnoliento e indiferente. Conseguí por fin que entendiera mis explicaciones y desapareció por el portalón de entrada, galopando sobre la nieve. Volví a subir cabe mi padre, a fin de hacerle compañía hasta la llegada del físico. Lo encontré en la misma postura y además. El libro, que pude ver que era el vocabulista que ya he mentado desuso, estaba ahora en su regazo y él lo acariciaba una y otra vez, con los ojos glaucos y sin vida fijos en el fuego. Así permanecemos ambos sin movernos largo rato, hasta que abrió la boca y dijo con voz temblona:

—Tu abuelo reconstruyó este castillo con la ayuda de sus manos y un grupo de mozárabes que le fueron fieles. Aquí nací yo, aquí naciste tú. Te ruego, Buenaventura, hijo mío, que lo abandones a mi muerte para siempre. Allá fuera, tras las montañas, todo está cambiando. Yo llevo el estigma de la desgracia en mis venas. En la corte me odian por haber acercado a las reli-

giones y los pueblos, y por haber mantenido la palabra dada a los sarracenos de buena ley. Los reyes son pasto de la prepotencia. Nada harás ni a nada llegarás con mi nombre. Te ordeno pues que, cuando mi cuerpo haya recibido la tierra, embrides y ensilles un caballo y galopes cuanto más lejos puedas, sin detenerte ni mirar atrás. De lo contrario, si no lo hicieres, el tiempo te hará comprender mis palabras, y tú te lamentarás por ello amargamente el resto de tus días.

Dicho lo cual, permaneció absorto, sin que hubiera lugar por mi parte a asentir o disentir, ya que no parecía estar concentrado sino en sus propios pensamientos.

El silencio que siguió se vio roto por la llegada aparatosa del palafrenero. No había podido traer al físico, ya que él mismo agonizaba de una alferecía sin que nadie supiera hacer nada por su vida. Venía en cambio con el alfageme, hombre delgado y siniestro, cuyo único conocimiento de la medicina se basaba en el arte de la sangría, práctica que tiene —las más de las veces— el voceado predicamento de acelerar el óbito, ahorrando padecimientos a los enfermos que a ella se someten.

Avanzó el alfageme por la sala, mirando de reojo los códigos que se apilaban por las alacenas e investido por la autoridad que le confería la segura e inminente desaparición del físico. Escudriñó los ojos de mi padre y, en tono solemne, anunció:

—Hay que sajar —al tiempo que de una talega que portaba al cinto extraía una aguda lanceta. Se le

trajo agua caliente en una bacía y procedió a cortar la vena del brazo, que empezó a manar sangre a golpes. Mi padre perdió el conocimiento y, tras vendársele prietamente la incisión en el brazo rasgado, el palafrenero y yo lo transportamos hasta su alcoba, en donde quedó tapado hasta la cabeza.

A la mañana siguiente, mi padre salió de su alcoba por su propio pie. Aunque vacilante y muy pálido, había recobrado la visión y eso pareció animarle mucho. Pero ya no volvió a vérsele con un libro entre las manos, ni siquiera con su vocabulista desgastado. En adelante, se dedicó casi exclusivamente a la que sería la tercera y última de sus aficiones: la música.

Yo, mientras tanto, había ido creciendo en el más absoluto de los abandonos. Mi tutor había muerto al poco de cumplir yo los ocho años y, aunque mi padre pasó muchos meses perorando sobre la necesidad de encontrarle sustituto, poco a poco el asunto se le fue olvidando, llegando a ser sus observaciones sobre la cuestión esporádicas, e inexistentes al cabo. Así pues, teniendo yo los rudimentos de la lectura y escritura, fui formándome solo. Leía libros que escogía entre los que atestaban las alacenas de mi padre, dejándome llevar tan sólo por su color, los cierres más o menos atrayentes y, en la mayoría de las ocasiones, su pequeño peso y tamaño, que permitía leer sin gran esfuerzo físico ni desaires. Me maravillé con las historias de países lejanos, intuía ciertos significados y vagas y equívocas imágenes entre los autores latinos, cuya lengua era ya ignota entre

nosotros y, finalmente, me aficioné al juego del escaque, en el que llegué a demostrar una pericia inigualable.

Solía practicarlo con uno de los criados musulmanes, Hamed, al que llegué a apabullar con mis conocimientos. Era éste hombre enjuto y, a lo que decían, de gran sabiduría en las leyes de su religión. Había sido sirvo de mi padre en Barcinona, de la que huyó al avanzar las huestes del rey Alfonso, volviéndose con mi padre y su numerosa prole hasta Falcet, en donde gozaba de especial confianza cerca de mi padre, no en vano conversaban ambos regularmente durante horas en su extraña lengua.

Con la sobrevenida dedicación de mi padre a la música, la relación de ambos se estrechó todavía más, y creo poder decir que era el único servidor que le tenía sincero y leal aprecio. Solía rezar, manifiestamente y en público, ante la admiración del resto de la servidumbre sarracena, que ya hacía tiempo que lo hacía secretamente. Las pérdidas y derrotas de las huestes de Mafumet habían hecho crecer la animadversión de las gentes contra su secta y no era raro que risas y reproches acompañaran las alharacas de los sarracenos, hilaridad y burla que estos recibían con resignación teñida de indiferencia. Yo, a veces, lo observaba cuando, al caer el sol, se inclinaba en el patio y se flexionaba y enderezaba y tornaba a sentarse. Su concentración evidente y la devoción con la que llevaba a cabo semejantes ejercicios me acabaron de convencer de su rectitud.

Durante nuestras interminables partidas casi no

cruzábamos palabra y él, dado que era muy torpe en nuestra lengua, se limitaba a decir vocablos relativos al juego: *tórnase dona*, *ruj*, *chajmat*. Estos eran los únicos sonidos que salían de sus labios, y los decía con tal acento extraño y con voces tan desusadas —pues él las había aprendido, como decía, de los mochárabes de Barcelona— que yo no podía contener la risa al escucharle. Era digno y elegante, y nadie se atrevía a tratarle como a un criado. El único desmán que se permitía era el descalzarse durante las partidas y tocarse los pies desatadamente, no interrumpiendo esta actividad sino cuando la jugada era suya y había de mover algún trebejo, cosa que hacía con la misma prestancia.

Nuestras partidas se vieron interrumpidas por su desaparición, que tuvo lugar por primavera. Un día entre tantos, nadie supo dar razón de él. Se le buscó por todas partes, de día y de noche, hasta que se perdieron las esperanzas de encontrarlo. Su mujer, Fátima, le solía esperar todas las tardes bajo la albarrana del castillo, musitando oraciones mientras trabajaba los cueros, actividad en la que los sarracenos sobresalían por su destreza. Al acabar el verano, época en la que se solía emprender la draga del pozo, encontraron su osamenta blanquecina hincada en el limo del fondo. Salvo Fátima, nadie lloró su muerte. Habían pasado meses desde su desaparición y su vuelta, aun bajo la forma de unos tristes despojos, nos tomó a todos de sorpresa. El asco y la aversión que nos produjo el haber apurado sus humores putrefactos durante tantos días mitigaron bastante nuestra tristeza.

Esta vida aburrida sólo se veía alterada algún verano por el paso de tropas o de caballeros en lucha, que se dirigían hacia el sur atraídos por las noticias de batallas victoriosas contra los musulmanes. Hacían alto en nuestro castillo y pernoctaban, y no era raro que acabaran discutiendo con mi padre o enfureciéndolo. La mayor parte de ellos eran niños o muy mayores, y venían con una alegría o una inconsciencia —según los casos— desmedidas. Mi padre solía afirmar que eran ellos los causantes de los males que malquistaban al pueblo y asolaban los campos, pues a menudo fomentaban el odio y la discordia entre gentes que, hasta su llegada y aun después de su marcha, convivían pacíficamente. Pero los recibía con todos los honores de que nuestro castillo era capaz y demostraba una sumisión y una cordialidad para con ellos que no dejaban de sorprenderme. Así teníamos noticias de los acontecimientos que se sucedían fuera de nuestra región, o su paso se convertía no pocas veces en ocasión para la adquisición de algún libro o legajo, lo que para mi padre siempre era motivo de consuelo. O de despilfarro, según los casos.

La indiferencia de mi progenitor creció con los años. Por ejemplo, nunca se preocupaba de hacer justicia, siendo así que tenía carta para ello. En los casos más clamorosos, procedía a la expulsión de la villa de los criminales, que acababan en otras villas y partidos, extendiendo la mala fama de mi padre como señor del feudo. Esto, a su vez, hacía crecer los odios de los señores lindantes. Al fin y al cabo, a mi padre sus siervos

le tenían sin cuidado, pero detestaba los espectáculos sangrientos que tanto agradan a la canalla y, sobre todo, el hacerse ver en público para la sesión. Su indiferencia era mucho más criticada cuando los reos eran sarra-cenos. En aquellos casos, los rumores se extendían por el pueblo durante días.

Sin embargo, y desde su pasajera pérdida de visión, su atención quedó reducida solamente a dos actividades: la música y la caza. Los días de labor solía practicar la primera de ellas. Los de feria, la segunda.

Su dominio de los instrumentos no era excesivo, pero el placer que en tocarlos y tañerlos encontraba parecía recompensarle. Su instrumento preferido era uno denominado viola rocta, que había traído de Barcelona. Era una especie de laúd, con una rueda que rozaba los bordones al accionar su manivela, produciendo un sonido muy estridente y no menos triste. También solía tañer unos atabales que se hacía confeccionar de los criados moros.

Tenía una extraña afición por tocar al atardecer, entre las almenas del último torreón que todavía permanecía de pie, el de poniente. Solía subir con el instrumento y una ampolla de vidrio y ejecutaba su melodía, poniendo un empeño algo anormal en que la última de las notas acompañara al último de los granos de arena en su caída a la ampolleta inferior. Si esto no sucedía, invertía la clepsidra y tornaba a empezar la melodía hasta que coincidían ambas, cosa que rara vez tenía lugar. No era extraño que la oscuridad le sorprendiera intentando

simultanear melodía y tiempo sin éxito. El pie del torreón estaba sembrado de vidrios rotos y de pequeños montoncitos ocres que destacaban sobre la nieve.

C A P Í T U L O S E G U N D O

DEBIÓ DE SER HACIA EL AÑO de 1301 cuando nuestra monotonía se vio turbada por la llegada de un extraño. Era un invierno muy crudo. Las copas de los abetos estaban combadas por el peso de la nieve y sólo el camino que lleva a Legio estaba expedito. Vinieron a avisar los criados de la llegada de un viajero que solicitaba asilo de la noche y del frío. Lo hicieron pasar y comprobamos con sorpresa que se trataba de un niño que no aparentaba más de nueve o diez años. Traía caballo enjaezado de brillantes colores y una loriga, excesivamente grande para él, le ocultaba el pecho y gran parte de las piernas. Se dirigió hasta mi padre y le saludó cortésmente, con estas palabras que todavía recuerdo:

—Soy un viajero extraviado en la noche por la ventisca y solicito de vos calor y asilo hasta poder reemprender mi viaje. Me llamo Bernardo de March y me dirijo a la villa de Torresluengas, de la que soy físico. Puedo recompensar vuestra hospitalidad.

Tras lo cual, sin esperar respuesta alguna, se dirigió al fuego y tomó asiento en uno de los bancos, dándose calor y frotándose las palmas ateridas.

Mi padre, no menos atónito que yo por la

propiedad y la compostura de las afirmaciones de aquel adolescente, quedó un instante confuso pero, reaccionando al cabo, le espetó en un tono ligeramente irónico:

—Sea como decís. Y puesto que sois físico, bien pudierais examinar mis ojos y decirme cuál es la solución para la fatiga que en ellos noto.

—Lo haré inmediatamente— respondió sin vacilar, a la vez que se dirigía a su zurrón, que había depositado a su entrada, y extraía un vidrio opaco y grueso con el que se dirigió a mi padre. Examinó a través de él sus ojos y se retiró después afirmando:

—Sois muy joven para tener los ojos enfermos y, sin embargo, así es. No acabo de comprender. Es probable que sufráis una pérdida pasajera de visión, de algunas horas, pero sin importancia. Los frotaréis con algaraminda y matalahúva y encontraréis en ello alivio. Yo mismo, si os es de algún consuelo, lo hago desde hace años y jamás sufro por su causa.

Aquel desvarío fue excesivo. Mi padre se vio, sin embargo, consolado en cierta manera por la idea de ser considerado demasiado joven y nada respondió, a pesar de que la demencia de aquel chiquillo era evidente.

Pero eso no fue todo. El infante, volviéndose hacia mí al tiempo que introducía su vidrio en el zurrón, me dijo, con un bien expreso tono de advertencia en la voz:

—Vos, con más razón debierais hacer lo propio.

En la conversación que siguió durante la cena, el tal Bernardo de March demostró unas dotes y una claridad de entendimiento fuera de lo común incluso en una persona adulta. Habló con naturalidad de filosofía y teología y demostró tener conocimientos de geometría, aritmética e incluso poesía y música. Yo, que permanecía en silencio, no pude por menos que maravillarme ante semejante niño —tendría cuatro o cinco años menos que yo— al tiempo que me avergonzaba de la escasez de mis conocimientos y hacía votos de enmienda respecto a mi educación y formación.

El adolescente, sin embargo, ante algunas observaciones de mi padre, permanecía absorto y como ido, e incluso diría que perplejo. Pero tornaba en sí al cesar mi progenitor su monólogo, y reanudaba la conversación mudando el trasunto.

Pasadas las primeras tensiones de la relación y una vez que el buen vino servido a la mesa hubo quebrado la frialdad que ha lugar entre desconocidos, el invitado se decidió a hablar en confianza, lo cual hizo tras arrellanarse en su asiento y apurar la copa levantándola exageradamente.

—Sin duda os habrá extrañado, mi señor y anfitrión, mi repentina aparición en la noche. Pero siendo que estoy en deuda con vos, os daré la explicación que considero debo, a fin de satisfacer vuestra muy natural curiosidad. No soy ningún guerrero ni se sienta ante vos ninguna suerte de caballero atraído por los huesos

oropeles que los reyes prometen a cambio de la sangre vertida a sus expensas. En nuestra villa nadie conoce ni tiene noticia de las guerras cuyos ecos atruenan por estos lugares. Soy físico de Torresluengas desde hace muchos años y jamás sentí la necesidad de salir de esta villa, hasta que un caso difícil que aconteció a uno de mis pacientes me impulsó a abandonar el valle y pedir ayuda y consejo a otros físicos. Salí pues hace tres meses y héteme aquí que regreso sin haber logrado la ayuda que esperaba. El caso es harto extraño y por más que lo he recontado y descrito en otras villas y ante otros médicos, nadie ha sabido decirme cuál es el mal que aqueja a mi paciente, por lo que temo que no ha de haber solución para él. Me entrevisté con médicos de Saracosta, que han reputada fama, e incluso lo hice con algunos de los sarracenos, pero vuelvo triste y derrotado a la villa de Torresluengas, en donde mi reputación habrá de verse sin duda en menoscabo, pues hasta aquel día nefasto, nada de lo que a los humanos es de evitar había acontecido, y ni uno de mis villanos hubo de dar su último paso sin que Nuestro Señor Jesucristo así lo hubiese dispuesto. Pero espero de vuestra discreción que no me habréis de interrogar por el mal que a mi villano concome, pues tal es la hilaridad e irrisión que mis preguntas han levantado entre mis colegas que me hallo escarmentado y dolorido, y la duda de si el mal es menos grave me hace reflexionar acerca de mi conducta y aptitudes. Sí os ofrezco cortésmente por contra que devolváis esta visita a mi modesta casa, con lo que podréis juzgar por vos mismo la gravedad de tan hor-

rendo mal. Estoy convencido, no obstante, de que ha de tener mala solución, pues en estos meses he visto tantos casos, tan semejantes y similares, sin que físico o alfégame parara mientes en ellos, que la singularidad del mío se ha desvanecido y mi interés ha ido decayendo. Pues triste es reconocerlo, pero los físicos nos solemos ver atraídos tanto más por las benignas y raras enfermedades que por las comunes y letales. Pero ahora pasaré a referiros lo realmente extraño y singular de mi historia. Hace ya un mes que vago por estos parajes, entre el frío y la nieve, sorteando los lobos y otras alimañas del bosque y pasando y atravesando y recorriendo los mismos caminos y sendas. Por más que busco y atisbo, no consigo dar con el camino real que lleva a Torresluengas, lo cual me llena de angustia y ansiedad, pues temo que a mi retardada vuelta mi paciente haya fallecido y mis observaciones de casos parecidos allende el pueblo hayan de verse sin parangón. Sería de gran alivio para él sin duda el saber que su mal afecta a otros hombres, y que los físicos no ponen cuidado en ello, por lo que sus esperanzas de superarlo henchirían su corazón. Os rogaré pues que os sirváis guiarme por medio de uno de vuestros siervos hasta la encrucijada que se encuentra a tres leguas de la calzada de Legio, pasada la cual sabré orientarme sin dificultad.

—No temáis, pues así se ha de hacer —respondió mi padre, que había estado escuchando atentísimamente las palabras de aquel jovenzuelo, al tiempo que se acariciaba la barba—. Y sabed que me complacería sobremanera —añadió— visitaros en vuestra

villa, pues no he oído nunca hablar de ella y, siendo que está tan próxima a Falcet, necesario será que la conozca.

—Seréis muy bien recibido en ella —contestó Bernardo de March—, y solamente os habréis de dejar conducir por vuestro criado, al que yo mismo enseñaré cuidadosamente el camino.

Levantándose, agregó:

—Bien, mi señor y anfitrión, no desearía alargar la sobremesa con más charlas. Os deseo una buena noche.

Se fue y tras él nos retiramos mi padre y yo, toda vez que hubo pasado el instante propicio de continuar la conversación con aquel extraño personaje.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, nuestro huésped había partido ya. A la caída de la tarde, a pesar de que el frío atería los músculos y cortaba la carne, mi padre salió a la reja del castillo y se sentó a esperar al criado, pues deseaba informarse de la situación de aquella villa. Pero el criado no volvió esa noche ni nunca. Debió de perderse en la oscuridad y fue pasto y alimento de los lobos, o tal pensamos entonces. Mi padre se llevó un gran chasco y, por más que indagó, personalmente incluso, entre la plebe y los campesinos del pueblo, nadie supo darle razón de aquella villa ni confesó haber oído su nombre jamás.

Aquel episodio fue olvidado y nadie en el castillo volvió a mentarlo ni a referirse a él. Tan sólo mi padre hacía de vez en cuando alguna referencia, enarcando las

cejas y quedándose pensativo y malhumorado. Él también acabó por olvidarlo.

Pasó el invierno y tras él el verano. Fue hacia finales de éste —en esa época en que las hojas de los árboles empiezan a quebrarse cual pergaminos— cuando tuvo lugar la muerte de mi padre. Los acontecimientos se sucedieron tan rápidamente que ahora, después de tantos años, llego a mezclarlos y a confundir su orden.

Había salido de caza con su ballesta y transcurrió el día sin que supiéramos de él. Cuando empezó a oscurecer y los criados encendieron los velones, cosa que solían hacer cuando las troneras y los ventanales empezaban a fundirse con la oscuridad, sentí que algo grave le había sucedido. Fue una intuición extraña, y a la vez natural, pues era provocada por la coincidencia de dos hechos que normalmente no van juntos. Avisé a nuestro palafrenero y ambos salimos galopando hacia los campos en los que mi padre solía cazar. No hubieron pasado sino dos medias horas cuando lo encontramos en la linde de un bosque. Vagaba por entre los árboles cercanos al prado, mientras su caballo pacía cerca de él. Al andar, tropezaba con los tocones y raíces, al tiempo que levantaba las manos por delante de sí y maldecía y juraba en voz alta. Supimos inmediatamente que había perdido la vista.

Aquella vez, ni las sajaduras ni los ungüentos sirvieron de nada. Ya no volvió a ver y aquella ceguera le condujo a su fin, que estaba por entonces muy próximo.

A partir de aquel día no volvió a salir del castillo. Yo pensé que habría de hallar consuelo y refugio en la música, dada su condición de ciego, pero no fue así. Ya no volvió a hacer nada más. Se solía levantar del lecho y caminaba al tiento hasta la biblioteca, en donde permanecía mudo como un monje hasta que sentía necesidad de dormir, cosa que sucedía unas veces a media tarde, otras por la noche o incluso de madrugada o de buena mañana. Días había en que yo estaba por retirarme y él ya se levantaba e iba tropezando y blasfemando hasta su silla de la biblioteca, tal era la discordancia de horarios que la ceguera había producido en sus hábitos.

Además, se empeñaba en que los hachones se encendieran poco antes de que su jornada tocara a su fin. Los criados trataban de argumentar, alegando que era todavía muy pronto, pero él se enfurecía y había que llevar a cabo su deseo. Yo, a veces, lo espiaba cuando, sigilosamente, merodeaba por las estancias vacías del castillo, y veía que se aproximaba los candelabros al rostro para sentir el calor de las mechas en él, a fin de comprobar que se habían seguido sus órdenes. Comprendí que aquella rutina era lo único que le ataba al mundo de la luz, por lo que di órdenes a la servidumbre de que se cumplieran sus deseos punto por punto en lo tocante a aquel asunto. El espectáculo de la biblioteca inundada de sol, con las velas y hachones ardiendo alegremente ante mi padre inmóvil no lo he olvidado hasta hoy.

Así continuó unas semanas hasta que, una

noche, en una de sus andanzas nocturnas, debió de dar un mal paso y caer rodando por la escalera de caracol que comunicaba las habitaciones superiores con la biblioteca. Pero el cocinero dio con él por la mañana. Estaba ya yerto y frío, duro como una estatua. Lo enteramos por la tarde en la misma fosa en que mi abuelo yace, a la derecha del pozo. El palafrenero amontonó los huesos y lienzos de mi abuelo en una esquina del sarcófago enorme de piedra y allí depositamos su fardo blanco para el eterno descanso.

CAPÍTULO TERCERO

PASARON VARIOS DÍAS DESDE EL ENTIERRO de mi padre y yo continuaba sumido en una gran confusión. No sólo porque los criados se hallaban expectantes, ya que intuían que se esperaban grandes cambios en la situación del castillo, sino también porque yo mismo, que había dejado transcurrir los mejores años de infancia y adolescencia en medio de una gran desgana, no estaba preparado para hacerme con las riendas de aquella posesión, ni siquiera para llevarlas con la poca dignidad que mi padre había demostrado al hacerlo. Me levantaba lleno de buenos propósitos, pero algo me retenía en un sitio cuando quería ir a otro y vacilaba largamente antes de hacer cualquier cosa, sintiendo pasar las horas aherrojado en la más espantosa de las impotencias.

La servidumbre, mientras tanto, no dejaba de aprovecharse de esta circunstancia. Habían tomado ya habitaciones y amenazaban con seguir haciéndolo si alguien no les ponía freno. Pero yo ya no me atrevía a dar órdenes, a sabiendas de que no sería obedecido. Pensé durante algunos días expulsar a todo el mundo y asentar gente nueva en el castillo, pero, a la postre, hube de

reconocer que era una solución más fácil de tramar que de llevar a la práctica.

Ante semejante situación, y teniendo las palabras de mi padre todo el día revoloteando por mi mente, me decidí a partir, cosa que hice durante la noche y en el mayor de los sigilos. Fue al final del otoño de 1304.

Cargué un animal con todo lo que pude encontrar de viandas y enseres y ensillé otro para mí. Cuando cruzaba el portón, me encontré con el palafrenero, que se limitó a mirarme con ojos inexpresivos y a desearme buenas noches. Al cabo de una hora, el castillo de Falcet era un punto minúsculo de luz en la tiniebla.

No bien hube vuelto la cabeza para dejar de mirar cómo las luces del castillo se apagaban a lo lejos, dejando de ser un pábilo en la oscuridad, cuando me encontré de pronto muy cansado, y hube de derrochar grandes fuerzas y voluntad para no hacer girar mi montura y retornar lo andado, tal era la congoja que atenazaba mi ánimo y, sobre todas las cosas, el cansancio terrible que la visión sombría del camino cubierto de nieve despertaba en mí. Hacía ya largo trecho que los paisajes habían dejado de ser conocidos y la novedad de los recodos y vueltas de la senda, así como el querer todavía, inútilmente, adivinar su trazado, me empezaron a sumir en una gran ansiedad. Las pisadas de mi montura sobre la nieve, que llegaban a mis oídos tenuemente, se me asemejaban bien poco alboroto para una marcha tan definitiva como la mía. Mi acémila, que

cansinamente me seguía con su liviana carga, hacía a su vez tan poco ruido que diríase que caminaba muy en su contra, después de haberse visto despertada en un día como otro, en lo más helado de una noche de noviembre, y puesta a caminar por sendas hasta entonces jamás holladas. Cada trecho me volvía, esperando no encontrarla, pero ella seguía allí, alzaba la testuz y me obsequiaba con un ligero rebuzno.

Durante diecisiete años había contemplado la llegada del invierno, pero siempre había sido algo diferente. Aquel invierno había llegado de repente, tras un otoño de calores y acontecimientos extraños. Otros años, yo sentía el frío llegar al escuchar el ruido bronco de las hachuelas cayendo sobre la leña, que se amontonaba en haces sobre el patio. Después del condumio de mediodía, a veces, veía a las cornejas volando en bandada, empujadas por un airucho repentino. El suelo de mi alcoba se llenaba de hojas grandes y secas, en esos días en los que nadie se decide a poner las hojas de alabastro que nos sumían en la penumbra al amparo del frío. La perspectiva de aquellos inviernos, que tan desalentadora me parecía entonces, se me asemejaba ahora halagüeña, ante la visión del camino gris, sombreado de altos árboles espesos.

Seguí cabalgando toda la noche, queriendo pararme a cada instante, pero sin encontrar jamás momento ni ribazo buenos para hacerlo. Las pestañas se me poblaron de escarcha y las crines de mi caballo se pusieron tiesas y erectas. Llegó el alba y noté que había

salido ya del valle, porque íbamos más rápidos y, en ocasiones, la bestia de carga nos empujaba con la testuz, tal era su ansia por llegar a un sitio conocido. Vi, desde lo alto de un collado, una gran llanura y, a lo lejos, un pequeño río, bordeado de álamos ribeteados de brillo, en cuyo rocío se reflejaba el sol y titilaba. El frío había amainado un tanto y mi cuerpo empezaba a entrar en calor. Arreé la montura y hacia allá nos dirigimos. Seguí cabalgando durante veinte años.

C A P Í T U L O C U A R T O

MUCHOS PLIEGOS ME SERÍAN NECESARIOS PARA referir punto por punto lo que aquellos veinte años me depararon de correrías, viajes y penurias, de guerras, andares y fatigas. Anduve por tierras lejanas y visité las que pueblan los sarracenos, de los que hube de sacar gran provecho y conocimiento. Conocí caballeros y artesanos y más de una mujer me hizo volver la montura. No me será dado desgranar los recuerdos de cada uno de ellos, pues siento que el hilo de seda que encadena mi espíritu a esta carcasa concomida es demasiado débil como para estirarlo por más tiempo. Iré pues al hueso mismo de la narración, a fin de no distraerte, seas quien seas, de lo que sin duda te hará asombrar y estremecer.

Sabed pues que salí de Garnata hacia el verano de 1324, sin más arreo que mis propios pies, ni más impedimenta que un pequeño fardo en el que junté mis pocas cosas, después de haber sido encarcelado y azotado por soldados del sultán. Aquellos golpes fueron para mí, después de un agasajo con la mujer de un alcadí, el mejor acicate para retornar lo andado, poniendo rumbo a lo que en tiempos fuera mi hogar y castillo. Mis años en tierras sarracenas no sólo habían adelgazado mi ánimo y mi cuerpo, sino que habían además carcomido

mi mente y no era raro que, en ocasiones, mi espíritu quedase como enfermo, siéndome imposible el movimiento por la gran angustia que me hacía temer por mi propia vida a la más leve agitación. Cuando dichos ataques tenían lugar, yo no podía sino permanecer en el lecho, tapado e insomne hasta que se distraía mi mente, cayendo en un sueño agitado en el que —a lo que me contaban luego— maldecía y llamaba a gritos a mi padre, persona que en estado normal ya no conseguía recordar en sus rasgos, pues los veía como reflejados en lo más hondo de un pozo: no bien se remansaba el agua y se aclaraba cuando una nueva piedra caía sobre su recuerdo, volviendo a emborronar su imagen. Pero en esas ocasiones yo lo veía muy bien, y no ciego, ni cazando con saña animales incomedibles. Se me aparecía recitándome, divertido, trozos de poemas de los antiguos alárabes, o cabalgando a mi lado por los alrededores de Falcet bajo la calima. Cuando el ataque tocaba a su fin, un gran alivio me invadía y una gran euforia sacudía mi ánimo, momento éste en el que me hallaba dispuesto de nuevo a reanudar mi anterior vida de pendencia y descreimiento. Pero al poco tornaba mi debilidad y, al escuchar los golpes desbocados de mi corazón, me invadía de nuevo el pánico y volvía a guardar cama, sin querer ver a nadie durante días.

Salí, pues, y puse rumbo a mis tierras de nacimiento, andando despacio y sin fijarme en nada ni en nadie, azorado por mis malos humores y con la vista fija en un horizonte que no acababa de hollar nunca. Rechazaba a los caminantes que, con la misma dirección

que yo, amenazaban con juntarse a mi marcha, y repelía a los pedigüeños que por entonces poblaban los alrededores de las ciudades e incluso los campos, a fuerza de guerras y desgracias impelidos a campo abierto por la posibilidad de ser hechos esclavos y conducidos entre las manos del sultán.

Caminé durante un crudo invierno, y ya mis fuerzas empezaban a ser escasas y mis paradas frecuentes, cuando pude por fin vislumbrar las altas torres de la iglesia de Legio, que se alzaban enhiestas apuntando al cielo. En aquella ciudad hube de permanecer al cuidado de los monjes de San Francisco, en el convento que allí regentan, haciéndome pasar por soldado herido por mor de la buena religión y mejor redención de los hombres ante Nuestro Señor Jesucristo. Pude por fin sacudirme a los buenos y débiles monjes de encima, para ponerme en camino de lo que yo consideraba las últimas jornadas de mi marcha. Si bien mi cuerpo había salido fortalecido del descanso, mi espíritu se agitaba como una hoja seca no bien mi entrada en Falcet se me aparecía en mientes, nítida y rápida como la vida en el momento de la propia muerte. La posibilidad de ser recibido a pedradas era, no obstante, más halagüeña que la imagen de mí mismo vagando por el pueblo entre la indiferencia de mis propios siervos. Veinte años era demasiado tiempo como para que aquellos villanos reconociesen en mí la condición de amo suyo, si me paraba a pensar en cuán poco tiempo tras la muerte de mi padre mi autoridad se había venido abajo como un montón de leña seca consumida por el fuego.

Había caminado unas quince jornadas enteras cuando una gran confusión hizo presa de mí. El camino empezaba a serme desconocido, pero no hasta el punto de llegar a pensar que lo había errado. Había veces que podía recordar, como entre la bruma, un paisaje que de joven había quedado inscrito en mi memoria. En algunos momentos me daba la impresión de que me encontraba en los últimos metros del camino, y que su último recodo me depararía a su vuelta la visión nítida de Falcet y su castillo, con todas las piedras cimentadas por la argamasa de mi nostalgia. Al volver dicho recodo, la senda volvía a repararme más recodos y rectas, de tal manera que mis jornadas se prolongaban hasta extremos indecibles, ya que esta continua esperanza ponía alas en mis pies y recrudecía todas las fases de mi ánimo, que han sido objeto de enumeración. La noche me sorprendía así agotado y al borde mismo del llanto y de la furia. No osando desandar lo andado por miedo a perder un fruto que a veces me parecía pender al alcance mismo de las yemas de mis dedos, continuaba caminando. Para colmo, ni un solo caminante se había cruzado conmigo, con lo que mi soledad me hacía en ocasiones perder el juicio, entonando cantos aprendidos en Granada que podían haberme hecho retornar a Legio encadenado si un alma cristiana y decidida hubiese podido oírlos. Defecaba en el mismo camino y a veces orinaba sin dejar de andar, lo que no tardó en conferir a mi persona el aspecto siniestro y semblante espantable que habría de abocarme a la perdición.

Bien, tal era la turbación y desamparo ante

tamaño vagabundeo, que acabé por decidirme a estar quieto en el remanso de un riachuelo, a la vera de un camino, y allí pernoctar si fuese necesario durante días a fin de aguardar a que algún cristiano me indicase el camino fallado. Preparé mis escasos bártulos y conseguí al fin hacerme con un espacio al abrigo de la lluvia y del cierzo, con la idea de pasar allí la noche y el día y la noche si esto menester fuera, logrando al cabo una compañía que mitigase en algo el desasosiego al que mi vagabundeo me había condenado.

Así conseguí dormir la primera noche y, según creo, así hube de pasar otras dos o más a la intemperie, sacudido por la ansiedad y el miedo a ser víctima de uno de mis ataques, que sin duda hubiera dado al traste con mi espíritu y cuerpo en razón de la inclemencia del viento. Al cabo de ciertas horas, que la debilidad no me deja recordar, sentí unos pasos delicados que avanzaban por el camino, a mi diestra. En los instantes en los que aquel hecho parecía, por efecto del sueño todavía no abandonado, ser ajeno a mi interés y propósitos, me pareció que el caminante era hombre mayor, pues canturreaba, con una voz cascada, una canción gangosa hasta entonces desconocida para mí, en un idioma parecido al mío, pero muy bárbaro, en el que se entremezclaban palabras que se me hicieron latinas de inmediato.

—Ya semita, ya cras, ya semita, ya ibi semita...

Salté por instinto y me encontré en medio del camino. Apareció ante mis ojos un chavalillo de apenas quince años, con el pelo grisáceo y la cara ensombreci-

da por lo que creí ser barba incipiente. Al verme, calló de súbito y quiso agrandar tierra entrambos, pero yo, invocando el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y la intercesión de su Santa Madre, conseguí que me prestara la atención suficiente como para detener su huida:

—Héteme aquí, viajero y soldado herido por los sarracenos, ¡qué Dios los confunda a ellos y a su ponzoñoso profeta Mafuma! que no encuentro el camino para volver a mi villa de Falcet, de la que en tiempos fui señor della que hace y deshace. Desconfiad pues de lo que vuestra vista os depare y no creáis que mi barba mal cortada o mis andrajos son producto de la mala industria, pues no soy de esos vagabundos que tienen por morada los bosques y por objetivo ningún confín. Guiadme tan sólo hasta un sitio que mi agotado entendimiento reconozca y os compensaré debidamente a la llegada a mis tierras, que Dios las haya guardado del yermo y la plaga.

—Ni conozco a ese caballero de ponzoña del que me habláis ni sé de ningún *sarracino* —contestó desconfiado el zagal—. Por lo que a esa villa de Falcet respecta, en mi larga vida y por todos los santos que jamás la oí mencionar, ni sé de nadie que sepa della. Pero en honor de Nuestro Señor Jesucristo y en bien de la buena hospitalidad, os conduciré a la villa de Torresluengas, de donde procedo y en donde negocio y trabajo la botica, para la que tengo recogidas estas hierbas que aquí llevo. Os advierto empero que no busquéis en mí caridad ni hospicio prolongado, pues aunque los

forasteros son bien vistos y mejor mirados en la villa a la que habré de conducirte, he de poneros en sobreaviso acerca del peligro que supone para un joven extranjero como vos entrar en nuestro pueblo. Decidid, pues, entre venir a mi casa y alojaros en ella, o restar donde estáis y que la Virgen María os busque mejor compañía que la mía.

—Iré con vos y sea como decís —respondí de inmediato, no sin haberme antes sorprendido por las extrañas palabras de aquel joven. Mi espíritu, que había recibido cierto descanso después de hallar la compañía que sin duda anhelaba, se vio de nuevo turbado, y esta vez con más fuerza, ante la noticia de hallarme en lugar tan lejano a mi casa, estando tan convencido de encontrarme ante sus mismas puertas.

Echamos a andar codo con codo y, tras una banal conversación, logró abrirse paso en mi mente el recuerdo de la villa de Torresluengas. Deteniéndome en mitad del camino, espeté a mi compañero y anfitrión preguntándole si, hacía muchos años, alguna vez, un físico de Torresluengas había peregrinado buscando solución para uno de sus pacientes, aquejado de un extraño mal.

El joven, que después aclararía llamarse Jacent de March, me miró con ojos incrédulos y, después de permanecer quieto y pensativo durante unos instantes, echó de nuevo a andar y respondió:

—De la villa en la que habito nadie salió nunca, ni hay en ella físico desde hace muchos años. El último

de ellos murió siendo ya muy joven.

Y, entonando de nuevo su gangosa melodía, me dejó atrás hasta que, con una pequeña carrera, me puse a su par y volví a decirle que mentía y que jamás caballeros como yo aceptaban hospitalidad de gente de lengua torcida y destrabada.

—Tienes que jurarme —me contestó al cabo— que desde el momento mismo de tu entrada en mi casa, ni una palabra saldrá de tu boca de lo que voy a contarte, aquí con Dios como único testigo y único oído.

Así lo hice, no sin antes exhortarle a tomar asiento en una roca que se erguía al mismo borde del camino.

—Mi nombre es Jacent de March, y aquel físico que dices haber visto hace años no era otro que mi padre, Bernardo de March, que Dios se haya compadecido de sus pecados y de las muchas lágrimas que por él he vertido. Mi padre abandonó nuestra villa desoyendo los consejos de nuestro baylle, que en gloria está, y no volvió sino en el plazo de tres o cuatro meses, que a la sazón no recuerdo. Tal era el cambio que dicho viaje produjo en su mente que casi no pude reconocer su espíritu a su vuelta, siéndome en lo sucesivo difícil tratarle como a un padre. Perdió el juicio y la fe, y su entendimiento parecía tan dislocado que empeñóse en llevar a cabo con todos los pacientes que tenía a su cargo las operaciones médicas más crueles y extrañas, por lo que algunos murieron y otros quedaron contrahechos, hasta el punto que hubo que aprisionarlo, y la locura le llevó

a acabar con su vida en la celda. Por las acusaciones de exorcismo que pesaban sobre él, ninguna tierra santa quiso recibirlo, y ahora yace donde yo le enterré, en un lugar muy próximo al que te encontrabas cuando pasé, por lo que me sobresalté doblemente, pues no bien el recuerdo de mi padre muerto en su locura me abandonaba al pasar por ese punto, cuando tu extraña y temible figura hizo retornar dicho recuerdo, a la fuerza suya y a la fuerza mía, con lo que has despabilado mi adormecida tristeza por medio de la única imagen —la tuya, la suya, tan parecidas— que podía darle soplo de vida, reavivando el recuerdo de aquél que un día nos acarició y que la tierra ha comido y devorado sin la compasión que los que creemos en Nuestro Señor esperábamos de su obra humana. No te extrañe pues que mi melancolía sea producto de tanta tristeza, pues una y otra son amigas desde el comienzo de los tiempos, y cuando una de las dos falta, vuélvese el hombre triste o melancólico, sin que sea justo tratarlo de descreído o impío, cuánto menos de necio. No olvidaréis desde ahora que la villa de Torresluengas se halla comida por el mal del demonio, y que lo que allí es blanco parece negro y lo que parecería negro es brillante como un día de sol. Y te digo esto y nada más volverá a salir de mis labios al respecto, sin que por ello se te impida observar y cavilar lo que tu entendimiento te lleve a cavilar. Pero no me preguntes ya nada sobre lo que te he dicho ni lo hagas a otros, pues si lo primero sólo te depararía algún que otro acendrado silencio, lo segundo podría suponerte más de un latigazo y una segura inquisición, aparte de

Dios sabe qué calamidades y disgustos.

—Así se hará —respondí, ya turbado por tanto misterio y recomendación fútil y disparatada.

Seguimos caminando, con el silencio y la incomodidad de las personas que, recién encontradas, han hablado en demasía para su escasa confianza, sin medir las consecuencias de tamaña estulticia.

Ya el sol estaba precipitándose en el horizonte cuando nuestro viaje, a lo que informó Jacent, tocaba a su fin, tras haber ambos hollado un sendero que atravesaba paisajes anodinos y repetidos, hasta el punto de hacerme pensar si no estaríamos dando vueltas, como los caminantes que se pierden en la noche del desierto de los turcos.

—Allí, detrás de aquellas colinas —me explicó— se encuentra la villa de Torresluengas. Desde aquellos collados el sol entra en las casas hasta muy bien entrada la tarde y su destello nos acompaña desde las primeras horas del día, obligándonos a salir de ellas para dar comienzo a la jornada.

—No se ven campos trabajados ni labriegos que laboren —observé.

—Entre nosotros, la labranza es tenida como cosa despreciable, ya que, y esto es de sobras conocido, nada bueno para el ser humano puede venir del mismo ser humano, que es a la postre el que forma todo este manto parduzco que estáis ahora viendo.

—¿Cuál es vuestro alimento, en tal caso?

—Habréis de verlo esta misma noche si la impaciencia os permite aguantar hasta mi casa.

Irritado, callé por unos pasos e interpelé luego a mi interlocutor con estas palabras:

—Por Dios vivo y su Hijo que reina sobre las tinieblas, que tanta cháchara y me dijo y se dijo están empezando a confundir mi inteligencia, si es que alguna me queda en mi cabeza o corazón, que lo mismo nos ha de dar. No entiendo por qué tanto misterio ha venido a rodear a la cacareada y mal parida villa de Torresluengas, pues por mucho luengas que sus torres sean, de seguro no lo han de ser tanto como para llegar al cielo, para encaramaros vosotros a ellas y contarle a Jesucristo y a su cohorte de ángeles celestiales tanta majadería e insensatez como estáis diciendo a este servidor, que no por callar otorga, ni por andrajoso o barburiento tiene quebrada la lengua o rasgados los oídos. Pues a fe que no vi en mis años de peregrinaje por tierras de aquí o acullá, personaje como vos, ni joven lengüilargo y mentiroso como el que ahora me acompaña. Aunque si mi memoria no me engaña, el tal Bernardo de March, que dices ser tu padre, no te andaba a la zaga en mendacidad e inventiva, y creo recordar que tal mella hizo su lengua en mi padre que dejólo transido y confundido, sin que yo acertara a explicarme la causa, pues era demasiado joven por entonces, y ni mi padre ni el tuyo, uno por abundancia y otro por mengua, tenían años como para hablarme como a un hombre. Y si la famosa villa de

Torresluengas, que yo oí mentar tantas veces como vos la no menos leal de Falcet, está llena de seres como vos o alarga tanto las lenguas como acorta las inteligencias, a fe que no me hallo perdido o desorientado, sino en el mal camino por completo, pues malhaya el lugar desde el cual sus lugareños alcanzan a verse el ombligo, quedando además altaneros y satisfechos de su poca vista.

—Confío —replicó Jacent sin el menor atisbo de indignación o furia por las duras palabras que acababa de lanzarle— en que tal discurso aplacará tus ánimos, impidiendo que lo repitas en presencia de oídos menos pacientes que los míos. Pero al mismo tiempo me temo que tu persona ha de ser por fuerza ingrata en la villa de Torresluengas, por lo que ahora mismo te pido de todo corazón que, no bien hayas descansado y repuesto ánimos y humores, te dirijas hacia tus tierras cuanto antes, con lo que tanto vos como nos habremos de ahorrarnos más de una tribulación.

No respondí nada y seguimos caminando, cuando ya se dibujaba en el cielo la primera de las altas torres a que sin duda aludía el nombre de esta preocupante villa.

CAPÍTULO QUINTO

ENTRAMOS POR UNA CALLE ESTRECHA Y PESTILENTE, bordeada de cuadras, por la que pastaban y se refocilaban varios cerdos y algún que otro jumento. Tras atravesar una plaza en la que se alzaba una gran iglesia, dedicada al parecer a San Juan, y sin habernos tropezado con ningún alma viviente, caminamos por una calle ascendente y sombría hasta llegar a un portal de piedra en cuya clave podía leerse en latino PERO DE MARCH FECIT ANNO DOMINI 1235 LAUS DEO. Sacando una llave orillada de su zurrón, la introdujo en su cerradura y la puerta, tras algunos gemidos obstupescientes, vino a abrirse, dejando ver una estancia completamente atiborrada de frascas, estanterías y hierbas, con sacos de grano abandonados por el suelo, y esteras y alcancías atiborradas de ungüentos, de tal modo que el paso y la movilidad resultaban arduos por la habitación. Del techo pendía una suerte de lámpara, con hachones ciñendo la rueda de carro de cuyo eje colgaba por medio de una gruesa cadena de hierro. Los tarros de cerámica, que supuse contenían los ungüentos y sustancias de venta, eran muy antiguos y la mayor parte de ellos aparecían cubiertos de una gruesa capa de tierra, pues resultaría inexacto y benévolo en exceso llamar polvo a lo que im-

pedía leer sus leyendas, escritas en bella letra, aunque de ignota comprensión. Una mesa de madera sólida, casi negra, ocupaba el centro de la estancia, dejando breve paso por los costados. Sobre ella, una pequeña balanza y otros instrumentos de la profesión yacían esparcidos y en desorden. El hogar estaba apagado, el rescoldo muerto y la ceniza fría. En la estancia reinaba un olor a lavanda y espliego que más bien parecía propio de una especiería que de una botica.

Mi anfitrión me hizo señas. Le seguí por una pequeña puerta que conducía a un minúsculo corredor, al fondo del cual nacía una escalera. Tras el ascenso, fuimos a dar a una pieza oscura y mohosa, en la que dos lechos vencidos y apolillados se alineaban frente a la pared. Otra pieza contigua, separada de ésta por un arco, me mostró otra cama, ésta con dosel y faldones, que supuse que era la alcoba de aquel extraño personaje que un día nos turbara con su visita.

Dejé mis pobres bártulos en la primera estancia y seguí a Jacent, pensando que la pérdida de su padre no había afectado en nada a la economía de la familia, pues a fe que parecía buena casa, como el lector avisado habrá podido concluir de mi parca descripción. Volvimos a bajar de nuevo al despacho y allí pude observar una pequeña habitación que me había pasado inadvertida la primera vez. Era una suerte de zaguán dotado de una estrecha puerta, arrimado al pequeño anaquel que casi la disimulaba, del que pendían algunos libros colgados de cadenas, a la manera de las bibliotecas de los conventos, como aca-

baba de ver en el de Santo Domingo en Legio. Creí distinguir algún libro de glosas, en letras arábigas más de uno, y especialmente me llamó la atención un volumen, que me resultó familiar. Tuve que aproximarme mucho para poder tomarlo entre las manos y abrir la cubierta de vitela. Comprobé con aturdimiento que allí, en la primera de las hojas de guarda de la resma, se hallaba claramente estampado el nombre de mi padre, tal como yo lo recordaba de niño, en aquel volumen que siempre había atraído mi atención. JOHANNIS PODIOVENTOSII EMIT ANNO DOMINI 1295. Y debajo, una línea, que siempre se me había hecho la traducción de la precedente al arábigo.

Mi anfitrión, que trajinaba por la habitación tratando de poner alguna lumbre en la gran chimenea de piedra, no me había visto, por lo que traté de recomponerme y aparentar desinterés por aquel libro, que colgaba ahora balanceándose, atrayendo mi mirada y yo resistiéndome a él, como se resiste el metal a la atracción de la piedra de las sorpresas. Jacent, que había terminado con el fuego, volvióse hacia mí:

—Espero que tu estancia en mi modesto hogar te resulte agradable, apartando de tu mente los sinsabores de tan largo viaje. Prepararé, con tu dispensa, algo de comida, pues deduzco que tan hambriento como yo debes de estarlo tú, y menester será que nos preparemos para el sueño como Dios manda.

Le pregunté por agua para lavar mi cuerpo y mis partes y me condujo hasta una enorme tinaja de

barro sin cocer, mediada de agua cenagosa y cubierta de una buena capa de moscas, tijeretas y otros insectos, en la que algunos habían viajado y otros caído. Me lavé y asecé cuanto pude, mientras mi cabeza daba vueltas, conmovida por el reciente vestigio familiar, que acababa de encontrar en donde ni por pienso lo hubiera buscado. Resolví pasar por alto su mención hasta que la noche y el sueño hubieran puesto orden en mi cabeza.

La estancia estaba iluminada cuando volví a ella. Mi anfitrión había apartado de la mesa los utensilios que la cubrían y colgado de las cadenas, sobre el fuego, una gran marmita, de la que salían olores sumamente extraños. Me senté en mi escabel y aguardé en silencio a que terminase la preparación, sin perderme un ápice de cada una de sus manipulaciones.

Lo vi que mezclaba diferentes hierbas odoríferas, sin poder percatarme exactamente de cuáles eran, aunque una de ellas me pareció romero y otra cardamomo, a juzgar por el fuerte olor que despedían. Pude también observar cómo introducía cabezas de ajos enteros y dos o tres cebollas de idéntica guisa. Salió por fin a la calle y volvió trayendo entre sus manos cuidadosamente algo oscuro que parecióme en un primer momento carne seca o en adobo, sin poder llegar a más conclusiones, pues los pedazos se perdieron en el interior de la marmita, tras haber estado ocultos entre sus manos. Lo removió todo varias veces y esperamos los dos sin pronunciar palabra, mirando al fuego en silencio durante largo rato.

Comprendí que pocas veces un extraño se había sentado a su mesa, no sólo por su poca edad, sino también por la escasez de visitantes que deduje del nulo orden y ninguna limpieza, lo que dejaba traslucir, por otra parte, la ausencia de una mujer bajo aquel techo. Supuse por tanto que mi presencia le tenía cohibido incluso en su propia casa, pues si bien a mí ésta se me asemejaba un regio palacio tras habitar veinte años cuchitriles y tahonas musulmanas, a él, en recuerdo sin duda de pasados mejores, debiósele antojar motivo de vergüenza.

Así pues, intenté no alargar su turbación por más tiempo y hablé en tono conciliatorio:

—Sabed, señor de March, que me agrada vuestra casa sobremanera, lo cual no habrá de ser óbice, os lo prometo, para que cumpla vuestros deseos en lo tocante a abandonarla cuanto antes. Espero, de igual manera, que os habréis de dignar visitar la mía, si es que aún se mantiene en pie, o mis vasallos no han hecho della lupanar de prostitutas o caballeriza de mulas, o convertido sus piedras en mojones. Me agrada asimismo comprobar que sois hombre letrado y cabal, y que conocéis las ciencias tanto o más que vuestro padre, que en gloria se halle. Sabed que yo no lo soy menos, pues puedo recitaros poesías en la lengua arábiga que os harían estremecer de los pies a la cabeza...

—Vuelvo a repetiros que no sé qué lengua es ésa ni creo que haya en este pueblo nadie que la entienda, si bien convengo que ha de ser por fuerza extraña

para que sus poesías estremezcan aun sin comprenderse. Por lo que a mí respecta, sabed que no sé leer ni escribir, y que en este pueblo son muy escasos los que así saben hacerlo, pues aquí no sirve para nada útil. Os agradezco empero vuestro interés y falsa alabanza de mi persona, pero os vaticino que pronto habréis de notar que no soy influyente en el pueblo, ni tan siquiera querido, pese a los años que llevo dedicado a mi oficio modesto. Cuando las personas enferman, no me llaman sino en raras ocasiones, y eso que conozco las plantas y sus usos mejor que nadie en esta villa, y a más de uno he arrancado de las garras de la misma parca, sin que ahora se digne, empero, a recibirme en su casa ni a hollar éste mi modesto umbral. El agradecimiento y la estima se van tan apriesa como las congestiones, y a menudo no ha terminado de salir la sangre del brazo del paciente, cuando ya se siente tan fuerte y seguro que le haría frente al mismo diablo si pudiera. Cuando esto sucede, recojo mis instrumentos, acepto la dádiva y no vuelvo a saber de mis pacientes hasta que el destino vuelve a retorcer sus tripas o a dislocar sus huesos y de nuevo tengo que acudir en su ayuda, aunque esto sucede cada vez más raramente, ya que, últimamente, el Todopoderoso acaricia y favorece a los miserables con la salud y golpea y castiga a los buenos de corazón con enfermedades que parecerían pensadas más por su mismo enemigo que por Él en persona. Pues de seguro que habrían de erizársete los cabellos si conocieras o presenciaras muertes como las que yo he visto no hace mucho, que ni se vieron antes cosas parecidas ni habrán

de verse en el futuro, confío. Pero comamos, pues de lo contrario el hambre nos ha de hacer hablar en demasía o con excesivo pesimismo, pues bien a menudo este último se cuela por las tripas.

Comenzamos a comer y, después de un ligero preámbulo, pasamos al guiso que había excitado mi inicial curiosidad. Probélo, gustélo y torné a probarlo, y no dejó de parecerme nauseabundo, pese a que en un principio los múltiples aderezos y hierbas habían camuflado un tanto su sabor, sin que me fuera posible asegurar lo que me estaba ingiriendo. Mi anfitrión devoraba su plato con auténtica ansia, por lo que pensé que no debía de estar tan malo como mi olfato había advertido a mi gusto y mi gusto a mi entendimiento. Pero, a medida que los cucharones iban entrando en mi boca, con los movimientos forzados de los que comen sin apetito, mi estómago empezó a rebelarse y yo a sudar y a acalorarme, pues no bien una cucharada entraba en mi boca resignada, cuando ya la anterior estaba de vuelta bajo el mismo badajo de la campanilla, con lo que acabó por atorarse el conducto y di con todo sobre el mismo suelo, desde el primer bocado hasta el último. Jacent se detuvo en su frenético mascar y me miró, con sorpresa primero, con airada resignación después.

—A fe que nadie había hecho en mi casa tal desprecio a mi hospitalidad como el que acabáis de hacerme.

Cuando las bascas y arcadas hubieron amainado un tanto, me apresuré a hacerle ver que el cansancio

había agarrotado mis intestinos de tal manera que se negaban a admitir alimento alguno, argumentando que hasta el momento mismo en que nos unió la suerte no había probado sino hierbas y otras sandeces del bosque, y que la comida cocinada había escaseado tanto en mi estómago que mis pobres tripas la consideraban una intrusa.

Pareció disculparme finalmente con esta explicación y siguió comiendo con igual ansia que antes hasta que dio fin al plato entero, tras lo cual eructó horrisónamente y me deseó las buenas noches con una triste sonrisa.

C A P Í T U L O S E X T O

PUDE CONFIRMAR AL DÍA SIGUIENTE LA ASEVERACIÓN de Jacent de que el sol sacaba de sus casas a los vecinos de Torresluengas. No se oía ningún ruido y yo me encontré en la pequeña alcoba inundada de luz, con los ojos aturridos por el sueño y el cansancio todavía no abandonado en la primera noche pasada en lecho extraño. Me encontraba sumido en una cierta melancolía por la falta de alimento y sin ánimos suficientes como para levantarme y reconocer el nuevo lugar a la luz del día. Salí pues, al fin, tristemente, del lecho y bajé a la estancia en la que ardía el fuego, calentando la marmita responsable de mi obligado ayuno. Algunos leños crepitanaban, ya medio consumidos, por lo que imaginé que mi anfitrión había abandonado la casa hacía un buen rato. Bebí, comí unas frutas que parecían abandonadas en un gran cesto y, satisfecha en algo mi hambre, pude pensar en cosas más mundanas.

Se me hacía que mi estancia en la casa no podía prolongarse excesivamente, ya que así lo había prometido a Jacent. Por otro lado, la curiosidad había hecho presa de mí, y era éste un instinto que hasta entonces no había conseguido reprimir con éxito. Sentía imperiosas ganas de salir al exterior, de recorrer el pueblo y

atisbar a través de cada una de las ventanas, de observar a sus habitantes, de ver a las mujeres que lo poblaban o de visitar sus lugares, como es lógico que un recién llegado haga. Pero me inquietaba la idea de que mi anfitrión llegase y, echando en falta mi juramento, diese por concluida mi estancia en la casa, con lo que habría de salir del pueblo sin rumbo fijo. Así pues, opté por quedarme quieto, permaneciendo en la casa y no sacando la nariz della hasta que Jacent así lo permitiese. Recorrí la morada de nuevo, desde las partes altas hasta las bajas y sólo quedó por inspeccionar la habitación que se encontraba al lado del anaquel. Tenía en la puerta un grueso cerrojo corredizo que podía pasarse con facilidad, como así hice, para quedar luego dubitativo ante ella. Deshaciéndome de mis escrúpulos entré y, a la luz de un candil, pude ver que era muy amplia o, por lo menos, más vasta de lo que mi lámpara podía abarcar, y que no tenía tronera ni iluminación alguna, hasta donde mi vista alcanzaba. En medio de ella había una mesa grande y sólida, sobre la que reposaban distintos artilugios metálicos y, más allá, se erguía una figura humana que me hizo dar un vuelco al corazón. Iluminándola más de cerca, pude comprobar que sólo se trataba de una estatua, pero de dimensiones grandes, la más grande que yo hubiera jamás visto desde tan corta distancia.

Era casi de mi tamaño y tenía una factura tosca y burda que no le restaba encanto. Representaba la figura de un hombre, vestido de paje o criado, sobre cuyo rostro el autor había proyectado una sonrisa vacua

y fiel. Algunos detalles me sorprendieron de la misma. Los brazos aparecían descarnados en las inmediaciones del codo y lo mismo las articulaciones herradas que supuse inmediatamente que eran las que daban movilidad y flexión a los miembros, accionados por algún resorte cuyo secreto se me escapaba. Por el suelo yacían esparcidos una serie de miembros, muelles, instrumentos y artilugios que no dejaron de recordarme, por su forma y materiales, al enorme mecanismo que yo había visto descompuesto en las inmediaciones de la iglesia de Legio.

Sobre otro anaquel se apilaban más volúmenes, uno de los cuales estaba abierto, sin que el polvo hubiese recubierto sus hojas, por lo que supuse que el tal Jacent había vuelto a mentirme, pues, ¿quién sino él podía ser el lector de aquel libro? Sumido en estas reflexiones, volví a la estancia y cerré harto de cuidado la puerta, diciéndome para mis adentros que nada malo podía ocultar una habitación que se dejaba abierta a los extraños.

Después de tal descubrimiento, que sin duda correspondía a una persona extravagante y de ablandado seso, acabé por suponer que había caído en manos de un desquiciado o, lo que era peor, de un poseído, por lo que la idea de ser objeto de sus investigaciones, como parece que otros lo fueron de las de su padre, empezó a rondarme por la cabeza y fue tomando cuerpo en mi mente, a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma. Me decía para tranquilizarme que, probablemente,

aquel muchacho no era sino un pobre huérfano desorientado por la soledad y las comidas pestilentes, que su locura no habría de resultar peligrosa hasta el punto de poner en riesgo mi vida, y que, aunque así fuera, habría de encontrar fiera resistencia llegado el caso. Acabé por tranquilizarme y, ante la falta de mejor ocupación, volví a mi lecho, en donde caí de nuevo en un sueño muy profundo, hasta que la llegada de Jacent me despertó.

Era ya muy tarde, pues estaba la habitación en la más completa penumbra y supuse, para mi mal humor, que había dormido más de la cuenta, con lo que esto supone de rompimiento de la rutina diaria, que nos hace velar cuando ha llegado realmente la hora de estar dormidos.

Bajé a la sala y me encontré a Jacent, serio y contrito, preparando sus enseres médicos y botiquiles como si se dispusiera a salir en visita. En tono agrio, me hizo saber que debía ir a atender a una persona que se hallaba al borde mismo de la muerte, y que lo hacía muy en su contra pues, al parecer, el hombre en cuestión moría de muerte natural y la presencia de un médico o de un boticario en estas ocasiones se requería como mero trámite, más aún, en algún caso maliciosamente, a fin de que los familiares pudieran desentenderse alegremente de las cosas que normalmente ocupan a los deudos de alguien que está por dar su postrer suspiro. Le repliqué diciendo que tal cosa era normal en todas partes ya que, si bien nadie desconoce que la muerte ha de llegar un día, muy pocos están dispues-

tos a permitir que llame a su puerta sin hacer algo por impedirlo, aunque sólo sea un poco de ruido y algunos aspavientos. Le manifesté asimismo mi deseo de acompañarle, y se volvió para replicarme con estas palabras:

—¿Quién os habéis creído ser? —Vive Dios que no se me pasó por mientes que pudierais llegar a tanto! ¿Acaso desconocéis las normas más comunes y respetadas? Cuando cualquier hombre se ve en el punto de pasar su postrer trago y verse reducido a la nada más absoluta, no es costumbre entre nosotros que desconocidos se diviertan con el espectáculo al que la mala estrella le ha llevado a ser protagonista. Os gustará saber sin duda que yo mismo, en el momento en que esto sucede, he de retirarme, como lo hacen todos los familiares y deudos. La persona es dejada así en la más completa soledad hasta que se cumple su plazo. Es más, la operación que habré de realizar esta noche tiene por único objeto facilitar esta obra de dignidad y cristianismo a todos nosotros. A nadie puede ser dado, y menos a un extraño como tú, ver con esos ojos mortales lo que no puede ser visto ni desde el centro mismo de ese huracán que llamamos muerte.

—Me creéis un niño o un idiota, sin duda. He presenciado tantas muertes en mi vida que necesitaría de larga reflexión para recordarlas todas. Y, desde luego, no existe en este mundo cosa más llana que el abandonarlo. Entre nosotros, que no por ser extraños somos menos cristianos, el acompañar al que agoniza en los instantes finales es tenido como obra pía y de mucha

sabiduría, pues el calor de una mano acariciando la que va a ser tierra, a menudo impide que los hombres se rebelen contra su destino, infiriendo heridas de boca y de palabra contra Nuestro Señor, en unos instantes en que la muerte parece cosa de otros y los vivos están atareados con sus quehaceres diarios, calma ésta que parecería dar a entender que todavía hay tiempo para la enmienda y el perdón de nuevo. De sobra se ve que no presenciaste un buen campo de batalla rebosante de muertos, jugoso de heridos y cosechado de restos, pues te extrañaría saber que, en gran parte de los casos, los heridos no claman contra esa vieja enemiga del hombre, que ya vista de cerca, convence y seduce, más por evitar la incertidumbre de esperar de nuevo para verla llegar vistiendo otro atavío o blandiendo otra guadaña, que por la impaciencia de verse entre sus helados brazos, a cuyo arrullo nadie parece ser lo bastante esquivo. Claman por una mano que poder apretar o por unos ojos en que fijar los propios pues, a lo que dicen algunos, estas partes son las últimas en agarrotarse, junto a otra que no nombro por mor de buena cortesía. Y cuando el que va a entregar su alma, de grado o forzado, puede ya agarrarse a algo que no muere, mas permanece, diríase que fuera a coger el sueño, y a fe que muchos vi que se arrellanaban y, en haciendo esto, quedaban al instante como dormidos y sólo un posterior calambre te hacía adivinar que estabas aferrado a algo que antes fue un hombre. Si en vuestra tierra tal cosa es tenida por pecado, qué le haremos, pero de seguro que no podríais certificar cuáles de los vuestros se hallan en el cielo y

cuáles se asan en el infierno, pues este último momento del hombre es preciso contemplarlo, pues por él pasa la vida como un breve libro, y por ello los que van a morir recuerdan más de lo que en buena salud querrían recordar. Pero decidme: ¿qué operación es ésa que decís que habréis de practicarle? ¿No habéis dicho que muere de muy natural muerte?

—Así es.

—¿Y entonces?

—Desconozco cuál será la costumbre en vuestra tierra, pero en Torresluengas es norma que se lleve punto por punto el recuento.

—¿De qué recuento me habláis? Podéis creerme que no entiendo nada.

—Del recuento de almas, claro está—clamó con asombro.

Y, recogiendo sus cosas, salió otra vez, deseándose las buenas noches y prometiendo estar de vuelta al alba.

CAPÍTULO SÉPTIMO

HABIENDO AGOTADO TODA LA CAPACIDAD DE SORPRESA que la madre naturaleza me ha dado, no puedo decir que volví a sorprenderme y a hundirme en la más completa de las perplejidades ni nada semejante. Tales discusiones, así como el exceso de sueño y la perspectiva de tener que volver a acostarme de nuevo ante la ausencia de mejores opciones, me empezaron a producir una crispación y un nerviosismo que no consideré nada buenos. Al cabo de cierto tiempo, pensé que nada peor de lo que ya había arrostrado podía esperar en un lugar en el que los muchachos hablaban tan ensoberbecidos por la intemperancia. Decidí salir a la calle y ver qué clase de villa era la que en aquel momento me rodeaba.

Abrí la puerta, después de haber apagado el fuego y ordenado mi impedimenta, y me encontré en la calle. Era una noche gris y fresca. Pude vislumbrar, cuando mis ojos se hicieron a la oscuridad, que la rúa, por la parte que yo había recorrido a mi llegada al pueblo, seguía ascendiendo hasta un espacio que se me hizo una plaza. No se veían luces, ni resplandores en las ventanas, por lo que recordé que las gentes de esta villa solían madrugar lo suficiente como para estar bien arrebullados en sus lechos a esas horas tempranas de la

noche. Avancé, descendiendo hasta la plaza, a la que llegué rápidamente. Era una plazuela grande y adoquinada, de la que nacían diferentes callejuelas en diversas direcciones. Una de ellas subía hasta una mole negra que parecía un castillo o una fortaleza, sobre la cual se alzaba una de las torres que daban el nombre al pueblo. En ella había una iglesia, cuya puerta estaba abierta, dejando ver al fondo una débil claridad de lamparones. Me animé a entrar.

Una vez en el interior, vi que era una hermosa y bien cuidada, y que estaba repleta de imágenes de madera en buena talla, como la que yo había visto en el cuarto cerrado de mi anfitrión. Eran pequeñas y, a pesar de su buena factura, no dejaban traslucir una gran inspiración. Muchas de ellas representaban niños, o lo que me parecieron gentes extraordinariamente disminuidas o contrahechas, que no sabría decirlo bien. En una de las naves —tenía tres— no había absolutamente nada. Era la de la izquierda, la de las mujeres. Rodeé la iglesia y fui hasta el altar de las ofrendas. Sobre él había una talla grande de madera que representaba a Jesucristo en la cruz y a su Santa Madre y a otras santas rodeándolo. En los lados aparecían labradas escenas del nacimiento, con diferentes visiones y estados sacados del Libro Santo. A la derecha se hallaba representado algo que deduje que era la Ascensión de Nuestro Señor, pues éste subía como en vuelo de pájaro hasta los cielos y hacia el Santo Padre celestial. Éste último era diminuto en exceso, casi hasta la blasfemia. Apenas podía distinguirlo con la vista y eso que la luz era abundante. Era casi un grano o un

nudo natural en la madera. Pensé que el artesano quizás había querido humillar al espectador con su pequeñez que, vista desde donde el Padre Celestial se encontraba, podía ser mayor todavía de lo que, desde aquí abajo, parecía la suya.

Seguí rodeando la iglesia y llegué por fin hasta el muro que yo había supuesto vacío. Pero no lo estaba. Al acercarme más pude comprobar que la pared entera se hallaba cubierta de pequeñas cruces de bronce, de altura y grosor como de un dedo meñique. Estaban como pegadas a la pared, unas muy juntas de las otras. De todas o de casi todas pendían pequeños trozos de pergamino que, en los casos en los que la lectura era todavía posible, ésta me permitió averiguar que se trataba de los nombres de los propietarios de aquellas cruces. Al lado de cada nombre había una cifra escrita. La primera que cogí rezaba XXII. Seguí examinando más y los números nunca sobrepasaban la treintena, por lo que deseché que se tratase de algún tipo de lápida conmemorativa de la muerte del propietario. Preferí pensar que era una suerte de arra de matrimonio. Lo deseché de nuevo, pues seguía habiendo números demasiado bajos.

Estaba sumido en estas reflexiones y pesquisas cuando una voz me hizo dar un salto sobre mis talones.

—¿Qué hacéis aquí?— dijo.

Me volví y me encontré con un muchacho mucho más joven que yo, pero más débil y delgado, vestido de hábito y mirándome con ojos indolentes,

con una expresión en su mirada que no predecía en nada su posterior reacción. Agarrándome de los andrajos con más energías que fuerzas, me arrastró hasta la puerta, propinándome dos sonoros pescozones que me dolieron en lo más profundo de mi orgullo más que en el colodrillo. Sin más palabras, y sin haber podido reaccionar a tiempo, me vi de nuevo en la plaza, escocido y atónito, al tiempo que la puerta de la iglesia se cerraba con un golpón sonoro.

Me dije que, o los clérigos habían cambiado mucho, o realmente en este pueblo eran demasiado numerosos como para medir bien las consecuencias de sus actos. De esta guisa me eché a andar por la calle que ascendía hasta el castillo, mesándome la parte golpeada y blasfemando por lo bajo en arábigo.

La calle, de pronto, terminaba en un gran portón, que debía de franquear la entrada a la fortaleza. Me quedé parado ante él, sin poder hacer otra cosa que tocarlo y empujarlo sin ningún resultado, por lo que acabé por entrar en razón y bajar de nuevo por donde había subido. A la vuelta, me pareció que la plaza tenía una forma diferente. En medio de ella y en línea recta con la puerta de la iglesia se alzaba una gran columna que imaginé que se empleaba en las ejecuciones públicas. Vi otra calle que a la subida se me había pasado por alto. Descendía suavemente hasta desaparecer de la vista su calzada, la cual también era de canto labrado. Sin embargo, en esta rúa sí que se veían luces e incluso, para mi curiosidad, parecía haber cierta cantidad de gen-

tes en ella, por algunas sombras que cruzaban la calle raudas. Hacia allá me dirigí pues, tratando de aparentar la mayor naturalidad y desenvoltura que mi desasosiego me permitía, dado lo desorientado y confundido de mi espíritu. Era exactamente lo opuesto a la calle en la que mi anfitrión tenía su botica, pues se trataba de una vía más luminosa, ya que había hachones encendidos por las fachadas de las casas, como queriendo alumbrar la calle, cosa hasta entonces nunca vista por mí en ninguna parte. Andando por ella, pude darme cuenta de que en una de las casas, muy antigua, toda de piedra y con ventanas y taquillas a la calle, algo anormal y extraordinario estaba sucediendo. Se encontraba iluminada y abierta, y un gran gentío se hallaba congregado alrededor del arco de piedra que daba acceso a su interior. Pero era gente muy joven. Había niños y muchachos, aunque estos últimos eran más numerosos. Al acercarme más, pregunté a una muchacha, que me pareció la mayor del grupo, por lo que sucedía. Se volvió para contestarme. Era increíblemente fea y aparecía adornada por un labio arrugado y torcido, que daba a su expresión algo de siniestro y malhadado. Gran número de arrugas le surcaban la cara y los ojos eran vacíos y tristes, teniéndolos constantemente entrecerrados, como si nos halláramos a pleno sol.

—¿Es que no sabes que hoy ha llegado su día a Lorenzo? ¿De dónde vienes pues? —respondió, mirándome con curiosidad, para acabar desviando la vista inmediatamente.

—Soy forastero en esta villa —contesté con precipitación. —Me da albergue Jacent de March, boticario de Torresluengas quien, según creo, ha de encontrarse en esta casa ahora mismo.

—Mucho sabéis para ser extranjero y joven, cosas ambas raras por estos pagos —replicó, un tanto despectiva.

—Desearía ver a mi anfitrión, si ello fuera posible.

La joven se echó a un lado, dejándome vía libre. Pude darme cuenta de que todo el paso estaba obstruido de gentío, que permanecía en silencio, sin mirarse ni hablarse, mohínos, cetrinos y cabizbajos. Opté por hacer lo propio y permanecí así un buen rato, serio y con gran sensación de ridículo en mi cuerpo, por la gran diferencia de edad que me separaba de mis compañeros de duelo, así como por lo inaudito e inusitado de la reunión. Más de media hora debí de permanecer en aquel sitio y de semejante guisa, sin que me restara tiempo para aburrirme, pues la contemplación de los extraños seres que me rodeaban era ya de por sí un gran solaz. Al cabo, me apartaron para hacer paso al mismo sotanado que me había propinado los dos pescozones que todavía zumbaban en mis orejas. Entró portando algo, que supuse serían los santos óleos, tras lo cual volvimos a quedar tal y como habíamos estado hasta ese momento. Me cansé por fin de semejante espera y resolví abandonar el asunto y seguir con mi vagabundeo por el pueblo hasta ver si la cosa se resolvía o no.

Descendí por esa misma calle y fui a dar a otra plaza, cuadrada, grande y desnivelada, rodeada por grandes soportales, que debían de conducir hasta la calle en donde tenía su casa Jacent. En esta plaza no había ni un alma. Ni animales siquiera. Pasé por ella y acabé por sentarme en uno de los escalones de una botiga en donde, sin saber por qué motivo, entróme gran modorra, que acabó por rendirme.

Tuve un sueño muy extraño. Soñé con un campo muy ameno, en el que el trigo resplandecía y se movía furiosamente obedeciendo a ráfagas de aire fortísimo, todo ello bajo un sol radiante, que me quemaba la cara y levantaba una calima densa tras la cual braceaban unos fresnos, muy lentamente, tanto, que casi se diría que estaban quedos. En medio del prado había una cruz y, a lo que podía ver a través de tan densa niebla de luz y de calor, de ella pendía Nuestro Señor Jesucristo, coronado de espinas y sangrante, tal y como yo lo había visto una vez pintado en una ermita. Estaba solo y como en la sombra, a pesar de tanta luz como había. El aire no le movía ni un ensangrentado cabello. Por este campo cabalgaba un jinete, vestido de caballero y a la usanza castellana. Llevaba loriga y gálea, guanteletes, adarga y lanza de justas. Esta última la llevaba en ristre y corría a galope tendido hasta golpear a Nuestro Señor en el costado. Una vez atravesado su Santo Pecho, tornaba hacia atrás sin volver la montura, y retrocedían toda la carrera de espaldas caballo y caballero para galopar de nuevo y acabar en la misma lanzada sangrante y dolorosa, en tanto Nuestro Señor se dolía quejumbroso.

Así me desperté sudado y temblando, y me sorprendí de encontrarme en la noche cerrada otra vez, después de haber andado a pleno día.

Estremeciéndome, me puse en pie y comencé a desandar lo andado hasta llegar al portal de antes, en el que la multitud había crecido y ya podían verse gentes de todas la edades, clases y condiciones. Me acerqué más y un gran movimiento me avisó de que algo nuevo había acontecido en la casa. Supuse, con mucha razón, que el tal Lorenzo había entregado su alma a Dios. Así era. La gente dejó un camino en medio de ellos y por allí salió Jacent, seguido del clérigo y de algunos familiares que plañían medrosamente. Se encaminaron todos a la iglesia. El sacerdote llevaba entre las manos una bandeja grande de plata, que levantaba hasta la altura de sus hombros. Me alcé de puntillas y, al pasar, pude ver lo que tan delicadamente transportaba en ella. A la luz de los hachones vi que, sobre la bandeja, diminuta y brillante, yacía una cruz de bronce del tamaño de un dedo meñique.

C A P Í T U L O O C T A V O

EMPECÉ A SEGUIR LA COMITIVA, ACICATEADO POR LA CURIOSIDAD de ver con mis propios ojos lo que ya había adivinado desde el momento en que contemplé la pequeña cruz de bronce. Y hete aquí que varios del grupo, que debían de estar observándome a mis espaldas, aprovechándose de mi ausencia en la contemplación de las cosas raras de esta villa, se volvieron hacia mí en actitud nada amistosa y, llamando a uno de los guaytas que merodeaban por allí, me prendieron y me arrastraron por unas callejuelas oscuras y malolientes hasta una estancia que, por lo escarpado del camino y por el portón enorme que atravesamos, imaginé que sería la del castillo cuya puerta había yo tratado de atravesar hacía sólo unas horas. Allí, con bastante rudeza, me vi conducido a una gran sala y descendimos por una escalera de peldaños altísimos hasta acabar en una especie de cueva dividida en celdas, en una de las cuales vine a dar con mis huesos. Se cerró la puerta tras los guardias y me quedé solo en aquel lugar mohoso.

La gran humedad que allí vivía se metió en mis huesos hasta la médula. Las ratas corrían por la estancia y husmeaban los rincones agitadas, acaballándose y dando unos grititos que no dejaban de herir mis oídos

por su estridencia. No había en el lugar ningún escabel o cama en el que poder protegerme un tanto del frío, por lo que me quedé quieto en medio de la cueva, tratando de aguzar el oído por encima de los chillidos de los roedores, por saber si alguien más compartía mi triste situación.

Llamé y chillé, preguntando si alguien me oía, y no obtuve ninguna respuesta humana. Cansado y rendido, opté por estar quieto, y el sueño y el agotamiento no tardaron en llegar, comenzando yo a estremecerme, y mi cabeza a dar vueltas y tumbos, con lo que a la postre no pude mantenerla erguida sobre los hombros y tuve que sentarme en el suelo. Pero no bien hice esto, empezaron a acercarse las ratas, y en especial una muy gruesa, que parecía ser la más potente de todas, y el miedo a ser devorado por ellas o, lo que era peor, a despertarme desfigurado por sus roeduras, empezó a causarme un gran pánico. Había visto yo personas desfiguradas para siempre por el capricho hambriento de uno de estos animalillos y puedo jurar que sus mordeduras afligen mucho más por la fealdad que imprimen al rostro humano, que se ve privado de las protuberancias que naturalmente le son dadas, que por el dolor que infieren a la persona mordida, pues estos bichos tienen gran debilidad por las partes blandas de la cara, así como los dedos y las enteras falanges, sin que el hombre pueda notarlas por el poco dolor que estas partes tienen, con lo que nadie en su sano juicio se arriesgaría a dormir con gran cansancio en lugar plagado de éstas.

A medida que mi quietud aumentaba, se iban haciendo más frecuentes sus carretas en oblicuo por la celda, de tal manera que yo, cada vez más, me iba viendo en el centro mismo de sus correrías. Resolví matar alguna de ellas por ver si el resto saciaba su hambre con ella. Logré hacerme, tras grandes aspavientos y revuelcos, con una de gran tamaño y, sacudiéndola contra el muro fuertemente agarrada por el rabo, la tiré por muerta contra las demás. Para mi desencanto, un espectáculo inesperado se desarrolló ante mis ojos: todas las demás ratas empezaron a zarandearla por la boca, empujándola y tirando della, pero sin desgarrarle ni un solo bocado. Con tanta furia lo hacían, que parecía extraño que no la hubieran destripado ya, pues se obstinaban tanto por el empuje del hambre como por la furia del desengaño, al no ver recompensados sus esfuerzos con ni siquiera una hilacha de carne hedionda.

Caí en la cuenta por fin de que aquellos animales no tenían dientes, por lo que no podían hacerme ningún daño. Imaginé que los carceleros se entretenían en arrancárselos, a fin de sumir a los desdichados como yo en la más terrible de las incertidumbres, y más en medio de la noche. Me recosté en el suelo y me dispuse a dormir.

Pero que no tuvieran dientes no quería decir que no tuvieran hambre. En cuanto me hube recostado, empezaron a intentar conmigo lo que habían ensayado con su propia especie sin éxito, y era tal la molestia que producían subiéndose por mi cuerpo y empujándome

con su hocico ponzoñoso y fétido, que yo no paraba de moverme, repeliéndolas y empujándolas y dando patadas y puñadas a mi alrededor, pues aquel tormento no parecía tener fin. Me puse en pie de nuevo y empecé a comprender que la misión de aquellos roedores desdentados no era sino hacer entrar en razón al prisionero en su primera noche en la celda a fin de no obstinarse en lo que le lleva a la cárcel, pues es sabido que la falta de sueño puede llevar a un hombre a la fuesa en menos tiempo del que sería menester privándole de comida y bebida, o incluso aplicándole tormento, del que muy pocos y muy bragados resisten la visión siquiera. Al cabo de unas horas, las ratas desaparecieron sin ningún motivo y pude tenderme y prepararme para el descanso al fin. Pero héteme aquí que la puerta se abrió y un hombre, un guayta a todas luces, entró haciéndome señales de que me levantara y le siguiera. Volví a incorporarme y, maldiciendo como supe, hice lo que se me ordenaba. Subimos, bajamos, atravesamos salas y corredores y volvimos a subir escaleras, hasta que una habitación, cuya puerta cerrada se alzaba ante nosotros, detuvo nuestra marcha.

C A P Í T U L O N O V E N O

SE ABRIÓ LA PUERTA Y FUI EMPUJADO AL INTERIOR DE LA estancia por un muchacho joven que me sonrió y me guiñó un ojo al hacerlo, dejándome ver una complicidad que me dejó perplejo. Al poco de estar sentado, empecé a notar que el sueño hacía presa de mí, algo natural si se tiene en cuenta lo referido anteriormente. Ante mis ojos, y sumida en un gran halo de luz y sol, se extendía una estancia enorme, rodeada de estantes, y éstos repletos de libros y de volúmenes, la mayoría de ellos de gran tamaño. Algunos escabeles y pupitres rodeaban una gran lámpara de pie, atestada de velones, que ocupaba el centro de la habitación. En los huecos que dejaban libres los anaqueles se podían ver pinturas que representaban escenas de la Biblia. Por todas las señales que estaba viendo, aquello debía de ser el escritorio de un convento. El lugar, se me pasaba por alto su mención, estaba terriblemente sucio. Polvo de docenas de años se acumulaba por doquier. Las esquinas y los ángulos de toda la estancia estaban repletos de grises telarañas, sobre las que el polvo había urdido sus formas, y no parecía siquiera que las mismas arañas estuvieran allí para atender sus trampas. Por el suelo había manos de pergamino usado y aun algunos nuevos, con letras

garabateadas por encima y borrones de tinta, desperdiciado todo su valor, como si niños hubiesen jugado con ellos, desventrando más de uno en la diversión. Bajo uno de los vitrales de la gran ventana que iluminaba el recinto se erguían unos sitiales en perfecto orden y, lo que me extrañó más, inmaculados, como si la lluvia de polvo que sin cesar descendía de las destartalladas vigas hubiera evitado cuidadosamente posarse sobre ellos.

No bien empezaba a pensar que era el uso lo que distinguía a aquellos sillones de los demás objetos de la sala, cuando la puerta de detrás de ellos se abrió y por ella aparecieron tres hombres de corta estatura que tomaron asiento en los sitiales, callados, serios, con la vista fija en un punto perdido, situado por detrás de mi persona. Eran viejos, pero muy jóvenes, lo que convengo que requiere de cierta explicación. El primero de ellos, por ejemplo, no alzaría más que mi hombro, pero algo en su persona hacía intuir que su edad estaba por encima de su apariencia, pues si es cierto que la edad de los hombres se advierte examinando los ojos y las manos, no lo es menos que la manera de andar o caminar o de moverse podría darte una pista de cuántos años la persona en cuestión lleva haciéndolo, pues la experiencia es madre de toda sabiduría como el hastío lo es de los vicios. Aquel hombre, el del sitial medianero, tenía, pese a su apariencia externa de juventud, algo indefinido de muy viejo; el pelo le faltaba en algunos sitios de su cabeza pequeña, dejando ver una calva lisa y tersa, curtida por el sol. Además, tenía arrugas en la frente que no eran propias de un muchacho. Lo mis-

mo sucedía con los otros dos. La quietud que emanaba de aquellas personas tampoco se me pasó por alto. Se esperaba de jóvenes como aquéllos una vivacidad que señalara el camino de la vida y la lejanía de las penas que son comunes a las gentes de edad. Pero no era así. Ante mis ojos había tres viejos con apariencia de jóvenes, disfrazados de niños, decidí por fin.

Mientras yo permanecía sumido en estos pensamientos, que pasaron por mi mente a la velocidad del rayo, ellos habían tomado ya asiento y se arrellanaban, acomodando sus cuerpos a la madera y frotándose las manos en haciendo esto, hasta que aquietaron su mirada en mí y uno de ellos, aclarándose la voz, habló pausadamente, con unas palabras parecidas a éstas:

—Esperamos que la apacible noche que acabas de pasar te habrá hecho meditar un tanto acerca de la inconveniencia de la curiosidad en tierra ajena, sobre todo si las costumbres de ésta no son lo suficientemente claras como para arriesgarse a contravenirlas de una manera tan burda y descarada como la tuya. Pero a la vez —me paró con un gesto— nos congratulamos de que tu curiosidad ande parejas con tu estupidez, pues así nos hemos juntado tal y como estamos aquí y ahora. Soy Arnaldo de Torroja y responderás a algunas preguntas si quieres salir con todos los huesos inermes de este recinto en el que te encuentras. Dime, ¿quién eres?

—Me llamo Buenaventura del Podioventoso, y soy caballero de la villa de Falcet, que aunque nunca oyráis hablar de ella en esta vuestra malaventurada villa,

no por ello deja de encontrarse donde yo la dejé, hará más de veinte años. He viajado por todas las tierras del rey y por muchas de las que éste ya quisiera para sí, y no he visto nunca pueblo ni aldea en el que tan remisamente se trate a los extraños, ni aun cuando, como en este caso, éstos se hallen perdidos en el bosque, hambrientos y cansados. Y ahora, decidme, ¿de qué rey es esta villa? ¿Quién tiene la soberanía o la carta sobre ella? ¿Cuál es la herejía extraña que habéis abrazado?

Nada contestaron. Permanecieron en silencio, dejándome en una postura incómoda, como no lo había estado antes nunca. Se limitaron a mirarme fijamente durante un rato, que se me hizo muy largo y, al cabo, uno de ellos respondió:

—¿Enseñadme vuestro pecho! —y lanzó una mirada de complicidad a su compañero de sitio.

Abrí mi camisola y dejé ver mi pecho, un tanto sorprendido por semejante petición. Haciéndome una seña, se levantó uno de ellos y vino a escudriñarlo atentamente. Después se dio la vuelta, mirando a sus compañeros con rostro sombrío, y denegó varias veces con la cabeza.

—¿Cómo es que no lleváis la cruz? ¿Habéis perdido el seso? —inquirió otro, con voz suave, pero amenazadora.

—No sé de qué cruz me estáis hablando, pero si os referís a la insignia de Jesucristo, sabed que la perdí hace ya mucho tiempo y que mi desidia me ha impedi-

do hacerme con otra.

—¡Que la perdisteis, decís! —respondieron todos a la vez, con los ojos salidos de sus cuencas, mirándome despavoridos —Y ¿no teméis por vuestra alma?

Hice caso omiso de semejante prueba de simpatía humana y permanecí callado, hasta que, recuperados del espanto, los tres hombres parecieron un tanto aplacados y volvieron a la carga con más preguntas. Me inquirieron de dónde venía y cómo había llegado hasta el pueblo, y respondí como pude, no diciendo nada respecto a la hospitalidad brindada por Jacent de March, imaginando sensatamente que esto habría de suponerle más de un disgusto. Se extrañaron sobremanera de que hubiera podido llegar hasta allí sin conocer el camino previamente y yo les contesté diciendo que, en mi infancia, un muchacho de esta villa había llegado hasta nuestro castillo y allí dado ciertas señales de la situación de Torresluengas, por lo que me había sido fácil seguirlas, dado que yo mismo me encontraba en la misma situación hogaño que él antaño, pues no acertaba a conocer el camino que me llevaría a mis tierras. Sonrieron y me preguntaron el nombre de aquel viajero de Torresluengas. Yo respondí sin vacilar:

—Bernardo de March era su nombre, y a la sazón era joven instruido y cabal que produjo honda impresión en nosotros.

Siguió un silencio prolongado y tuve la sensación de que acababa de cometer un tremendo yerro, pues a partir de aquel instante, se me hizo que

aquello se iba asemejando más a un juicio que a un interrogatorio.

—¡De manera que Bernardo de March era amigo vuestro! ¿Es él quien os indicó el camino de Torresluengas?

—Así fue —respondí con bastante menos energía—. Y, según creo, aquel buen muchacho acabó por perder el juicio.

—Y eso, ¿cómo lo sabéis? —preguntó el más joven de todos, un chaval de pelo rojo y mirada cruel.

Volví a comprender que me había descubierto otra vez, por lo que opté por alzarme de hombros sin decir nada, dando mi silencio por respuesta.

—¿Quién os informó de tal cosa? Pues el tal Bernardo de March a la sazón no volvió a dejar la villa, y raro sería que él mismo hubiera hablado de algo que no supiera que fuera a suceder.

—Lo supe por un tercero, ajeno a vuestra villa —mentí.

—¿Cómo era éste? —preguntó astutamente uno de ellos. De haber preguntado su nombre, no hubiera vacilado en decirle el primero que me pasara por la lengua, pero de esta manera hube de dudar unos instantes, los suficientes como para que se viera a las claras que estaba mintiendo. Uno de ellos me cortó en seco diciendo:

—A la legua se ve que una noche de insomnio

no es bastante penitencia para un espíritu como el vuestro. Más aún, temo que os haya endurecido la memoria. Yo os diré algo que creo que vos ignoráis: en esta pequeña villa nadie puede ocultar por mucho tiempo sus acciones. Es más, la mayor parte de los villanos colabora asiduamente con esta corte a fin de mantener el orden en las torturadas mentes de quienes pueblan Torresluengas. Nada sabéis de esto ni nada sabréis, afortunadamente para vos. Desde que el tal Bernardo de March abandonó la villa y retornó luego con el seso ablandado y descompuesto no ha habido paz en este pueblo, ni de día ni de noche, por lo que nos encontramos en la triste situación de tener que imponer el orden aun a costa de algunas cabezas vanas como la tuya.

—Pero ¿qué mal he hecho yo?! —aullé.

—Al parecer, ninguno, y éste es el problema —respondió cansinamente el que parecía presidir la reunión —Y como tú hay otros, que no parecen ser reos de ningún delito ni condena, pero que andan malquistando a las gentes y levantando malos aires con su peor ejemplo. Pero decidme, ¿qué historia os contó el tal Bernardo?

—Dijo haber peregrinado en busca de solución y consejo para uno de sus pacientes. Tales fueron exactamente sus palabras —respondí nervioso.

—¿Os dijo cuál era ese paciente?

Permanecí en silencio.

—¿Os lo dijo? ¿Eh? —insistió.

—No —respondí obstinadamente.

—¿Os comentó cuál era su mal acaso? —volvió a inquirir el más grueso.

—Dijo a mi padre, pues a mí no se dirigía, que era un muy extraño mal, pero insistió en que no le preguntáramos acerca de él, sino que fuese mi padre a verlo en visita, a fin de poder creerlo sin remedio.

—¿Nada más? —continuó.

—Añadió que fuera de esta villa había muchos hombres con el mismo mal y que nadie hacía caso de ellos, empero, ni del mal que sufrían.

—Y ¿qué impresión sacasteis de esa enfermedad? ¿cuál os parece que era o de qué género?

—No lo sé, ni es de mi interés. Han pasado ya más de veinte años desde aquella visita y a duras penas se me alcanza para recordar su tenor —contesté.

—¿Habréis sin duda oído hablar de un tal Jacent de March? —preguntó de repente uno de ellos.

—No. Nunca —mentí con aplomo.

—¿Habréis oído alguna vez de una suerte de máquinas llamadas autómatas, que son como seres hombres, pero sin alma ni mente? —volvió a insistir.

—No sé de qué me estáis hablando. Las únicas máquinas que son de mi conocimiento sirven para aseñar ciudades y derribar torres y murallas—contesté.

—¿Qué opináis de la pasión y muerte de Nues-

tro Señor Jesucristo? —observó uno, inclinándose hacia adelante, ávido.

—Que fue una obra divina que habrá de salvarnos de las tinieblas del infierno y de sus ascuas, y que gracias a ella ...

—¿Fue? —me interrumpió uno de ellos.

No supe qué responder, por lo que opté por quedarme callado.

—Afirmáis por lo tanto que su llegada ya tuvo lugar ¿no es así? —insistió.

Empecé a inquietarme, pues cada vez se me iba alejando más el propósito de semejante conversación o inquisición, que todavía su carácter no estaba claro para mí.

—Así lo afirma la Biblia, que es libro de toda sabiduría y que no puede mentir.

—¿Habéis leído el Libro Santo alguna vez acaso? —sonrió— Permitidme que lo dude.

—Lo leo desde niño todos los días —mentí.

El inquisidor hizo una seña por encima de mi cabeza y el criado que me sonriera en un principio puso entre mis manos un códice viejo y gastado, de gran valor y preciosas ilustraciones y miniaturas, sin duda un ejemplar del Libro Santo.

—Confirmadnos vuestras palabras —rogó el que llevaba el interrogatorio en esos momentos.

Encomendándome a Nuestro Señor Jesucristo en mis entrañas, a fin de que me ayudara a encontrar sus palabras con la mayor celeridad, púseme a buscar un capítulo del Evangelio a fin de narrar a aquellos descreídos la llegada y muerte de Nuestro Señor Salvador. Pero, por más veces que pasaba y repasaba aquellos pergaminos desgastados, no acertaba a dar con ello. Acabé por encontrar los evangelios y comencé a leer con seguridad, haciendo gala de todo el latín que recordaba, para detenerme después perplejo. Aquello no era otra cosa que el Apocalipsis de Juan el Evangelista. Dile vueltas al libro hasta dar con el verdadero capítulo de la Visión de Juan y, sorprendido, comprobé que no era sino el Evangelio, narrado por Marcos, el apóstol. Iba a aducir que aquel ejemplar del Libro Santo no era sino un montón de hojas mal agavilladas y peor dispuestas, cuando un detalle hizo dar un vuelco a mi pecho: todos los verbos habían sido trastrocados y aparecían en futuro. En donde debía decir nació, rezaba nacerá; en donde decía resucitó, figuraba resucitará. Levanté la vista de aquel libro y me enfrenté a la mirada expectante de aquellos hombres.

—Este no es el Libro Santo, sino una vulgar mistificación, y que la maldición de Dios caiga sobre la cabeza de quien lo hizo —no pude sino argüir.

—Una sola blasfemia más y nuestro verdugo te hará conocer su habilidad con el rebenque —contestó uno de ellos, amenazador— y dinos, ¿qué opinas ahora de la llegada de Nuestro Señor Jesucristo a la tierra?

Me alcé de hombros una vez más, pues estaba claro que, dijera lo que dijera, no había de modificar mi suerte, que entonces me parecía menos terrible.

—No contestas —concluyó aquel triunfante. Volviéndose hacia un punto indeterminado detrás de mi persona, dijo:

—Lleváoslo. Continuaremos esta conversación mañana. Que se le ponga la cruz mientras tanto.

Se levantaron y desaparecieron. Unas manos me aferraron por los codos y me condujeron sin miramientos por otra puerta, distinta a la que había permitido mi entrada en aquella sala del demonio.

C A P Í T U L O D É C I M O

VOLVIMOS A BAJAR LAS ESCALERAS Y A SUBIRLAS, y yo comenzaba a pensar si aquello no sería una añagaza para no darme a conocer el sitio en el que nos encontrábamos. Esto tenía la ventaja, pensé para mis adentros, de que se me veía como futuro viviente, lo que me alegró un tanto, pues no tenía ninguna confianza en los gobernadores de aquella villa demente.

Se me hizo pasar por fin hasta una sala en la que el sol entraba tan sólo hasta la mitad della, bien porque el astro rey estuviera ya alto, bien porque la orientación de esta nueva sala fuera diversa de la anterior. Esparcidos por la habitación había una multitud de cántaros llenos de agua y tarros dispuestos por las paredes, con productos desconocidos para mí, pues no me alcanzaba la vista para leer sus inscripciones. En el centro había una gran mesa tallada —en mármol, diría— al estilo de las que usan los quirúrgicos en las operaciones y sangrías. Un gran crucifijo de pedestal aparecía colocado delante de la mesa. En otro escabel bajo contiguo se alineaba una amplia suerte de instrumentos de física —escalpelos, sierras, lancetas, agudos estiletes y algodones—, amén de

otros útiles de forma desconocida y uso ignoto, pero no por ello de aspecto menos amenazador. Allí se me obligó a tumbarme en la gran mesa y se me sujetaron las manos con unas correas, así como los pies. Después me dejaron solo. A medida que esto sucedía, un pánico y nerviosismo grandes se apoderaron de mí. Lo que en un principio se me hacía una cosa sencilla ahora se me volvía algo siniestro y doloroso, que no me atrevía a considerar de una manera real. Mi corazón daba golpes sonoros en el pecho y el sueño, huelga decirlo, había desaparecido ya por completo. Cuando aquella situación empezó a parecerme ya insoportable, se abrió la puerta y, una vez cerrada, dejó ver la figura de Jacent, vestido como yo lo había visto la noche anterior, con sus útiles listos en una talega de cuero que le colgaba del hombro. Bien fingió no verme, bien no me reconoció en un primer momento, el caso es que ningún signo ni visaje alteró su rostro, y esto que, a lo que yo alcanzaba a ver, nos encontrábamos solos en la estancia. Me miró al fin y dijo con voz queda:

—Os dije que no salierais de mi casa. Ahora me veo obligado a trataros como a un habitante más de esta villa. Además, os he de hacer un gran daño, lo que pudierais haber muy bien evitado siguiendo mis instrucciones y consejos. Tomad esto —dijo al cabo de unos instantes—, y me tendió una infusión caliente de un líquido de sabor amargo y fuerte. Era una infusión de la planta de la adormidera, lo cual no ayudó a tranquilizarme para nada, pues suele darse a los pacientes antes de abrirles las entrañas o enderezarles los huesos.

Mientras la apuraba, empezaba a pensar con qué extraña sumisión aceptaba yo las no menos peregrinas costumbres de los habitantes de aquella aldea. Pero, en aquel caso, aquello me iba a suponer un gran daño, que se me hacía más terrible por el hecho de imaginarlo, al no conocerlo. Algo dentro de mí se rebeló y empecé a dar voces y a insultar a Jacent con todas las alharacas que mis correas me permitían. Las cuerdas no cedieron ni una pulgada, por lo que no tuve más remedio que calmarme. Noté a la vez que un gran cansancio hacía presa de mí. Era la infusión, sin duda. Por mi mente empezaron a pasar recuerdos con gran presteza y percibí cómo mis miembros se relajaban y destensaban, y todo mi cuerpo se descordaba. En aquel momento, Jacent avanzó hacia mí con una aguda lanceta en la mano derecha y, desnudando mi pecho, la hincó en él y la deslizó sobre mis costillas, dejando un reguero de sangre viva, desmayándome yo al instante por el gran dolor. Nada sé de lo que hizo conmigo después, pues no volví a recuperar el conocimiento hasta pasadas muchas horas.

CAPÍTULO DECIMOPRIMERO

UN GRAN DOLOR SACUDÍA MI PECHO, justamente encima del corazón. Palpé aquel sitio y, al instante, un pinchazo muy agudo me hizo clamar fuerte. Abrí los ojos por fin y pude ver que me encontraba en una habitación muy agradable y llena de luz. Estaba tendido en un gran lecho, cubierto de lienzos, encajes y bordados. Un buen fuego ardía frente a mí. Me palpé de nuevo el pecho — esta vez con exagerada delicadeza— y noté que se encontraba prietamente vendado a la altura de las tetillas. Resolví no investigar más y dejarlo quieto, por si mis manipulaciones pudiesen hacer sangrar más la herida causada por aquel poseso. Volví a caer en un sueño profundo, producto sin duda de aquel brebaje que me hizo apurar, y me desperté sacudido violentamente. Vi a Jacent que, a través de las brumas espesas de mi mente, me miraba.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó, en tono contrito.

—Todo lo bien que uno puede estar después de tamaña operación —repliqué con la lengua deshilachada por el brebaje.

—Procederé a curaros la herida. Levantaos un

poco —añadió. Me deshizo cuidadosamente el vendaje, mostrándome mi pecho tumefacto. Había una herida pequeña a la altura del pezón izquierdo y, un poco más al centro de mi pecho, un leve bulto con forma de aspa diminuta, la cruz que debía de haber sido insertada por debajo de la piel. Contemplé todo aquello sin sorpresa, pues ya sabía, desde el momento en que vi a Jacent, que algo semejante se me iba a hacer. Observé con alivio que ninguna parte vital de mi cuerpo parecía haber sido tocada ni dañada, por lo que me avergoncé un tanto de haberme desmayado a raíz de aquella pequeña operación, habiendo resistido cosas peores en tiempos.

—¿Cuál es la locura que impulsa a estos hombres a introducir una cruz dentro de los pechos? ¿Quiénes eran aquellos jóvenes que tan engreídamente se atreven a hablar a un hombre curtido como yo? —pregunté.

—Esos jóvenes no lo son tanto o, por lo menos, lo son menos de los que vos creéis. Son los que mandan en esta villa de Torresluengas, una de cuyas torres, por cierto, estáis habitando en este mismo momento. La cruz que se os ha insertado en el pecho es el símbolo de Jesucristo, que habrá de venir un día a salvarnos a todos de tanto pecado que hemos cometido y de otros muchos que, si Él no lo remedia, vamos a cometer todavía.

—Con algunos habitantes de esta villa habrá de hacer un gran esfuerzo ante Dios Padre —apostillé con ironía.

—Lo que visteis el otro día —continuó sin hacerme caso— no es sino lo contrario de la operación que acabáis de sufrir ahora. Y no os explicaré más cosas hasta saber si vuestra suerte os va a permitir conocerlas, pues si así lo hiciera y vos os fuerais de la lengua, me temo que habríais de pasar el resto de vuestra vida entre nosotros, idea que no os seduce en demasía, supongo.

—Estáis muy en lo cierto —repuse inmediatamente—. Y decidme ¿cómo es que un herbolario como vos acepta realizar tan sangrientas operaciones al mandado de unos orates como aquéllos? ¿Acaso las enseñanzas de vuestro padre, que era hombre cabal y recto, no os han servido de guía?

—No me queda más escapatoria, puedo asegurároslo —respondió tristemente.

—¿Cuál es la finalidad de aquella estatua de madera que tenéis guardada en vuestra alhacena? ¿Es acaso lo que esos dementes llaman un autómatas? —inquirí maliciosamente.

Su rostro se congestionó de espanto y temor, y me dijo con voz entrecortada, al borde mismo del llanto.

—Juradme que nada de esto contaréis a ninguno de esos hombres. Jurádmelo, por lo más sagrado.

Sorprendido por el cambio que la mención de aquel hombre de palo había producido en él, no dudé en aprovecharme de aquella ventaja y continué diciendo:

—Sabed que ya me han preguntado por ello y que no dije ni que sí ni que no.

—Luego ya lo saben —murmuró con desesperación—, y vos ¿qué diréis si os vuelven a preguntar? —añadió con ansiedad.

—Depende mucho del trato con el que me obsequiéis en el futuro. Pues si he de pagar por culpas que no he cometido, justo será que vos paguéis por algo que se me alcanza —y no comprendo por qué— un gravísimo delito en esta tierra de vuelco y perdición —contesté pausadamente.

—Haré lo que pueda por vos, os lo prometo —repuso implorante—, pero no contéis nada a nadie ni digáis que me conocéis ni que habéis estado en mi casa. ¿Lo haréis así?

—Así se hará si vos hacéis por vuestra parte lo indecible por sacarme de aquí. Pero sabed que si me veo abocado al peor de los males que imaginarme puedo, no dudaré en llevarme buena compañía en mi postrer viaje, pues a fe que como estas operaciones continúen, voy a necesitar de un buen físico para presentarme completo ante Dios Padre el Día del Juicio —contesté, saboreando mis palabras—. Y sabed también, y esto se me olvidaba, que existe una persona que conoce de mi estancia en vuestra casa. Es una joven muy fea y desgraciada que se hallaba a la puerta de la casa en la que falleció el tal Lorenzo. No me dijo su nombre, pero recuerdo que tenía el labio superior demediado, y que grandes arrugas le surcaban la cara.

—Se trata de Johanna, sin duda, pero joven no es. Os extrañará saber que ya ha rebasado los cuarenta años.

—Nos equivocamos de persona, me parece. La vi perfectamente y, a pesar de su enfermedad, no os concedo que tuviera más allá de veinte—repliqué con firmeza.

Se levantó y empezó a moverse, presa de una gran excitación. Hablaba para sí y pude oír que decía con voz queda: “No hablará, sin duda. A fin de cuentas, me debe más de un favor. Yo le he arrancado a dos hijos de la muerte misma. Y, además, le he hecho el recuento de todas sus almas.”

Empecé a pensar que si aquel demente era quien podía sacarme de aquí, es que las cosas estaban muy mal por aquellos pagos, aunque no dudé en pensar que es muy cierto que sólo un clavo saca otro clavo, por lo que más valía evitar en lo posible el excitar a aquellos jueces con mi lógica y dejar mi asunto en manos de Jacent por completo.

Por entonces yo no sabía todavía que el mismo Jacent se encontraba en el centro exacto de una tela de araña que alguien había tendido sobre aquella villa y sus habitantes.

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO

PERMANECÍ EN AQUELLA HABITACIÓN VARIOS DÍAS, sin que nadie apareciera por allí, salvo una mujer que me traía algunas viandas al caer la tarde. Ni una palabra conseguí sacar de sus labios durante tres jornadas. Era persona de gran belleza, por lo que el día se me pasaba esperando el momento en que la puerta se abriría y dejaría paso a mi sierva.

Era la tal dueña de unos treinta años de edad y llevaba su pelo negro recogido en una trenza larga que le daba vuelta a la cabeza. Tenía los pechos altos y firmes y una mirada esquiva que no acababa de parecerme del todo virginal las veces que conseguía atraparla unos instantes. Solía aparecer con un vestido de buena factura y, al agacharse o inclinarse para arreglar mis ropas o dejar los alimentos, su escote me dejaba ver los pechos de anterior mención, visión que bastaba para sumirme en un trance pecaminoso hasta que su nueva llegada renovaba mis apetitos, recrudescidos por la larga yacencia. Sin embargo, dábame la impresión de que acicalaba a un muerto en vez de atender a un herido como lo hacía, pues ponía tan poco interés en mi persona como quien amortaja a un difunto ajeno a su cuidado. Resolví, por tanto, darle una buena sorpresa y maravillarla con

los atributos de los que tan buen uso había hecho en tiempos y que ahora permanecían tan a dieta como su dueño. A la cuarta mañana, cuando entró, me preparé para saltar sobre ella, como lo haría un buen sarraceno sobre su esclava, y así lo hice, agarrándola por un brazo y arrastrándola hasta el lecho, en donde quedó tendida sin haber opuesto la menor resistencia a la fuerza que le hacía. Empecé a acariciarla, y ella permanecía muda y distante, con lo que el asunto —he de reconocer— empezó a no parecerme tan excitante.

Sentí como la marejada de mi deseo se iba transformando en una resaca aceitosa que hizo disipar prestamente mis ansias montaraces. Nuevamente volví a pensar que aquella villa de mala mención estaba cambiando mis gustos sobremanera, pues en tiempos no había nada que me excitara tanto como la indiferencia y rendimiento de las hembras ante el asalto amoroso. Pero, en aquella ocasión, la indolencia de ésta me hizo reflexionar sobre las consecuencias de mi acción, así como sobre la posibilidad de que aquella hembra no fuese sino uno de aquellos autómatas de los que hablaban los jueces, ya que no parecía tener alma ni mente alguna. Si bien lo primero no me inducía a sorpresa, pues es bien sabido que las mujeres no acaban de tenerla, lo segundo me llevaba a pensar que, a lo mejor, algún mecanismo oxidado o fuera de uso, rompiéndose o, peor aún, retorciéndose, daba al traste con lo máspreciado de mi persona, y que los teólogos me perdonen. Semejante posibilidad se me hacía funesta para tal riesgo, máxime teniendo en cuenta que si, en estos

lugares, ciertas sandeces o nimiedades son consideradas convictas del mayor de los castigos, no quería pararme a pensar acerca de lo que la maculación forzada de una hembra podría suponer de pena o castigo, pues mi imaginación, que, puedo asegurarlo, nunca fue escasa, no llegaba a tal punto.

Hice pues doblar la cresta a mis engalladas partes y fuimos a quedar los dos como marido y mujer mismo después de saciados los deseos, pero sin haber saciado sino la paciencia y el comedimiento, lo que ya venía siendo hábito indomable en Torresluengas, al menos en lo que a mí respecta. Pues como lo dado y el ser de aquella situación era que comenzáramos un cálido y cansino diálogo, así hube de hacerlo, más por comprobar si aquel ser compartía su alma con otro o tenía una sola para sí misma. Tras rebuscar unos instantes en mi atormentada mente, resolví preguntarle por el motivo de su tirantez y desgana, a lo que me contestó:

—No es mi costumbre, ni la de mis convillanos, el entregarme a las delicias de la carne con gentes que van a ser pasto de gusanos en breve plazo. Pues si vos o Jacent no lo remediáis, os aseguro que pronto habréis de colgar en forma de pergamino de una cruz, y ésta de un muro, y el muro de un arbotante, y el arbotante de un tejado y el tejado del cielo mismo, que es de donde, a la postre, habremos de colgar todos un día. Pues aunque a vos no os parezca cabal ni justo, habréis de reconocer que estáis empezando a ser como un moscón de verano, al que nadie pone mientes si no es para aplas-

tarlo de un pisotón o un manotazo. Pues si entiende o no entiende, tanto da, o si atiende a las cabales razones, lo mismo nos importa. Más rápido es acabar con él y ya no preocuparnos más, que en el fondo es el secreto de toda felicidad y todo gobierno. Así que mi consejo es que busquéis ambos algún medio rápido para salir de aquí, y lo hagáis corriendo como las almas que llevan penas, pero sin dar gritos ni lamentaros lúgubrementes, que aquí hasta las paredes tienen orejas.

Tragué saliva una vez más, y no resignándome a aceptar mi destino, que se me aparecía más absurdo que injusto, le volví a preguntar.

—Dime, por la Virgen, ¿cuál es el medio para salir de aquí?

—Nadie lo sabe, pues nadie ha abandonado la villa jamás, si no es aquella pobre alma de Bernardo, que en Dios esté o cerca de Él. Pues has de saber que todos los caminos que salen de esta villa no son sino un engaño tramado por el más malvado de los hombres, cuyo nombre no oso pronunciar. Están urdidos para desanimar al caminante, tanto más al huidizo, ya que, no bien sales por uno de ellos cuando, tras una jornada que no desmerecería las de Moisés en el desierto, ves, cuando crees estar seguro de tu fuga, las altas torres en las que nos encontramos ahora, con lo que quien se haya apercebido de tu huida no tiene más que esperar tranquilamente a que vuelvas, fugitivo, por el lado contrario al que te fuiste. Y lo hacen cansinamente y sin emoción alguna, y a menudo se limpian las uñas

o se mondan los dientes con briznas de paja, a la par que bromean bajo la sombra de unos tilos. Y el que ha huido, cuando se da cuenta de estar donde querría ya no estar, no tiene ánimos para huir ni esconderse, pues para acabar en la misma situación, pero al otro lado del pueblo, prefiere con sensatez ahorrarse unas cuantas leguas de camino y ansia mortal y entregarse directamente, porque el castigo, de pura rutina, no es tan gravoso como semejante caminata. Sin embargo, el tal Bernardo lo hizo, pero a fe que no sé cómo, aunque supongo que, por ser hombre de muchas lecturas y mejores reflexiones, conseguiría hallar el atajo que separa la ida de la vuelta. Pero ni para él fue fácil; puedo asegurarte que más de una vez hubo de someterse al castigo con resignación, pero al fin consiguió sus propósitos, y sólo cometió el yerro de volver de nuevo, con lo que pasó a convertirse en uno de esos moscones cojoneros de los que te hablé y los señores jueces pronto encontraron la forma de hacerle echar las huevas. Inténtalo tú, y para tu saber y fortuna te diré que el propio Bernardo, cuando se encontraba en la misma cama en la que tú ahora te hallas, me dijo que el pasaje por el que se sale de esta villa es un tramo oscuro, en el que el camino se encajona por una honda garganta. Allí —me describió— la humedad está por todas partes, y muchas hiedras y plantas trepadoras suben por doquier hasta el punto de que el camino se oscurece y es menester andar por la tiniebla hasta que, al fondo, se vislumbra una luz que te indica que el camino prosigue después de haber andado a tientas por entre las plantas y la humedad y el

barro. Si sigues por él, es que estás de nuevo de regreso a Torresluengas y nada ni nadie puede salvarte de acabar donde ahora estás, pero con una somanta más sobre las costillas, que no son tan anchas como para que muchas huidas las vareen. El paraje que conduce al exterior sale de la tiniebla más acendrada de ese pasaje, y no debes de cejar en su búsqueda por mucho que el musgo empiece a trepar hacia tu corazón y sientas deseos de echar a correr. Habrás de llevarte una buena candela e ir abrigado, pues creo que el pasaje que describió Bernardo es frío y lóbrego como una noche de lluvia en un bosque clareado. Hazlo así, y no dudes en salvar tu alma, porque empiezo a estar cansada de ver a los mismos hombres tantas veces y justo será que amenice mis compañías ayudando a salir a unos cuantos de este lodazal inmundo en que hase convertido nuestra triste villa.

—Me congratulo sobremanera de encontrar en Torresluengas un alma piadosa y que se avenga tan bien a la compasión con este pobre caminante atribulado. Desde luego, vuestra ayuda no habrá de quedar sin recompensa, bien sea yo quien la pague, bien Nuestro Señor el Altísimo, que no se haya sujeto a mundanal olvido —respondí emocionado, sintiendo que la dicha y el agradecimiento volvían a manifestarse allí donde las piernas se acompañan, con ese ligero cosquilleo que solemos llamar deseo. No ignoráis que soy señor de la villa de Falcet, y que allí mismo mi castillo ha de alzarse todavía, y juro por todos mis muertos y por el alma de mi padre, que será para vos morada por tiempo indefinido cuando consiga llegar a él y volver a esta villa

de perdición con una mesnada compacta que ponga freno a la singular locura que aquí se masca. Y ahora, decidme, una vez más y si esto no es menoscabo de la confianza y abuso del peligro que sin duda por mí correréis, ¿cómo podré abandonar el torreón y llegar hasta la senda y el camino de Legio? ¿Hay guardas que vigilen o gentes acechadas?

—Ésta es la parte más arriesgada de toda la huida. Desde donde estamos ahora sólo existe un camino para bajar, y es la escalera lóbrega y redonda por donde sin duda os trajeron. Pero esta escalera está guardada por más de un vigilante y por algunos artilugios siniestros que se accionan por sí mismos y sin que nadie sepa cómo, haciendo caer al fugitivo en las más necias de las trampas. Al salir habrás de ir ojo avizor, y caminando con tal sigilo que llegues a dudar tú mismo de si andas o estás quieto pues, como ya te dije, en la villa de Torresluengas hay mucho insomnio, y es bien sabido que el que vela aguza los oídos y tensa sus membranas como si fueran atabales, por lo que una mala pisada tuya podría resonar en ellas como las trompetas que redoblaron el día del Juicio Final. No enciendas luz alguna, pues aunque nada sé de trampas, sospecho que alguna relación guardan con los fuegos, y más aún se me hace que algunos hilos, al prenderse con el fuego de las antorchas, accionan estos mecanismos, sin que por ello te lo pueda asegurar. Al llegar a la puerta habrás de decir la contraseña al guardián que espera abajo, y ésta es “pauci et mali”, que a lo que creo es un fragmento de una canción pía de gran agrado de nuestro señor juez.

Habrás seguidamente de despejar al vigilante, pero sin hacerle más daño del que sea menester, por lo que un buen golpe, violento pero amable, podrá librarte de su segura persecución. No le hagas más daño del necesario para que yazga por un par de horas, insisto, pues como lo más probable es que a la noche estés de vuelta, no querría verte con un muerto sobre tus espaldas, ya que las cosas se pondrían en extremo enmarañadas. Sigues por la calle que lleva a la plaza de las ejecuciones y, bajando con cuidado por la calle de la iglesia, te deslizas ahíto de sigilo por la pared de ésta, como si fueras un lagarto en un día de sol, para salir después al camino de Legio. No cantes ni silbes ni te confíes, pues tu marcha no habrá hecho sino empezar, y lo más duro te espera hacia mitad de la noche, cuando tus sentidos se encuentren cansados y tu espíritu ensoberbecido por la huida y la burla infligida a los jueces. Al llegar al sitio húmedo y oscuro sigue punto por punto mis instrucciones y no vuelvas a reandar lo andado ni a salir a la parte libre de tinieblas, pues acabarías otra vez en la villa de tu ruina. Quédate en el pasaje de la garganta y no desistas de hacerlo, siquiera aunque empieces a notar que las piernas se te empiezan a cubrir de musgo, pues creo que éste crece con increíble rapidez en aquel sitio. Por último, evitarás cuidadosamente un trozo del pasaje marcado con una cruz grande, clavada en un montículo de tierra. Allí es donde reposa el alma de Bernardo de March, ya que su propio hijo lo hubo de enterrar en aquel sitio, quizás con la esperanza de que su padre encontrara en aquel túnel la salida natural para su alma atormentada.

Eso es todo.

Medité sobre todas aquellas recomendaciones, tratando de conservar en la memoria todas y cada una de ellas, pues bien pudiera ser que me permitieran a la postre llegar hasta mis posesiones. Seguí pensando y decidí que tal vez Jacent venía, cuando nos encontramos, de intentar lo que yo me disponía a hacer ahora, pero deseché la idea, pues no me parecía que tuviera los arrestos suficientes ni los motivos para encontrarse a desgana en aquel pueblo. Así continué meditando sobre las cosas más disparatadas que mi nerviosismo alentaba, hasta que, al girarme, vi que la mujer había desaparecido sin dejar rastro ni despedida. Resolví dormir hasta la noche, a fin de que mi cuerpo respondiera adecuadamente a mis mandatos. Me giré y dormí.

Durante aquel rato, que me pareció interminable al despertar, pero que no debió de superar las dos o tres ampollas medianas, volví a entrar en el mismo sueño de la noche en que murió Lorenzo. Si bien mientto, pues esta vez el nudo no fue exactamente el mismo. El campo sí lo era, tal como yo recordaba, con el trigo enfurecido por el aire y el viento agitando unos árboles al fondo. El jinete iba vestido a la misma usanza castellana pero, en un momento de su carrera hacia atrás entre dos lanzadas, volvióse súbitamente y cabalgó hacia mí a todo correr. Al hacer morder freno a su caballo delante de mí —que no sé dónde era pues no me veía a mí mismo— se detuvo e hizo caracolear su montura, al tiempo que levantaba la celada de su yelmo. Era yo

mismo. A continuación, me dijo —me dije— algo que no entendí. Me rogué repetirlo y respondí en voz bien alta: “Dies quibus peregrinatus sum super terram pauci et mali, et non pervenerunt usque ad dies patrum meorum.” Tras lo cual picó espuelas y se alejó, me alejé, a alancear a Nuestro Señor, como en el anterior sueño.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

VOLVÍ A DESPERTARME SUDADO Y RECORDÉ que aquella frase no era sino la contraseña que aquella mujer me había dado para franquear la puerta de la torre. Recordé asimismo que no era otra cosa que un fragmento de una oración cristiana que yo había escuchado antaño, embebido de piedad, en un monasterio. Al acabar esta frase, todos los monjes exclamaban acongojados: “¡Memento mei, Jesuchristi!”. Solicité la misma ayuda de Nuestro Señor y me levanté sigilosamente para hacer todo lo que había dicho mi dueña. Bajé pausado la escalera, contuve el aliento, crispé los nudillos, pero no se oyó ningún ruido, lo que era peor que si hubiese algarabía, pues por la detención della podría saber si mis pasos eran escuchados o no.

La escalera era del tipo de caracola, pues los peldaños de piedra giraban sobre sí mismos apilados sobre sí, formando un astil central. Repasé cuidadosamente todas y cada una de las piedras, por si alguna de ellas dejaba ver trampa o añagaza destinada a hacerme caer en algún abismal fondo, pero no pude notar nada pues caminaba a tientas, tal y como mi señora me había dicho. Seguí descendiendo y me pareció que bajaba demasiado, siendo así que no me encontraba tan alto

como hubiera pensado. Maldije varias veces por no haberme asomado a las flecheras para cerciorarme de la altura a la que me encontraba, pero, no pensando en otra cosa que en salir de allí cuanto antes, seguí caminando hasta que, al dar un paso, sentí que algo hacía fuerza a mi pie derecho. Me quedé como una estatua y, lentamente, con el corazón pendiendo de un cabello, retiré el pie para arrodillarme y ver, o más bien, palpar, que se trataba de un hilo fino de brocado o sedal que llevaba hasta la pared y allí se introducía por entre dos lajas, perdiéndose a mi tacto. Seguí la marcha, resistiéndome a la tentación de hacer más averiguaciones, y tanteando por el suelo y la cabeza en previsión de más trampas.

Llegué por fin hasta una puerta, en la que la escalera no acababa, pero que parecía ser notable en su recorrido, pues se abría ante un gran rellano y lucía un arco majestuoso. Una luz pugnaba por salir de la rendija del quicio y allí vine a aplicar mi ojo. Vi una habitación iluminada por varias velas gruesas. La parte que me era dado contemplar, que no era exigua, me mostró a un hombre sentado en un escabel. Era de una edad indefinida y se hallaba envuelto en un vestido de infanzón, de muchos vuelos y brocados, que le daba un aspecto majestuoso y real. Miraba hacia la tronera que tenía delante de sí y su ademán, así como su expresión, irradiaban una sensación de aburrimiento insondable que no dejó de llamarme la atención. Permanecía inmóvil y sombrío, como si algo lo tuviera malhumorado o contrito. A su lado yacían varios pergaminos, en una

mesa baja de las de copiar, así como algunos útiles de escritura. La habitación, aparte de eso, estaba vacía. No queriendo entretener mi huida por más tiempo, seguí descendiendo por la escalera hasta que di con un portón que supuse que salía a la calle. Armándome de arrojo, lo empujé, pero no cedió ni un adarme. Llamé entonces, y me preparé para la lucha. Escuché una voz que decía:

—¿Quién es?

—Jacent de March —repuse de inmediato.

—Decidme la seña, por Dios —contestó la voz.

—Pauci et mali —repliqué.

La puerta se abrió y tras ella apareció un hombrecillo contrahecho y ridículo, al que no vacilé en dar un buen golpe —cuya amabilidad anduvo muy a la zaga de su violencia— con un trozo de leña seca que había cogido del hogar previamente. Derrumbóse como un saco de centeno al romperse y yo salté ágilmente por encima de él, para poner mis pies, tras una leve orientación, en dirección a la iglesia.

Al llegar a ella, la rodeé y, poniendo especial cuidado en no despabilar a su celoso e irascible guardián, tomé alegremente el camino de Legio.

La noche era más bien fría, y por el camino revoloteaban los murciélagos. Había una gran luna, por fortuna, y se veía bien dónde se ponía el pie. Caminé y caminé y empezaba ya a cansarme cuando vi que la senda se iba estrechando y entraba en la garganta que

me había descrito mi señora y protectora. La humedad empezaba a meterse en mis huesos y un gran frío se apoderó de mí, haciéndome echar de menos las prendas que había dejado en la prisión. El viento que pasaba por entre los árboles levantaba un quejido bronco y terrible que me erizaba los cabellos. A medida que seguía avanzando, las paredes se fueron acercando a mí, por lo que la situación fuésem haciéndome cada vez más incómoda. Al estar todas ellas recubiertas de una yedra salvaje y exuberante, no se podía ver su fondo, y yo me hacía cruces rogando que no saliera de allí un brazo forzudo que diera fin a mi huida. Llegó un momento en que la tiniebla era casi absoluta, por lo que hube de andar con mucho más cuidado. En cierto instante sentí que un aire mucho más frío me besaba la espalda y me volví súbitamente, espantado. Vi, tras un buen rato, en el que mis ojos se hicieron a la escasa luz de aquel recinto, un pasaje que se abría en dirección opuesta a mi camino, saliendo lateralmente. Lo tomé sin dudarlo y, al poco de andar por él, me encontré con una tapia de gran grosor, levantada para desanimar al viandante, y cuya piedra no dejaba ni un solo hueco para trepar por ella. La yedra había crecido sobre todas sus piedras y una gran capa de verdín de las albercas hacía imposible, por lo resbaladizo, cualquier intento de ascensión. Las paredes de la garganta no eran mucho más accesibles pues, por lo escarpado de su ser, ni el más valiente se atrevería a subir por ellas, máxime sin ver, a causa de la gran oscuridad, la altura que era preciso superar. Resolví que bastaba salir otra vez para dar un gran rodeo, y así lo hice, ga-

nado el camino de ida y vuelta a Torresluengas. Avanzando por él intenté inútilmente encontrar un punto de salida que me permitiera alcorzar hasta un sitio pasado la muralla, pero fue imposible, pues el camino era impenetrable por ambos lados, tanto como lo era por la vía de salvación. Retrocedí otra vez y puseme a buscar la salida para la triste situación en la que me encontraba. Entonces fue cuando vi la tumba de Bernardo de March.

Era un tumultillo de escasas dimensiones y encima de él había una cruz de madera grande, excesiva para el túmulo. En ella pude leer, escrito en la cruce-ta del árbol, “Bernardo de March, requiescat in pace, 1315-1268”. Me pregunté cómo una persona instruida como Jacent había colocado las fechas en orden inverso pero, atendiendo a lo oscuro del lugar, aquello no era extraño, pues a fe que se veía muy poco. Ya me retiraba cuando una idea vino a turbar mi corazón. Pensé abrir aquella tumba, por si los restos de Bernardo pudieran proporcionarme algún dato nuevo que sumar a los ya recabados. Estremecido por tal pensamiento del demonio, hube de rechazarlo, pero no bien me alejaba de aquel sitio, la necesidad de llevar a cabo tal pecado se hacía más y más fuerte, con lo que retrocedí y puse manos a la obra por fin.

Que Dios y quien lea esto me perdonen semejante blasfemia, pero convendrá el último que mi situación tras los últimos acontecimientos era de lo más desesperada, y la visión de cuál pudiera ser el futuro

de mi cuerpo en aquella villa era lo único que en aquel momento podía reconfortar mi ánimo. Aparté piedras y más piedras y seguí ahondando entre resoplidos, apartando tierra y piedra y yedras que cubrían la parte superior de la tumba. Llegué hasta dos palmos de profundidad y un gran miedo se apoderó de mí, por la posibilidad de encontrarme ante una persona que, aun después de muerta, podría ayudar con sus restos a hacer una luz —por pequeña que fuera— en las tinieblas de mi mente confusa. Llegué por fin hasta una profundidad que me pareció que debía de contener los restos de Bernardo y comprobé que así era efectivamente. Apartando la tierra con cuidado, vi algo grisáceo que asomaba por ella. Tiré y comprobé que era una gran mortaja. Limpié su superficie por completo y vi con desesperación que estaba vacía y que no contenía ningún cuerpo, ni el del físico ni el de nadie otro. Hice fuerza con toda ella y salió con un suspiro, mientras la fina tierra que la albardaba caía a su alrededor. Volví a cogerla para dejarla tal y como la había encontrado cuando palpé un pequeño bulto entre las vendas. Al moverla, noté cómo algo caía al suelo, con un ruido seco y pesado. Palpé de nuevo la tierra de la tumba abierta y di con el objeto, tras pasear las manos sobre la tierra húmeda. Era, claro está, una diminuta cruz de bronce, pero diferente a las de la iglesia de Torresluengas en un punto: se hallaba oxidada y cubierta de orín y de excrecencias de metal caedizas que le daban un aspecto antiguo y mohoso, como el verde de las albercas. La guardé en la talega y volví a tapar la falsa tumba.

Me encontraba tan confundido de ánimos como cansado de espíritu, y me pareció que había llegado el momento de tomar una resolución seria, pero al mismo tiempo no supe decidir cuál. Mis posibilidades eran más bien escasas. Podía, por una parte, intentar derribar ese muro, pero sólo contando con mis pocas fuerzas y alguna que otra herramienta, que ni siquiera tenía, la obra se me asemejaba muy poco realista. Podía, por otra, tratar de volver al pueblo y tratar de convencer a aquellos dementes de mi inocencia, pero convine muy a mi pesar que difícilmente podía convencer a un juez de mi inocencia si no conocía todavía cuál era mi culpa. Podía también, y ésta es la posibilidad que más atraía a mi mente, volver a Torresluengas tan sigilosamente como fuera capaz, para ir a casa del boticario e intentar arrancarle alguna confesión a golpes. Aunque no sabía muy bien qué es lo que tenía que decirme, a lo mejor los golpes le hacían decir cosas muy en sazón, que pudieran servir para hacerme una idea clara acerca del punto exacto de la tela de araña en la que me encontraba. Todas estas reflexiones pasaban por mi mente mientras acariciaba la oxidada cruz de bronce que permanecía en mi talega, de pie frente a la tumba a medio tapar de aquel ser que yo había conocido en mi infancia y que ahora no aparecía donde no tenía más remedio que estar. Pensé, pues, que lo primero que debía de averiguar era lo que se había hecho del cuerpo de Bernardo de March, y si realmente había muerto o estaba escondido en algún sitio que mis carceleros ignoraban u ocultaban por amor propio o por alguna otra razón cualquiera,

desconocida para mí como tantas otras. Era posible, pensé, que el tal Bernardo no hubiera vuelto nunca de la villa de mi infancia y que acabase siendo pasto de los lobos junto a nuestro criado. Y era posible, y esa idea cruzó mi mente como un relámpago, haciéndome temblar, que aquel criado que nunca volvió y que mi padre esperó con ansia aquella noche tan fría, hubiera ido a dar con esta villa, por lo que vino a sufrir las mismas calamidades que a este siervo del Señor acuciaban en esos instantes. Resolví por fin que no estaba tan solo como creía estarlo al principio de mi cautiverio, pues dos personas habían intentado ya ayudarme, si bien con el poco éxito que el lector tiene conocido hasta este momento. Al parecer, y en esto no creí equivocarme ni un adarme, la gente de Torresluengas no estaba tan contenta con sus señores, a juzgar por lo que discurrían para privarles de siervos y de reos. Éste, llegué a la conclusión, es un punto nada despreciable, pues habría de encontrar casi tantos colaboradores y traidores como habitantes tenía el pueblo. Para todo ello no tenía sino que pensar y vacilar acerca de los pasos a dar pues, al menor tropiezo, podía dar con mi osamenta en una tumba tan vacía como ésta.

Mientras todo esto pensaba, había ya amanecido y pude ver que el fondo del camino de Torresluengas aparecía ya blanquecino de luz y que grandes nubes de vapor y humedad salían del túnel que formaba la maleza, para dejar sobre el suelo una neblina densa que empezaba a cubrir la tierra de agua y rocío. Inspeccioné una vez más la salida que conducía hacia la villa de Fal-

cet y comprobé que nada había que hacer sino esperar otra ocasión propicia o buscar un remedio mejor para la huida. Retrocedí pues y salí de la angostura para poner tristemente el paso en dirección a mi cautiverio. Anduve hasta que el sol estuvo muy alto, sin ver a nadie ni cruzarme con animal alguno, ni racional ni irracional. Por fin pude ver la primera de las torres que se alzaba a lo lejos, entre la calima del sol y la niebla que iba quedando rezagada. Me senté a meditar sobre mis planes y resolví por fin dirigirme a casa de Jacent directamente, para ver si alguna nueva situación aliviaba en algo el tormento de mi incertidumbre.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

CUANDO POR FIN EMPECÉ A ANDAR, el sol ya asomaba por encima de las torres de nuestra nunca asaz ponderada villa de Torresluengas y el relente empezaba a levantarse desde el suelo, dando una apariencia realmente fantasmática a las tinieblas que me envolvían en ese momento. Aquella visión no era fácil de olvidar. Los vahos de vapor, atravesados por los rayos de sol incipiente, que lo iluminaban todo; la niebla, que se despegaba del suelo en forma de nubarrones rasantes y tornadizos; el sol, que pugnaba por salir entre todo ello. Yo caminé y caminé, tratando de no caer en manos de los guaytas, y vine a perderme de nuevo por entre la maleza, pero re-encontré el camino a la postre y me encaré a una de las calles de la villa. Ascendí por ella y me detuve delante del portón de la botica, sobre el que apliqué mi nudillo quedamente, a fin de no despertar las sospechas de los algarivos habitantes de aquella villa. La puerta se abrió y el rostro somnoliento de Jacent me miró con sorpresa:

—¿Qué deseáis de mí? ¿No veis que buscáis mi ruina y mi muerte? —me dijo de inmediato, resistiéndose a abrir la puerta para entrar yo, pues me encontraba en medio de la corredera y un joven se aproximaba, mirándome en silencio, por el otro cabo de la rúa.

—Alguien se acerca —dije.

Abrió la puerta del todo y entré, poniéndome a salvo de la mirada de aquel joven.

—He estado en la tumba de vuestro padre y la he abierto y profanado, y sabed que allí no hay nada ni nadie —le espeté de improviso, arrepintiéndome de inmediato de haber confesado abiertamente mi fechoría.

Se quedó anonadado y nada respondió por el momento. Saqué de mi talega la cruz de bronce oxidada y se la entregué. La tomó, la observó atentamente a la luz de la bujía y echóse a llorar y a sollozar tan amargamente que no pude por menos que tomarle por el hombro y preguntarle:

—¿Qué tenéis? ¿Qué os sucede pues? Tan sólo es una cruz y nada más.

—Pero miradla bien, está oxidada totalmente.

—Natural es, pues el pasaje en el cual se encontraba es húmedo como un pozo y oscuro como la boca del lobo.

—Está oxidada y herrumbrosa —repetía con obstinación.

—Y eso ¿qué quiere decir? —pregunté por fin, acicateado por su extraña conducta.

—Quiere decir que mi padre, Bernardo de March, que en Gloria pudiera hallarse, no entrará en el

recuento —creí entender entre amargos sollozos.

—¿Qué recuento? —volví a preguntar.

—Ya os lo dije, el recuento de almas —respondió furioso, tras lo cual se quedó absorto, al tiempo que gruesos lagrimones le corrían por la cara, dando a sus facciones un aspecto más aniñado de lo que ya era normalmente.

Resolví interrogarle más a fondo y empecé diciendo, bastante enfurecido:

—Vos sabéis, Jacent, que soy hombre experimentado y paciente, y que he venido soportando esta irrisión y este desvarío con todo el humor que la vida me ha ido dejando, que no es mucho. Pero héteme aquí que ya me empieza a abominar vuestra sinsustancia, por lo que empiezo a encontrarme falto de una explicación. En primer lugar, quiero salir de aquí y llegar hasta mis posesiones lo antes posible y vos me habréis de llevar a ellas, e incluso venir conmigo para vuestro descanso y el de vuestra alma y los sinsabores que veo encierra. En segundo lugar, me resulta preciso saber qué habéis hecho con vuestro padre, pues con estos ojos que la tierra va a comerse he visto que no se halla donde creéis o decís que está, pues abrí su tumba —de la que, por cierto, las fechas son erróneas— y allí nada encontré sino una mortaja pútrida y esa cruz que ahora tenéis entre las manos. Deseo, si esto no es abusar de vuestra paciencia, que no creo que lo sea tanto como vos habéis abusado de la mía, que me informéis acerca de aquellos hombres que a talmente estúpido interrogatorio me forzaron y,

más aún, deseo saber qué individuo era aquél encerrado en el torreón, y cuál es la razón de que se le mantenga así preso. Y, por último, habréis de decirme dónde se halla la mujer que me atendió en la torre y que en algo me ayudara a intentar la huida. Hablad pues.

Jacent se sorbió los mocos y acabó por hablar de esta guisa:

—Respecto a salir de aquí, mucho me temo que sabéis vos más que yo de tal empresa, pues si entrar es difícil, salir lo es tanto más, y vos habéis hecho una de ambas cosas, mientras que yo todavía no. Por lo que a mi padre toca, sabed, por todos mis muertos, que lo dejé enterrado en el sitio que vos profanasteis y que la maldición de Dios caiga sobre vuestras espaldas. Nada sé si no es que no entrará en el recuento ni por pienso, pues esta cruz oxidada y de orín cubierta así lo canta. Los hombres de quien habláis son los jueces, que gobiernan esta villa con su mano prudente y su lengua solapada y astuta, y nadie, desde que son jóvenes, les ha engañado como vos lo hicisteis. Pero no cantéis victoria, pues el colofón no está todavía sellado, y ni siquiera la tinta gotea ya de la pluma dispuesta a ponerle rúbrica. Respecto al hombre que decís haber visto —sin que yo me explique quién pueda ser en realidad, pues nadie de esta villa lo conocía ni sabe de dónde vino— habéis de saber que no está encerrado, sino que, por el contrario, es él quien nos mantiene aquí presos, en estas veinte leguas cuadradas que habitamos. He oído decir que es hombre extraño y diferente a todos nosotros, a vos y a

nos, pues no crece a lo que dicen, ni envejece, por más que los años se alargan sobre él.

—No os burléis de mí —advertí seriamente.

—No me burlo, señor, antes me estremezco al contarlo. Nadie sabe cómo es ni dónde vive, pero se dice que nació, creció como todos y ahora se resiste a avanzar en el tiempo de tal manera que nada ni nadie puede hacerle seguir envejeciendo. Y es tal el hastío que esto produce en este hombre, que a menudo desfoga su cólera con nosotros, que no tenemos culpa de nada. Pues no es bueno, convendréis, que el tiempo se vuelva perezoso sobre nada ni nadie, ya que esto es siempre causa de hastío y cansancio que no llevan a nada bueno. ¿No es acaso cansancio la vida misma, no es ...?

—Guardaos la teología para otra ocasión. Seguid diciendo, ¿cómo es que nadie lo ha visto?

—No lo sé, señor. Y a fe os digo que la muerte de este caballero es lo único que puede devolver la normalidad al pueblo y a sus habitantes y os diré a más que sin él, la villa, bajo la intercesión de Nuestro Señor Jesucristo y de su patrón San Juan, volverá a ser lo que era hasta su llegada.

—Me parece que vos habéis intentado matarlo, ¿no es cierto? —lo observé atentamente.

Se estremeció sin quererlo y respondió:

—Sí y varias veces, pero mis pócimas hacen sobre él el mismo efecto que el agua, y sabed que tanto

yo hogaño como mi padre antaño podríamos acabar con toda la villa en una sola tarde si nos pusiéramos a ello con devoción —advirtió en tono no desprovisto de orgullo.

—¿Por qué no lo habéis intentado con la espada? ¿No sería acaso más fácil?

—Dicen las lenguas que no se puede tampoco, pues su piel es resistente como la de un cocodrilo.

—¿Dónde visteis vos un cocodrilo? —sonreí.

Se sonrojó y dijo:

—Gracias a nuestro beato lo conocemos, aunque sólo sea en letrina.

Comprendí que hablaba del orate de Liébana y me hice cruces una vez más, preguntándome cómo en aquella villa entraban los pergaminos sin que las personas pudieran hacerlo.

—¿Y los jueces le obedecen? —seguí.

—Obedecerlo es poco. Lo veneran y hacen lo que él dice, e incluso más de un inocente ha ido al rollo por su mal humor o simplemente por una digestión pesada.

—Yo mismo lo mataré si me decís la manera de entrar de nuevo en la torre —respondí pausadamente.

Rio y dijo:

—¿Y cómo lo haréis? Ni espada ni cuchillo pueden abrirse paso hasta su corazón.

—Yo encontraré un atajo —agregué con jactancia. —Y decid, ¿cuándo podré entrar en la torre?

—Mañana he de implantar una cruz. Vendréis conmigo por la noche y os abriré la puerta. Pero quede claro que si caéis en sus manos yo no sé nada de vos ni vos de mí. Iré ahora a mis obligaciones y nos veremos aquí de madrugada. Tened cuidado con los hilos que penden en el torreón y por la escalera, pues hay trampas...

—Ya sé —desprecié con un ademán—. Descansemos ahora pues.

—Sabed por último —contestó agradecido— que la dama que os cuidó es de nombre María de Porrera, y que en tiempos fue la esposa del conde de esta villa, cuando toda ella era condado. Ahora conserva la vida por piedad del señor juez, y por los buenos servicios que a nuestro señor hace, sobre todo de los llamados de alcoba.

—Una razón de más para acabar con él —concluí—. Y, a propósito, ¿dónde se aloja?

—En el castillo mismo. Es una pieza contigua a la que vos ocupabais. La puerta que está a la derecha del hogar.

Dormí hasta muy tarde, después de que Jacent me diera algunas viandas para comer pues, si bien no me encontraba cansado, por la gran excitación que me invadía ante la empresa que me proponía acometer, mi cuerpo debía de estarlo, y no poco, puesto que era ya

la noche cerrada del día siguiente cuando descendí al despacho. No había nadie. Oí empero un ruido en la pieza que servía de obrador a Jacent y, sin llamar siquiera, abrí la puerta y allí lo encontré, trabajando en uno de sus artilugios. Doblaban unos fierros e intentaba encajarlos, o más bien engastarlos, en una de las piernas de la estatua, sin demasiada fortuna al parecer, pues juraba y perjuraba al tiempo que daba golpes con una maceta. Tenía sobre la mesa abierto un pergamino, sobre el que aparecían trazados diferentes dibujos y formas, y lo consultaba de vez en cuando, haciendo caso omiso de mi presencia. Se levantó por fin y empezó a aplicar fuerza sobre una lámina de hierro muy larga, enrollándola sobre sí misma cada vez más, como si se tratase de una cédula, hasta que permaneció toda sujeta y firme, más o menos a la altura del estómago de aquel ser de madera. Retiró la mesa y, dejando espacio libre delante del hombre de palo, me hizo echarme atrás para por fin rogarme que me estuviera quieto y que no contase a nadie nada de lo que iba a presenciar enseguida.

Se fue hasta el hombre-estatua y, tocando algo en su vientre, se retiró deprisa. El hombre de madera, después de ciertos ruidos y no pocos gemidos obstupescientes, comenzó a tambalearse y se movió lentamente, avanzando su pierna hasta mí, que permanecía petrificado. Su sonrisa fiel insistió en dirigirse hacia mi persona, y todo él se movía y rechinaba al dar cada tembloroso paso en dirección a la puerta. Llegó a ella por fin y la franqueó inerme, pero vacilante, estrellándose luego contra la mesa, con gran estrépito, y cayendo

después por el suelo, hecho partes. Quedó al fin quieto, con el rostro inexpresivo vuelto hacia tierra.

Miré a Jacent y vi que permanecía como fascinado contemplando su satánica obra. Se dirigió hacia la estatua andante y la levantó con cuidado, transportándola primorosamente hasta la alhacena, en donde quedó toda en un desmadejado montón sobre las duras tablas de la mesa, una vez que hubo recogido algún que otro miembro caedizo y más de un hierro o bronce oxidado. Pude observar entonces que la parte que formaba el pecho tenía tallada en la madera la correspondiente cruz que, al parecer, es la enseña de todos los que forman este pueblo de lunáticos. Vi también que la cabeza era muy liviana y que sonó a hueco cuando cayó. Pensé si no sería una calavera humana recubierta de arcilla, como los juguetes que se hacen para los niños en tierra de bárbaros con las testas de los vencidos.

Volvióse al cerrar la puerta y me dijo, orgulloso:

—Ahora ya sabéis lo que tanto enfurece a los jueces. Hago hombres como vos y como yo, que obedecen al mandato del hombre y de la ciencia, y sabed que pronto estaré en condiciones de hacer uno que ande por mí y que labore en mi lugar, con lo que podré dedicar mi mente y mi tiempo a otras cosas, más provechosas para la salud del cuerpo y del alma.

—Os condenaréis —acerté a replicar.

Nada respondió. Mudando de asunto, me dijo:

—Preparaos, pues saldremos inmediatamente.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

SALIMOS Y ATRAVESAMOS MUCHAS CALLES, hasta ir a dar en la plaza de las ejecuciones y, por ella, en el torreón. El guayta no estaba y Jacent me señaló un nicho en el muro, en el que me escondí como pude.

—Cuando venga a abriros de nuevo, entrad y haced lo que habéis prometido.

Respondí poniendo la mano sobre el pomo de mi alfange morisco, que había traído conmigo, y Jacent desapareció por el portón, después de haberlo abierto por medio de una pesada llave.

Así permanecí, encogido y helado, hasta muy entrada la noche, de tal guisa que, cuando la puerta volvió a abrirse, ya se oían algunos pájaros que cantaban entre las ramas. Pasé y comencé la ascensión, sorteando trampas e hilos hasta detenerme delante de la puerta de aquel individuo inmortal al que pretendía dar muerte. Empujé la puerta, empuñando mi gumía, y la hoja de aquella se abrió para mostrar ante mis ojos la misma escena que presenciara hacía dos noches. El hombre seguía como lo había dejado, y de vez en cuando chascaba la lengua y se acariciaba el pelo, que era muy escaso. Al hacerlo, pude observar que le temblaba la mano,

como si estuviera atenazado por una gran ansiedad. Le grité, todo lo que se puede gritar en territorio enemigo:

—¡Preparaos, pues vais a morir!

Se volvió a mí y vi que, por un instante, su rostro se cubría de una expresión de esperanza que me desconcertó, dejándome aturdido por completo.

Observé que era menos anciano de lo que yo había pensado, para los años que ahora sabía que tenía, y que su ropa era distinta a la de la otra vez, por lo que supuse, no sin cierto alivio, que estaba también sujeto a las mortales servidumbres de la existencia. Muy bien pudiera ser entonces que sus carnes se abrieran gustosamente al paso de mi alfanje.

—¡Qué Dios te oiga! —exclamó al cabo de unos instantes.

Ante tal desiderata, salté como un gato y le hundí mi cuchillo curvo entre las costillas. Penetró hasta la empuñadura y yo me retiré prudente, a esperar la muerte de aquel ser inmortal. Ante mis ojos se desarrolló una acción indigna de crédito. Sacando el cuchillo de su costado con gesto cansado, lo depositó sobre la mesa con un ademán despectivo, limpio y reluciente como había entrado. Después se volvió hacia mí y me espetó con ironía:

—¿Esto es todo lo que sabéis hacer? De esta guisa me temo que no voy a poder librarme de la pesadilla de mi existencia, ni menos mediando un inepto como vos. Andad y decidle a Arnaldo que la próxima

intentona sea algo más contundente, porque si el que os reemplace pudiese al menos quebrarme algún hueso, con ese entretenimiento, digo el de arreglarlo, mimarlo y recomponerlo, encontraría algún alivio para el hastío que me atenaza. Pero vos, ¿quién sois? Pues es la primera vez que os veo, siendo así que conozco a todos los del torreón desde hace tiempo, mucho más tiempo del que vosotros podéis imaginar.

—Soy Buenaventura del Podioventoso —repetí por enésima vez en aquella villa— y estoy tratando de dejar este pueblo de perdición, para lo que no encuentro más salida que acabar con vuestra vida, ya que me han informado que, como tantas otras cosas, la huida pasa por vos.

—Y vos, ¿no sabéis quién soy yo? —habló el hombre por fin, tras una dilatada pausa.

Denegué con la cabeza, a lo que replicó:

—Soy Pedro de Gratallope, varón ilustre de esta villa por la siniestra condición que me ha sido dada por el cielo: ni crezco ni decrezco. Soy como un navío encallado en las rompientes. Aquí permanezco, aburrido y solo, esperando una marejada que dé al agua y esparza mis cuadernas a los cuatro mares. Me debato entre el abismal fondo y la costa cercana, en la que la vida continúa, y a veces, mi desesperación es tal que no consigo conciliar el sueño durante largas temporadas, pues si el sueño es rito y solaz de los que se preparan para la nueva vida al nuevo día, para mí, que estoy condenado a ella sin remedio, no es sino espera y tormento, pues no

distingo cuándo es de día o de noche, ya que la división entrambas ha dejado de serme necesaria. Mi padre era un caballero y castellano al que nunca conocí, de nombre Johan del Podioventoso, y respecto a mi madre..., —sonrió tristemente—, mi madre se encuentra en este mismo torreón. Fui concebido en el bosque, tras un matojo de jaras. De esto hace ya tiempo, sin qué sepa cuándo, pues desconozco mi edad y nada sé salvo lo que me han contado. Espero algo o a alguien que eche a andar a este asno testarudo en que se ha convertido mi alma, que es como un reloj humedecido al que hay que dar buenos golpes para estimular la marcha de la arena, pero sin llegar a romperlo. Los jueces me obedecen porque no me comprenden y temen de mí alguna reacción imprevista. Más aún, les sirvo grandemente en este torreón, encerrado y solo, para sus propósitos. Y mi alma no es mala... pero, sin embargo, a veces siento que la furia ciega mis ojos y soy capaz de las más impías atrocidades, porque me atosiga el infinito y los días me ahogan, y cuando alguien se ahoga, a menudo tose y jadea, y reparte puñadas, siendo capaz de las mayores iniquidades.

Anonadado por la confesión de aquel ser desgraciado al que yo quería dar muerte, la cabeza me dio algunos trompos sin yo moverme y acerté a preguntar:

—¿Y cuál habéis afirmado ser el nombre de vuestro padre?

—Johan del Podioventoso era su nombre y, a lo que me dijo mi ama de cría, era hombre de gran poesía

y sentimiento.

—¡No os creo! —aullé— ¡No puedo daros ningún crédito! ¡Habláis movido por el mismo demonio!

—Debéis de hacerlo. Yo no miento porque no espero la vida eterna. Ya la tengo. A mí, los comunes vicios de los hombres no me atañen, pues soy persona alejada de todo lo mundanal y humano. ¿Por qué os extraña?

—¡El tal Johan del Podioventoso era mi padre y que yo mismo lo enterré a su muerte, hará más de veinte años, pues se desgració al caer por la escalera de nuestro castillo una noche infausta! —exclamé furioso—. Si imposible es entrar o salir de esta villa, no veo cómo pudo haberos concebido mi padre en ningún bosque, pues a fe que jamás puso los pies en estos pagos.

—Os lo demostraré —respondió cansino—. Mi padre dejó a mi madre un precioso anillo engarzado con una piedra de la sorpresa, que besa los metales cuando se le acercan. Mi madre, María de Porrera, a quien tú sí conoces bien, lo guardó hasta ahora.

Levantóse y buscó febrilmente por la habitación, entre los anaqueles polvorientos. Pero se hubo de girar al fin y, con rostro desconcertado, dijo:

—No está. Alguien se lo ha llevado. Y a fe que ella no ha podido ser.

Ya iba a cantar victoria, exultante, cuando re-

cordé que mi padre tenía en efecto un anillo como ése, que le trajera un criado sarraceno tras un viaje en el que visitó a sus familiares renegados en Córdoba. Era de oro y lucía un ópalo engastado, rodeado por tres o cuatro cornalinas. También recordé, a través de la roña del tiempo, que mi padre había vuelto —siendo yo muy pequeño— de una de sus jornadas de caza sin él, y que se lamentó airadamente durante días por su pérdida. Empecé a pensar si no sería aquel hombre que tenía delante de mí el paciente que tanto turbaba a Bernardo de March, haciéndole peregrinar para pedir consejo y ayuda. Así se me hizo al punto, comprendiendo lo que de verdad movió a mi padre a esperar al criado tantos días infructuosamente a la puerta del castillo. Comencé a advertir que aquello se estaba enmarañando como un bosque al abrazarse a un río, y que yo me encontraba completamente desorientado, como si fuese un roque de ajedrez que una mano gigante ponía en diferentes sitios del tablero, descabalandó una y otra vez mi mente no bien empezaba a hacerme con la posición de los trebejos. Caí en la cuenta al fin de que María de Porrera era mi única pista, al menos la única que yo conociera, y que la confirmación de sus labios de aquellos hechos que acababa de oír podría ser el solo tablón que me salvase de aquel naufragio general pues, en mi inocencia, creía a los pies firmes que aquel desastre no sólo me incluía a mí.

—Id, id a verla —dijo el hombre, como si leyese mis pensamientos a través de mi pecho— pero no creo que os pueda ayudar en mucho.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

SALÍ Y ME DIRIGÍ HACIA LA HABITACIÓN QUE OCUPABA ella cuando, de improviso, escuché unos pasos que ascendían por la escalera. Me refugié en una tronera y, acurrucado en su alféizar, esperé el paso del que bajaba. Pasó como una sombra y, a la luz de la antorcha que portaba, pude ver que era uno de los jueces. Quedóse parado delante de la puerta de aquel ser y, después de llamar, entró, cerrando tras de sí con delicadeza.

Yo seguí mi ascensión, esquivando cuerdas y trampas con singular soltura, y quedéme tras la puerta de la habitación que había guardado mi reposo. La abrí cuidadosamente y entré. Sobre el gran lecho había otro hombre, que dormía agitadamente, con una mano puesta en el pecho y jadeando terriblemente, como si el aire no llegase a sus entrañas. Avancé por la habitación y, sigilosamente, comencé a abrir la puerta del aposento de María de Porrera. La pieza estaba en penumbra y pude ver que en ella había una imagen de un santo, iluminada por una diminuta lamparilla que temblaba y daba a toda la estancia un santificado aire conventual. María de Porrera se encontraba en el lecho, profundamente dormida. Una vez más, y sin poder evitarlo, volví a sentir agujones de deseo, pese a que me dije

con preocupación que no era lícito atizar aquel fuego, habida cuenta de que se trataba más o menos de mi madrastra. El sentimiento de vacío e incredulidad que me producía la reciente noticia de que aquella mujer hubiera compartido el lecho con mi propio padre no me permitía ordenar mis pensamientos y hube de permanecer así, confundido e inquieto, velando el sueño de aquella señora medio parienta mía. Se me ocurrió de repente que podría ser incluso mi propia madre, con lo que esto suponía para mi futuro, según acababa de ver. La idea me horrorizó al punto y me negué a admitirla, no creyendo de mi padre semejante felonía.

Así estaba yo, sumido en todas estas reflexiones, cuando el enfermo que yacía en la habitación contigua comenzó a llamarla a voces. Ella despertó y, al verme, todavía en sueños, pegó un salto sobre la cama, quedando después recostada sobre sus codos. El enfermo no volvió a llamar, por lo que supuse que se había dormido de nuevo o que su mal sueño había remitido. Quedamos pues, uno delante del otro en silencio, hasta que yo dije:

—Buenas noches, María. Me duele interrumpir vuestro sueño, que he observado demasiado plácido para tantas cosas como oculta vuestra lengua. Decidme ¿por qué me habéis engañado? Vos sabéis cuál es el camino para salir de aquí, pues salisteis para concebir en bosque lujurioso a ese infeliz Pero de Gratallope. Porque no me haréis creer que mi padre estuvo aquí y volvió a su castillo tan sólo después de concebirme a mí.

¿Qué decís a eso?

—A lo que veo sois lo bastante necio como para volver aquí después de haber hecho lo que hicisteis y meteros directamente en las fauces del lobo. Tan sólo por haber hablado con Pero de Gratallope ya sois convicto de muerte. Sabéis cosas ya, por lo que estoy oyendo, que son desconocidas para los habitantes del pueblo, y mucho me temo que en esta villa no hacen falta heraldos, con más razón curiosos. Yo no salí de aquí nunca, y vos acabáis de comprobar que es fácil afirmar lo que digo. Fue vuestro padre el que se perdió por los campos de esta villa —como lo habéis hecho vos— y fue a dar conmigo, sin que pusiera nunca pie en Torresluengas. De aquella holganza nació este hijo que no crece ni decrece y que constituye mi mayor preocupación.

—¿Cómo fue el encuentro, si puede saberse?

—No recuerdo ya el año, tanto más que mi hijo no me sirve de gran cosa para llevar cuentas. Pero no hará más de veinticinco años.

—¿Queréis hacerme creer que el tal Pero es de tan sólo veinticinco años?

—Así es. Tanto como que es vuestro hermanastro.

—Y de mi padre, ¿qué podéis decir? ¿cuál era su aspecto?

—Era joven barbado y atractivo y, a lo que se

me dijo, viudo. Había en él una inmensa afición por las letras y sus conocimientos me dejaron asombrada. Había sido novicio, ¿no es eso?

—Así es —admití con amargura.

—Llevaba en ristre, el día que lo vi, una ballesta vieja y oxidada y el zurrón lo traía rebosante de carroñas incomedibles, cuervos, cornejas, colibríes, urracas, liebres, pardales y otros animales de poco provecho y menos carnes. Al preguntarle yo, y esto lo recuerdo muy bien a pesar de los años pasados, por qué cazaba aquellos animales incomedibles, me contestó: “Estos animales mataron a mi esposa Rinarda”. Tanto me sorprendió la respuesta que volví a inquirir por aquel asunto y me contó que su esposa, es decir, vuestra madre, había padecido desde muy joven una suerte de terror contra todos los animales que hacen ruido o murmullan por la noche. No bien oía la enramada de los mirlos o el graznar de las cornejas, cuando su espíritu quedábase como ido y se le helaba la sangre en las venas, y su cara se volvía pálida y acongojada, sin que nadie pudiera hacer nada por ella, como no fuera taparle bien los oídos y vendarle las orejas hasta que no escuchaba nada y entraba, merced a una agitada crisis, en un sueño ligero, durante el cual, entre la desazón, los suspiros y la vela, imitaba los sonidos de los pájaros y silbaba a la manera de los petirrojos, graznaba como las picarazas y aullaba como las grullas, entre sudores que, según me contó tu padre, hacían encharcar la cama rápidamente. Había veces que permanecía como un espectro, durmiendo

con los ojos abiertos como huevos y los labios juntos y apretados, piando, graznando y susurrando aun después de haber taponado sus oídos. Este miedo extraño a los pájaros le venía de un hecho singular que tu padre no me comentó pero que tuvo lugar en su infancia. Pero has de saber que, la noche de tu alumbramiento, el tiempo apareció lluvioso y frío. Justo cuando los primeros retortijones y contracciones del parto empezaron a demostrarse en ella, los pájaros empezaron a cantar al unísono, e incluso algunos de ellos entraron en la sala en la que tu madre gemía y se retorecía, con lo que ésta arreció a moverse y a agitarse como si el mismo demonio hubiese tomado posesión della. Entre todo ello, tu padre, como un loco, intentaba acallarlos, y llegó a prender fuego a algunas ramas para quemar a los que se movían por el techo, pero nada pudo hacer, por lo que tu madre sucumbió entre los dolores del alumbramiento, que eran muy fuertes por ser su primer —y ahora digo último— hijo, y los chillidos de las aves. Tras el arrullo de las palomas, pareció contraerse y arquearse y, al tiempo que te acababa de expulsar, dio con su alma en Dios. Al instante, todas las aves callaron y quedaron quietas, sin que ya hicieran más ruidos ni se movieran hasta que fueron cayendo del tejado y de los árboles a medida que el sol, el frío y la lluvia las requemaban, enmollecían y recocían. Al cabo de unos días, todo el suelo de la alcoba estaba sembrado de aves y lo mismo el patio del castillo y los aledaños, y tu padre, como enloquecido, salió con la ballesta y acabó con muchas otras ajenas a aquel asunto. Luego volvió, ya caída la noche,

y dio sepultura a tu madre, que yacía yerta y agarrotada mientras la matanza se produjo. Desde aquel día, y durante todos los que siguieron, tu padre salía del castillo y llevaba a cabo sus matanzas, con la constancia que da el rescoldo incesante del dolor.

Yo permanecí triste y callado durante un buen rato, y empecé a comprender que aquella aldea estaba convirtiéndose en el espejo en que brillaba el reflejo de mi pasado. Pensé también que el futuro no atañía mucho al ser de aquella villa, pues todos y cada uno de sus habitantes no hablaban sino de lo que ya pasó. El recuerdo de mi madre vino a mí, sin que yo pudiera decir cómo, pues yo no la conocí ni mi padre hablóme jamás de ella. Pero su imagen surgió de mi mente con todas sus formas, y la pude ver tal como imaginaba que era, delgada y triste, con el pelo recogido en trenzas y el brocado rodeando su pecho blanco. Sentí cómo algunas lágrimas resbalaban por mis mejillas y me avergoncé de mí mismo y de mi debilidad.

—¿Cómo retornó mi padre a la villa? —repliqué al fin.

—Lo hizo por el camino que ya os indiqué, pues en aquella época estaba expedito por completo. Fue entonces cuando advirtieron lo que había pasado y que un forastero había llegado a esta villa, cuando levantaron el muro que ya has visto.

—Luego, vos sabíais que el muro estaba y me mandasteis a dar con él —contesté enfurecido.

—Claro que lo sabía, como vos conocéis que no hay nadie que crea si no es por sus propios ojos. Ahora sabéis que no hay salida que no pase por ese muro impenetrable y podéis dedicar vuestra atención a otras cosas. Vuestro espíritu está pues más presto a comprender y a hablar, ya que la obsesión de la huida ha cedido paso a la del averiguamiento. Debéis congratularos pues.

Admití que aquello era cierto, con alguna preocupación, y pregunté una vez más.

—Vos creísteis que mi padre estaba loco, ¿no es así?

—No es cierto. No lo llegué a pensar ni un momento. Era un hombre sensible agobiado por la conciencia de los males que azotan los tiempos. Era señor de gran nobleza. Y —sonrió con malicia— gran amante.

—Decidme ahora, ¿es verdadera la historia de Pero de Gratallope, vuestro hijo?

—Verdadera es, aunque parezca inverosímil. Y podéis creerme si os digo que no sé qué hacer con este hijo mío, pues la misma muerte sería preferible para él que este vivir sin tregua e insomne. Ha caído en manos de esos hombres y no hay manera de encontrar para él solución, pues ellos se aprovechan de su debilidad y, como saben de cierto que nunca llega a conciliar el sueño, le dan a leer lo que quieren y le tienen por ello preso, pues aciertan a dosificarle las lecturas y adivinan

qué cosas darle a leer para que responda como ellos esperan. A más, no bien acaba un libro, cuando ya quiere más pergamino para matar sus desvelos, por lo que con tal de conseguirlo hace lo que le dicen y lo aprueba de buena gana, siendo así que su espíritu no es malo, antes bien inocente, pues casi nunca sale de este torreón desde que yo lo traje al mundo, y su enfermedad es producto de la singular mezcla en que se cuerpo se halla pues, como bien habréis pensado ya, el producto del futuro y del pasado no puede ser más que el presente eterno, que es el que a él concome. Y si vos encontraraís la manera de aliviar su mal, bien pudiera ser que yo hallase a mi vez el medio de sacaros de esta villa.

—¿Cómo podré curarle de semejante mal? No hay médico ni físico que pueda hacerlo. Ni un hechicero podría.

—Sí lo hay. Hay un método que se me antoja útil y eficaz. Pero no puedo decíroslo, sino que antes habréis de hacer todo lo que yo os diga, punto por punto. Si no os confieso cuál es el remedio, es porque con ello podría restarle algo de eficacia.

—Lo haré, si a cambio prometéis sacarme de aquí tal y como habéis dicho.

—No lo dudéis —respondió cautelosa— Necesito en primer lugar un hueso vuestro y algo de vuestra sangre.

No pude menos que tragar saliva, espantado.

—¿Un hueso mío? Sabed que tengo los justos y

que no puedo regalaros ninguno en tanto el Alto no me llame a su juicio severo, aunque bien sería de mi agrado. Por lo que a mi sangre respecta, podré daros algo si la cantidad no es muy onerosa para mi salud, ya que, de lo contrario, vos no podríais cumplir vuestra promesa.

Sonrió y dijo con calma bien extraña.

—No os inquietéis. Me bastará con el más ínfimo de vuestros huesos. Cualquiera de ellos, una falange o un dedo meñique del pie izquierdo, podría valerme para elaborar el brebaje que habrá de sanar a Pero. En cuanto a la sangre, no será mucha, os lo prometo. Tendré suficiente con un cuartillo. —Quedó callada—. Y bien, ¿qué decís?

Como hipnotizado por aquella dama perversa, respondí:

—Hare como decís. Os daré cuanto me pedís. Traedme unas semillas de adormidera para digerir el dolor y yo haré el resto.

Desapareció, volviendo al cabo de un rato con unas semillas y una lanceta.

Desabroché el desgastado alcorque de mi pie derecho y, después de haber ingerido algunas semillas, cuando ya empezaba a notar su efecto, seccioné de un solo tajo el dedo meñique, hundiendo para ello todo mi peso sobre la lanceta. Tras un crujido de nuez quebrada, el dedo se desprendió entre pingajos de carne y pellejo. Empezó a sangrar abundantemente y lo introduje en una bacía que había preparado a tal efecto, dejándolo así hasta que se llenó del todo de sangre negra y espe-

sa. Con un ungüento de semillas de amapola y hojas rellené la herida y caí después desvanecido del dolor, que hasta ese momento no había advertido en absoluto, tales eran mi furia y mi desatino.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

CUANDO VOLVÍ EN MÍ, VI QUE MARÍA TRABAJABA en un almirez y machacaba algo. Supuse con tristeza que se trataba del más pequeño de mis osamentas. Lo mezcló posteriormente con la sangre y desapareció tras la puerta. El dedo, o el lugar en el que se enraizara, me dolía lo indecible, y veía a mi alrededor pequeñas fosforescencias —como las que aparecen en los camposantos al caer la noche— producto sin duda del dolor. El pie lo tenía hinchado por la tumefacción de la herida, y mi cabeza ya no podía soportar tanta confusión. Me imaginé a mí mismo escapando con el pie inerte y me di cuenta de que no había medido correctamente las consecuencias de mi acción antes de asegurarme la segunda parte del pacto.

Quiso la fortuna que volviese a caer en un sueño profundo y, cuando desperté, ya no sentía el pie, ni siquiera la pierna. Imaginé que debía de moverlo a fin de que la sangre hirviese en mi pierna con la debida rapidez. Así lo hice. Me levanté y vi que estaba todo el pie morado y negruzco por algunas partes. La sangre se me heló en las venas. La posibilidad de que aquel miembro fuera pasto de la gangrena en aquel pueblo aislado no se apartaba de mi cabeza. Resolví no hacer

caso y me acerqué cojeando hasta la puerta, justo en el momento en que se abría y aparecía María, seguida de su hijo, absorto y aburrido como siempre. Traía la mujer una expresión compungida.

—No ha dado efecto alguno —dijo, sin mirarme siquiera.

Yo, atónito por la sorpresa e incrédulo por haberme desprendido de un miembro mío tan estúpidamente, repuse:

—Eso no es de mi incumbencia. Yo no le ha arrancado a este atormentado pie mío un dedo para que vuestra receta fuera milagrosa, sino que lo hice porque vos me prometisteis indicarme a cambio la salida de este pozo inmundo.

—Así lo haré —replicó desafiante. —No he dicho que no lo vaya a hacer.

—Apresuraos pues, que el alba ya clarea.

Se volvió a su hijo y le increpó:

—Dile cómo se puede salir de aquí y que nos deje de una vez.

El hombrecillo me encaró y dijo con la mirada más cansa del mundo:

—Habréis de seguirme y yo os conduciré al lugar en el que se abre la puerta de este pequeño reino.

—En marcha, pues —respondí impaciente.

—Pero yo habré de tornar sin vos —advirtió.

—Haced como gustéis —concluí.

Desapareció, volviendo luego con una gruesa capa, y me hizo señas para que le siguiera. Bajamos al torreón y, para mi sorpresa, vi que el método de salida era idéntico al empleado por mí. Llamó a la puerta desde dentro, a lo que la voz reclamó la contraseña, que le fue dada, así como un gran golpe de leña en la cabeza, una vez que la puerta fue abierta y aquella hubo asomado por el quicio. Imaginé que el hombrecillo que guardaba la salida era lo bastante necio como para no precaverse, o que su memoria flaqueaba un tanto, resultándole difícil recordar que su poca cura habría de valerle más de un mandoble. Pasamos por encima de él y tomamos un camino desconocido hasta llegar a la iglesia. Mi guía se dirigió hasta la capilla posterior y se adentró en ella, empezando a descender unos escalones que conducían hasta la cripta. Bajamos y nos encontramos en un pasaje excavado en la roca, que daba a un gran altar de madera. Pero de Gratallope lo corrío con una sola mano, moviéndolo hacia sí, y detrás apareció un pasadizo bajo y oscuro que conducía a un lugar indeterminado. Me hizo señas, a la vez que tomaba una antorcha que pendía de una roca y la encendía. Le seguí. Empezamos a descender lentamente tanteando las paredes y sorteando las ratas y los obstáculos que se sucedían por el camino. Al poco, apareció una gran cripta excavada en la roca, en medio de la cual se abría una amplia laguna de aguas negras y malolientes. Mi compañero me dijo, en un susurro:

—¿Veís esa laguna? Pues aquí es donde hierven las almas— y quedó callado y como espantado de lo que acababa de decir.

—Muchas cosas hacéis con las almas en esta villa —respondí despectivamente. Nada contestó.

Seguimos caminando, bordeando la laguna con el máximo cuidado. Vi que había burbujas que salían de ella, así como columnas de sulfuro y azufre, que hacían casi imposible la respiración. Volvimos a entrar por el túnel, que continuaba más allá de la laguna, y tornó a estrecharse el conducto y tornaron a aparecer las alimañas y las piedras. Al fondo, vimos una poderosa luz y hojas de árboles que se balanceaban, movidos por el viento de madrugada. Recorrimos los últimos metros ansiosos y salimos a la luz del día. Me quedé indeciso un instante, pues la explanada en la que nos encontramos no era sino un cementerio plagado de tumbas y cruces. Algunos cipreses, amenazantes y erguidos, reflejaban la luz de la mañana. Las tumbas eran muy viejas y algunas de ellas estaban semiderruidas y abiertas, dejando escapar restos humanos y harapos irreconocibles. Muy pocas tenían rastros de inscripciones o letras, pero pude leer una que me sobresaltó: “Arnaldo de Torroja, 1140-1195.” Pensé que aquello no era sino una mala broma o que en esa villa los arnaldos menudeaban más de la cuenta, pero vi otra que me sobresaltó aún más. “María de Porrera, 1145-1190”, aparecía escrito en la intersección de la cruz. Me volví a mi guía y le miré interrogador.

—Decidme, por el Altísimo, ¿es esto el infierno de la condenación y somos todos cuerpos muertos? —inquirí suplicante.

—Este es el antiguo cementerio de Torresluengas —replicó mi guía sin hacer caso de mi pregunta—, que quedó fuera de los límites con la concesión de la carta de naturaleza. Si seguís por aquel camino que veis allí, llegaréis indefectiblemente a la ruta que lleva a Legio y de allí a vuestra villa. Buena suerte y hasta siempre.

Solo pude despedirme con un gesto y tomar buena nota del paisaje, por si en un futuro pudiese retornar a aquella villa, aunque fuera por aquel pasadizo herrumbroso. Eché a andar y vi que el paisaje continuaba siéndome familiar. Seguí caminando durante horas, cansado pero feliz ante la perspectiva de recorrer mi castillo, visitar mis posesiones y acariciar a los nietos de mis siervos.

Vi que a lo lejos se levantaba la niebla y aparecía poco a poco el paisaje de bosque que tanto empezaba a serme familiar. Cuando la bruma se disipó, vislumbré, atemorizada por el sol radiante, una de las altas torres de la nefasta villa de Torresluengas.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

LAS RATAS ERAN ESTA VEZ MÁS GORDAS o al menos así me lo pareció, porque quizá, al haber perdido la cualidad que les es innata, es decir, los dientes, mi imaginación las había adelgazado en algún punto. Volví a estar en mi celda, en aquel pueblo de mala vida, después de que los guaytas me cazaran como una liebre, y tras una caminata mortal que dejara mis huesos y mis pies más baldados de lo que ya estuvieran. Yacía otra vez dispuesto a repeler aquellos animales, a una noche de insomnio y, posiblemente, a otro interrogatorio o, lo que era más probable, a un juicio, tomada cuenta de mis andanzas a lo largo y ancho de aquella villa, así como de ciertos golpes propinados al cancerbero de aquella fortaleza de lenocinio y condenación.

La puerta volvió a abrirse y de nuevo fui conducido hasta la habitación de los sitiales y aguardé la entrada de los jueces. Entraron, tomaron asiento y sólo entonces uno de ellos echó a hablar:

—Otra vez nos vemos, amigo Buenaventura, pero siempre sois vos reo y nosotros juzgamos. Admitiréis que esto no deja de ser preocupante para vuestra salud y futuro.

Guardé silencio.

—Esta vez no es la curiosidad la que nos impulsa a veros retenido en esta sala. Habéis golpeado a un guardián y sin duda recorrido zonas que os están vedadas, como a cualquier otro habitante de Torresluengas. Habéis hablado con todo el mundo e intentado escapar de nuestro castigo. De ejemplos como el vuestro no hemos menester en nuestra villa. Y por más, veo que vuestro pie ha perdido parte de sí, por lo que nos reafirmamos en nuestra opinión de que vuestra curiosidad es tan grande que no dudáis en poner a prueba vuestro cuerpo con tal de satisfacerla. ¿Fue María de Porrera quien os hizo tal ablación?

—Fui yo mismo —respondí altanero.

—Pero fue María de Porrera quien quería el dedo, ¿no es cierto? —insistió.

—Así es.

—Debéis de saber que no sois el primero que se deja alguna parte del cuerpo en las tripas de Pero. Reconozco, sin embargo, que esta vez tal parte ha sido liviana, por lo que deberéis de sentirlos dichosos de que esa dama os tenga en tal aprecio que no haya solicitado de vos un brazo o algo más oneroso.

Tragué saliva, furioso, y respondí con el silencio.

—¡Hablad! —insistió el primero— ¿De dónde venís? ¿Cómo habéis salido de esta torre? ¿Quién os

enseñó el camino hasta el cementerio viejo?

—Fue el tal Pero de Gratallope quien lo hizo. Y juro que, si le pongo las manos sobre la badana, no voy a dejar en él hueso sano o recto. Y decidme ahora vos. En aquel cementerio había tumbas con vuestros nombres. ¿Acaso suplantáis a difuntos? ¿A quién o quiénes habéis muerto para serviros de su influencia o de su poder?

Quedaron callados y sorprendidos al punto y uno de ellos dijo:

—¿Cómo sabéis nuestros nombres?

—Vos me los dijisteis —contesté.

—¿Es cierto que sois hermanastro de Pero de Gratallope?

—Cierto es.

—¿Cuál es vuestra edad?

—No la recuerdo.

—¿Cómo que no la recordáis? ¿Habéis llegado ya al punto o no?

—¿Qué punto? ¿Estáis dementes?

Se volvieron a quedar perplejos y vi que la duda empezaba a hacer mella en sus mentes. Hablaron por lo bajo, sin que yo pudiera entender lo que decían, pues sus voces eran extrañas y su pronunciación rara y descuidada. Al cabo de un rato, uno de ellos se volvió y me dijo:

—¿Cuánto creéis que os resta de vida terrena en este mundo?

—Paréceme por desgracia que lo que vuestra cabalidad considere oportuno —respondí.

—Pero decid, nada malo os haremos, ¿cuánto creéis que viviréis aún?

—A lo menos veinte años me aguardan, espero.

—Luego contáis veinte años ahora, ¿no es eso?
—afirmó uno de ellos.

—No veinte sino treinta y siete al menos, si mis cuentas no me engañan, pues diecisiete tenía cuando murió mi padre y abandoné el castillo, más otros veinte que anduve por tierras sarracenas, hacen treinta y siete.

—Luego os quedan treinta y siete años como mínimo —aseguró el mismo.

—A fe que no sé qué cuentas son ésas, ni entiendo nada de lo que me decís.

Volvieron a quedar perplejos y confundidos y me miraban como si estuviera haciendo burla dellos.

—¿Tenéis hijos? —preguntó uno al cabo.

—No, señor, al menos que yo conozca y reconozca.

—Conocéis la lengua árabiga, supongo.

—Así es.

—Leednos esto que os damos.

Lo leí y traduje.

—¿Dónde aprendisteis esa jerga?

—En Granada.

Quedaron estupefactos.

—¿Por qué los árabes escriben en dirección contraria a la nuestra?

—Lo ignoro, señor.

—¡Pues así lo hacen por no haber llegado al punto, ignorante! —exclamó el más gordo, lívido de furia y de grasa.

Nada contesté, perplejo.

—En la Biblia está escrito: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente.” Y el bueno de Jacent intenta contravenir esta regla. Sabemos que hace hombres que laboren por él, ¿no es cierto?

—No lo sé, señor.

—Luego le conocéis.

—Así es. Fue él quien me condujo a esta villa. Lo encontré por el camino de Legio y me dio hospitalidad, pero se ha negado a decir más.

—¿Por qué dijisteis que no le conocíais?

—Porque observo que le tenéis echado un mal ojo desde el principio y no quiero desfavorecerle con mis palabras.

Quedaron de nuevo callados y yo irrumpí a hablar diciendo:

—Conozco el método para curar la terrible enfermedad de Pero, si bien necesitaré salir de aquí para llevarlo a término.

—Decidnos y nosotros consideraremos la posibilidad de permitiróslo —contestó el más viejo de ellos, arteramente.

—No lo haré si no me dais la palabra ciega, cierta y veraz de que podré llevarlo a cabo —respondí, testarudo.

—Os doy mi palabra pues —contestó, tras una corta reflexión, el que presidía la reunión—. Decidme cuál es el método y yo pondré un hombre a vuestra escolta que os acompañará fuera de la villa para retornar después con el remedio. Pero juradme que nada haréis para quedaros fuera —y esto lo dijo con una sonrisa maliciosa que sólo mucho después pude comprender.

—Os lo juro —respondí cautelosamente.

—Hablad pues —exigió.

—Sabed que mi padre, que es a la vez padre del tan traído y llevado Pero de Gratallope, yace donde yo mismo con ayuda de estas manos lo enterré, cerca de mi castillo. Iré pues hasta él y os traeré un pequeño hueso suyo para que María pueda confeccionar esa pócima de la que tanto habla y que tan cara me ha costado a mí, por lo que en punto a huesos hace. Una vez que se haga

la pócima, se la daremos a beber al pobre Pero y esperearemos a que su cuerpo se anime y que la arena de su reloj caiga, como la de todos los mortales, en el pozo inmenso de la nada, que tanta felicidad parece que nos da el colmarlo. Seguidamente, vos me devolveréis a mis tierras, y aquí paz y después gloria, ya que no acabo de ver qué necesidad hay de cebarse en mi humilde persona, que nada bueno os puede venir de martirizar a buenos caminantes extraviados, si no queréis que el Día de la Religión os caigan las amonestaciones de Jesucristo. Decidme qué os parece mi plan.

—La primera parte me agrada mucho, pero, respecto a la segunda, no puedo por menos que advertiros que mi decisión no está tomada ni mucho menos, por lo que ruego que me dejéis vuestro viaje como plazo para meditarla.

¿Qué podía hacer yo? Acepté sin más, encomendándome al buen sentido de aquellas gentes, si es que alguno tuvieran, y esperando que el viaje me diera la ocasión de poder mantener mis pies en movimiento, separándome de mi guardián y poniendo tierra entre mí y aquella camada de satanes.

Se dispuso que me acompañara el guardián que aquel día me guiñara el ojo, cuyo nombre a la sazón era Francesc de Montaner, y que no tendría más allá de veinte años. Era joven vivaracho y sonreía en todo momento, pero no por eso sus fuerzas escaseaban ni su violencia era menor. Era él quien me había arrastrado por las escaleras del torreón en mi última ascensión, empu-

jándome sin miramientos, a la vez que sonreía plácidamente. Supuse que se trataba de uno de esos débiles de mente que tanto abundan por las tierras del rey y más en los pueblos aislados, en los que los esposos son hermanos y lo ignoran, por el mucho desconocimiento que portan. Supuse también que los jueces se aprovechaban de su debilidad para cometer toda suerte de desmanes, manteniendo las manos limpias de sangre.

Se decidió también que saldríamos al día siguiente y se me dejó dormir en la habitación que ocupase cuando estaba enfermo y convaleciente de la implantación, para que se repusieran mis humores y dolores y me levantase como Dios manda, a fin de afrontar las penas del viaje. El guía recibió unas instrucciones que no conseguí oír y desapareció —supuse— para descansar de igual forma.

Me acosté temprano, habiendo dispuesto un zurrón y dos reservorios con mis cosas, amén de algo de comida y, cuando empezaba a dormirme, abrióse la puerta y apareció María de Porrera, con un objeto en la mano. Era el anillo de la piedra imantada. Lo traía primorosamente en la palma cerrada y me lo tendió diciendo:

—Tomad, amigo Buenaventura, dejad esto en la tumba de vuestro padre y que quede como prenda a cambio del hueso que se le quita, hueso que se le habrá de devolver el día de los difuntos. Y depositad esta flor que os traigo como prueba del amor que sentí por él y que los años no han conseguido enfriar.

Turbado por semejante muestra de afecto, respondí:

—Vos le quisisteis, ¿no es cierto?

—Cuando le vi, no. Pero luego, han sido todos estos años como una sola semana. No he dejado de pensar en él tal y como lo veo ahora, en la lluvia, lleno de barbas, la mirada triste y el alma delicada y sombría. Pero basta, pues la lejanía endulza demasiado los recuerdos y el tiempo borra la verdad de las mentes. A lo mejor ahora, cuando sé que es cadáver y polvo, creo que lo hubiera querido siempre. Pero hacedlo, y no dejéis de disculpar el afecto que esta concubina tiene para con su recuerdo. Hacedlo así y hasta siempre.

Desapareció y apenas tuve tiempo para hacerle una seña con la mano.

CAPÍTULO DECIMONOVENO

DESPERTÉ A LA MAÑANA SIGUIENTE SACUDIDO por los fuertes brazos de Francesc de Muntaner y me vestí como pude para ponerme en camino. Salimos y el sol todavía no asomaba por el horizonte. Hacía frío y el suelo estaba cubierto de escarcha. El ruido que mi guardián hacía al caminar sobre ella marcaba mi paso de un eco de tristes crujidos. No me habló ni un momento, lo que era lógico tratándose de mi celador, pero supuse además que había recibido órdenes en tal sentido. Avanzamos y volví a coger, por tercera vez en poco tiempo, el camino de la iglesia. Seguimos la senda habitual, que ya empezaba a serme conocida, hasta llegar al pasaje lúgubre que María me indicara en un principio. Allí, después de varias horas de viaje, mi guardián tomó la delantera e, introduciéndose por el pasadizo angosto y frío que se separa del camino de Torresluengas, vino a llevarme hasta el muro que había detenido mi huida la vez anterior. Se dirigió sin vacilar hasta una de las esquinas y se dispuso a quitar una piedra, con gran trabajo, que luego transportó con ambas manos hasta dejarla en el suelo. Hizo lo propio con otra más y quedó un paso lo suficientemente ancho como para permitir la entrada arrodillado. De esa guisa nos pusimos y, gateando,

atravesamos el muro, que no tenía menos de diez pies de ancho, hasta salir al aire libre, pasado el camino. Por la otra parte no había muralla alguna, sino que era un monte lleno de hojas, árboles y arbustos. Estaba totalmente camuflado, pero me fijé bien para poder reconocer el lugar y volver a él con algunas de mis gentes.

Un hecho singular me sucedió nada más salir a la parte libre, un suceso que no puedo pasar por alto. En cuanto hube franqueado el muro, noté un gran cansancio que se apoderaba de mí. Sentí cómo las piernas me temblaban de pura debilidad y al tiempo noté cómo mi rostro se vencía, estirado por una mano invisible y hercúlea. Una mata de cabellos empezó a caer de mi cabeza, a guisa de hojas secas de un árbol zarandeado por un viento de otoño, y mis hombros se doblaron, como agostados por el peso de una armadura. A través de la lluvia de cabellos que caían de mi cabeza hasta entonces tupida, pude ver cómo mi guardián me observaba con espanto, haciéndome señas para proseguir el camino. Así lo hicimos —yo con gran esfuerzo— y entonces empecé a sentir que aquél sí era el camino que tan inútilmente intentaba encontrar antes, el camino que llevaba hasta mis posesiones. Continuamos avanzando por él y, hacia mediodía, un caminante se divisó a lo lejos. Era un pastor, rodeado de ovejas y cabras, que venía silboteando una canción. Mi guardián no hizo el menor signo ni visaje de haber notado su presencia, pues continuó andando como si nadie se interpusiera en su camino. Al hacerle notar su aparición, pude ver que mi persona le producía una cierta aprensión, como

si me tuviese asco. Se apartó de mí dando voces y me rogó —y éstas fueron sus únicas palabras— que no le tocara para nada. Tal expresión de espanto había en su rostro que así lo hice, disponiéndome a saludar al pastor y a escapar con él si la ocasión así se presentaba.

Pues bien, cuando aquel pastor estuvo a pocos metros de mí, no sólo no dijo nada, sino que parecía no vernos, siendo así que no parecía ciego. Pasó por nuestra vera sin dejar de silbar, al tiempo que arreaba su ganado. Supuse que estaba loco o turbado, como así debía de ser.

Seguimos caminando e imaginé que la visión de mi castillo me animaría un tanto, haciéndome olvidar aquel desgraciado episodio. A lo lejos vi una torre que se erguía enhiesta y arrecié el paso, sacudido por una terrible ansiedad. La distancia que nos restaba era corta y el sol ya asomaba por el horizonte, calentando nuestras cabezas y haciéndonos desabrochar las túnicas por el fuerte calor. Anduvimos y anduvimos y nos encontramos por fin al pie mismo del torreón. Pasamos el portón de entrada.

No había ni un alma, ni allí ni en la aldea intramuros. Tampoco se veía humo ni se oía ruido de faenas. Empecé a estremecerme pensando si el pueblo y el condado habrían sido abandonados sin remedio. Empujé la puerta grande y ésta se abrió sin resistirse. Todo daba el aspecto de estar abandonado y yermo. Grandes plantas se habían enseñoreado en el centro del patio del castillo; las trepadoras y los líquenes estaban por todas partes.

Un cadáver de acémila yacía en el patio, descompuesto y hediondo, parcialmente devorado por los lobos. Recordé que los antiguos alárabes solían pedir la lluvia sobre los terrenos y las casas abandonadas. Allí no hacía falta, pues los grandes torreones estaban cubiertos de plantas y algunas de las troneras vomitaban raíces, que se descolgaban por los muros perezosamente. El pozo estaba abandonado y la cubierta hecha tablones, como si por allí hubieran pasado los alberéberes. Me asomé por el brocal. El fondo estaba lleno de cadáveres humanos, huesos y restos blanquecinos, que daban fosforescencias tétricas como consecuencia de la mucha humedad. Había en aquel montón de huesos descompuestos y cabelleras exageradas una seria advertencia para mi persona, y parecían puestos allí más para asustar al sediento que para ocultar el crimen del que eran mudos acusadores. Aparté la vista, horrorizado, de aquellos despojos que en tiempos fueran mis servidores, y entré en el castillo, con el paso vacilante debido a la emoción y al cansancio.

Todo el interior estaba derruido y renegrido por efecto de un incendio. De mi estancia no quedaba ni la techumbre, en parte dismantelada por el viento y las heladas. La biblioteca de mi padre estaba esquilmada, y tan sólo algunos códices se habían escapado a la rapiña y se hallaban esparcidos por el suelo, con las hojas de pergamino chamuscadas y tiznadas del hollín de los incendios. Los anaqueles habían ardido en su totalidad y sólo permanecían en su sitio los enganches de hierro que los sujetaban a los murales. Mi compañero me

seguía observando, poniendo más atención en mí que en aquella ruina desolada, objetivo de nuestro viaje. Le hice una seña y juntos nos encaminamos hasta el patio. Allí le indiqué el enorme sarcófago y dimos comienzo a la profanación. La losa no cedió fácilmente a nuestros esfuerzos, por lo que nos vimos forzados a levantar una garrucha que pudiese hacer la fuerza necesaria. La izamos por fin por medio de ella y la depositamos a un lado.

Vi la mortaja blanca que un día envolviera los restos de mi padre y entre aquel hombre y yo nos dispusimos a levantarla. Al lado quedaron los restos, ya exigüos, de mi abuelo, rodeados de un polvo rojizo y ocre que un día fuera su carne y pulverizados por el peso del cadáver de mi padre. Sobre aquel polvo, al que todos hemos de retornar, habían quedado las marcas de su sudario, y las minúsculas tramas del lino eran observables fácilmente. La mortaja cedió al tocarla y se deshizo, como si fuese harina recién sacada de la molienda. Al quedar el cuerpo al descubierto, vimos que no era sino una masa de polvo rojizo que se descomponía al tomar contacto con el aire. Caía suavemente, como si de la más fina arena de reloj se tratara, o del agua de una clepsidra, y pude ver que los huesos quedaban al descubierto, por lo que me apresuré a coger uno, a fin de dar por finalizado aquel trago espantoso que la fortuna me había escanciado. Pero, al alargar la mano e intentar coger un huesecillo, que se me hizo el más pequeño que pudiera darme la libertad, mi mano resbaló por él y no pude tomarlo. Insistí en asirlo y no obtuve ningún

resultado. Mis manos no parecían capaces de penetrar aquel cuerpo o siquiera de rodearlo y asirlo. No sentía su tacto y el huesecillo permanecía inmóvil en su sitio, mientras mis dedos lo atravesaban y traspasaban sin ningún resultado. Atemorizado y aturdido por lo que se me antojaba la diestra de Dios que se interponía entre mi mano sacrílega y los restos de mi padre atormentados por la corrupción, retiréme e hice ademán de huir, por lo que mi compañero me detuvo y adujo que él mismo tomaría el hueso. Lo intentó, pero con el mismo resultado que yo. Así que los dos, a falta de mejor solución, echamos a correr, no sin antes depositar yo el anillo de la piedra imán sobre los restos de mi padre. La tumba quedó abierta a la rapiña de las fieras y las rapaces. Aterrorizados, atravesamos el bosque que se espesaba alrededor del castillo y nos encaminamos de vuelta a nuestro destino. Un caminante se cruzó con nosotros. Sin dar ocasión al guardián a impedírmelo, le hablé diciendo:

—¡Oh, caminante! Quienquiera que seas, escucha lo que voy a decirte ...

Ni su rostro ni su actitud dejaron ver alguna señal, pues parecía como si no me oyera o algún impedimento turbase sus sentidos. Sin embargo, y a pesar de todas esas cosas, de su aparente insensibilidad y de su despiste, en un instante preciso, sin saber yo por qué, empezó a visajear por todos los lados. Lo que advirtiera no lo sé, pero, de repente, echó a correr como un poseso, haciéndome sospechar que nuestros sentidos le

habían avisado de nuestra presencia de algún modo que yo no comprendía ni acertaba a adivinar. Desapareció de la vista como una exhalación y seguimos caminando.

Cuando ya habíamos recorrido un buen trecho, se me vino a la mente la idea de escaparme e ir a contar a mis villanos, si alguno quedaba con vida, lo que me estaba acaeciando en la mala villa de Torresluengas. Vi a mi compañero, que marchaba adelantado y parecía distraído y reconcentrado en sus propios y nebulosos pensamientos, no pareciendo meditar sino en el fracaso de nuestra empresa, a la vez que en la singular resistencia de aquel muerto que fuera mi padre a ser desmembrado y transportado a donde yo me dirigía de nuevo en aquel momento. Vi que la ocasión era propicia y, en un momento, salté a la vera del camino y me escondí tras unos zarzales. Mi guardián y custodio no pareció darse cuenta de mi defección o, si se dio cuenta, pensó que aquel asunto le importaba un ardite. El caso es que nada hizo, ni siquiera el menor gesto de iniciar la persecución. Siguió andando pausadamente y se perdió a la primera vuelta del camino.

Yo salí y me enfrenté a la libertad, que ahora se me hacía dura de llevar, tanto más que la sospecha de que algo había cambiado dentro de mi persona empezó a hacerse fuerte en mí. La imposibilidad de comunicarme con mis semejantes de fuera de Torresluengas me había martirizado sobremanera, pese a mis pretensiones de considerarlos anormales o fuera del común sentido. Ahora pensaba qué hacer, adónde ir, cómo conseguir

hablar con las gentes de aquel valle, si es que las había, y muchas otras cosas. No tenía ni unas monedas, ni ropa con la que no atraer la atención, como no tenía manera alguna de explicar lo que me estaba sucediendo. La sospecha de que aquella cruz implantada en mi pecho había producido alguna suerte de transformación o cambio empezó a tomar cuerpo en mi mente. Ignoraba, por otra parte, si aquello tendría remedio o no. Pero malhayán los seres que me habían llevado a ese extremo, me repetía sin cesar en voz alta, pensando que tanto daba hablar a gritos como a susurros si mi voz no podía ser oída. Alcancé un pequeño arroyo y vi que descendía por él una canalización de obra humana. Eché a andar siguiéndola y no perdiendo su cauce de vista, pues suponía que me llevaría a algún sitio habitado por el hombre. Así fue, pues a poco de tantearla y seguirla, llegué a un casal, en el que se solazaban las aves de corral y los cerdos. Había un fuego que humeaba y gentes alrededor afanándose en las tareas propias del campo. Saludé con un grito y me dirigí hacia allá esperanzado, mi corazón dando golpes de emoción, y mi mente buscando las palabras adecuadas para ser dichas ante la llegada de un extraño con atisbos de locura en los ojos, que fueron los que espantaron de mi vista a los caminantes que se cruzaban en mi camino. No parecieron verme y, al acercarme más, me interpuse entre uno de ellos y el lugar al que se dirigía, diciéndome que así no tendría más remedio que advertir mi presencia y dejar notar su hospitalidad de alguna manera. Pero no fue así, lector si lo hay. Atravesó mi cuerpo como si de

aire se tratase, sin turbar su expresión ni un ápice. A la vista de ello, eché a correr como un demonio a la vista de la Sacratísima Hostia, y no me detuve hasta encontrarme absolutamente solo. Presa de una locura pasajera, comencé a tirar de mis cabellos y a darme golpes en la cara para comprobar si era tan transparente a mí mismo como lo parecía ser a los ojos de los demás. Al notar el fuerte dolor, cesé en mis manifestaciones de desvarío, y me senté a meditar sobre todo aquello, sumido en la más negra de las tristezas. Comprendí que me habían echado una mala ojeada, dejándome invisible para el género humano. Sospeché, tragando saliva, que la solución para mi singular caso no pasaba sino por Torresluengas y su hechicera, ya que era la única que podía devolverme a mi estado inicial. Me dije para mis adentros que era mejor volver a la villa e intentar solucionar mi caso que permanecer en el mundo como un alma en pena, vagando sin poder alcanzar un fruto que se encontraba al alcance de las manos. Temí que algo malo me pudieran hacer aquellas gentes, pero al fin me dije que, en el caso de que hubieran querido darme muerte, ya lo habrían hecho sin más preámbulos. Pensé que algo de mi persona les atraía sin ninguna duda, o que era la piedra angular de Dios sabe qué quimera, y que lo más lógico era tratar de averiguarlo bajo la protección de aquella cualidad. Puse rumbo a Torresluengas y juré para mí mismo vender cara mi piel en caso de que tuviera que luchar por ella.

C A P Í T U L O V I G É S I M O

—AFIRMÁIS QUE NO PUDISTEIS COGER EL HUESO de vuestro padre —dijo uno de los jueces.

—Así fue. No pude tomarlo, pese a que estaba al alcance de mis manos y delante de mis ojos.

—¿A qué se debió aquello? ¿Sabéis lo que esto ha de suponer para vuestra libertad?

—Lo sé. Como también sé que algún extraño sortilegio, misterioso para mí, me ha hecho invisible para el resto de los hombres.

—Pues yo os veo perfectamente —objetó uno de ellos, divertido.

—Pero vos no sois un hombre —repliqué con celeridad —lo mismo que esos que os rodean y la mujer que os sirve de cebo, amén de tantos otros que pueblan la villa.

—Y entonces, ¿qué somos? si es que puede saberse —insistió el mismo juez.

—Demonios o seres venidos de las profundidades de la tierra.

—Si es así, nos vais a permitir que os invite-

mos a nuestra morada —volvió a responder desdeñosamente, imbuido además de odio.

—Haced lo que queráis, pues tanto me ha de dar una cosa como otra —respondí, despechado.

Se me llevaron y volví al sótano lóbrego del torreón. En la soledad de mi celda, acuciado por un silencio estremecedor, sólo roto por algunas gotas de agua que caían pausadamente, empecé a meditar de nuevo sobre la situación. No sólo no había conseguido mi propósito de escapar, sino que me encontraba mucho más lejos de mi objetivo que antes, pues una nueva cárcel me había sido concedida: la de mi aislamiento del mundo de los hombres. Era invisible y tangible sólo para aquellos monstruos que me perseguían, lo que ya era mala ventura. Por otro lado, nada había conseguido averiguar de mi posición dentro de aquel escaque, pues nunca me era dado asomarme al tablero con la distancia holgada que me permitiera observar el conjunto de las piezas en movimiento. Yo sabía que algunos peones estaban en lucha. Conocía al rey y a la dama. Intuía qué harían los alfiles y sabía de los caballos, que me habían sometido a un jaque despiadado. Pero casualmente eran las torres, en aquella villa llena dellas, las que se me escapaban. Por dónde llegaría el último jaque era cosa que no conseguía averiguar.

En medio de toda aquella diarrea de acontecimientos absurdos, no osaba ya interrogarme acerca de la realidad de éstos, pues a veces me invadía la dicha de encontrarme bajo los efectos de una misteriosa pócima,

cuyas consecuencias en mi cuerpo no podía evaluar, y que, de un momento a otro, me despertaría, consumido por la fiebre y rodeado por los rostros solícitos de los monjes de Santo de Domingo en Legio. Mi mazmorra goteaba lentamente, como si yo estuviera dentro de mi propia clepsidra, la que marcaba lentamente, en algún lugar del Averno, las horas que me quedaban de vida. Seguía esperando que la puerta se abriese para intentar, esta vez con éxito, lo que ya había ensayado tantas veces sin él. Pero la fortuna quiso que mi destino fuese muy otro. Otrosí, que fuese el más terrible que imaginarse pueda el ser humano. Se me decretó el tormento y, a tal efecto, vino un guayta a mi celda, para comunicarme, entre otras cosas, que habría de confesar sin remedio lo que sabía. Pregunté de inmediato:

—¿Qué he de confesar y respecto a qué?

—No lo sé, hermano, pero no es cuestión que importe, pues sabréis sin duda que lo más siniestro de la tortura, en los casos en que ésta se lleva a cabo, es que los convictos no tienen nada que decir, sin que por ello dejen de hablar al fin. Y cuentan lo que saben y muchas cosas que se sorprenden de saberlas, pues es bien sabido que el que da tormento lo hace por afición a ello y apego a la violencia, por lo que tanto se le da lo que se le cuente. Pero oídme, vuestro infortunio es más grave, pues habréis de presenciar la tortura de un convicto antes que la vuestra, y a fe que no me extrañaría que hablaseis por la visión della sin más. Disponeos pues.

Me levanté, abrumado por mi destino, y me en-

contré ascendiendo, a fuerza de los empujones que me propinaba mi anterior guía, por la escalera, hasta la sala que me acogió para la imposición de la cruz. Su aspecto y apariencia había cambiado. Aquello era ahora toda una sala de tormento y muy amena.

Una gran silla de púas presidía la sala. Al lado de ella estaba la terrible rueda, que no es tortura, antes bien una forma de ejecución, por las malas heridas que produce y lo irreversible de sus efectos, que no dejan hueco a cuestión alguna. La silla era de las ya vistas por mí en otro tiempo y lugar. Tenía pinchos por todos los costados y era de hierro, de tal manera que, al calentarla por debajo, las heridas cicatrizaban rápidamente por efecto de las púas rusientes, de tal guisa que se podía recomenzar la inquisición en un breve lapso de tiempo.

Por encima de la mesa que antes sirviese para sanar estaban esparcidos diferentes instrumentos de carácter igualmente siniestro y horroroso. El aplastacabezas era el más temible. Éste, lector, es artefacto que no deja sitio a las manifestaciones de valentía, hombría o fe. Trátase de media esfera de madera maciza que, al ser oprimida por un tornillo de prensa, aplasta, como bien dice su nombre, la cabeza sobre sí misma, produciendo grandes heridas al estallar ésta por sus puntos más débiles, saltando los ojos de sus órbitas y rodando por los suelos, de tal modo que la víctima se puede ver a sí misma a tres palmos, facultad que en este mundo terrenal de ordinario nos está negada. Estaban también los látigos y las fustas, cuya descripción obviaré por ser,

tristemente, demasiado comunes entre nosotros como para que alguien los desconozca o no haya oído hablar dellos. Allí estaba la pera anal, instrumento de hierro del tamaño de una perilla de agua, cuyos lados se despliegan como alerones de ave por acción de un torniquete, una vez que el conjunto está en ese sitio sacrosanto que no admite roces ni lascivias. Tal es el espantoso daño que produce al abrirse, que muchos de los que oyen hablar de ella confiesan sin que sea menester utilizarla, lo que se admitirá constituye el máximo de contundencia.

Y a fe que todos aparatos no parecían nuevos, ni recién hechos para la ocasión, mas algunos tenían sobre sí manchas de sangre y cabellos adheridos, amén de las rozaduras propias del instrumento que se ha hecho al uso. Eché a temblar como una hoja y rogué el perdón de inmediato.

El convicto no era hombre, sino hembra, y vi que aguardaba, con los ojos bajos ante la mirada de los jueces, que permanecían distantes. La mujer, a la que reconocí de inmediato, no era otra que la joven con la que hablara a la entrada de la casa de Lorenzo la noche de su tránsito. Vestía una túnica blanca y estaba acicalada para la inquisición. No dudé que el tormento que se aplicaba estaba relacionado con mi persona, pero no dejaba de interrogarme acerca de lo que querían de aquella joven. Comprendí al instante que aquello era un espectáculo preparado para mí, por lo que guardé silencio simulando indiferencia.

Habló el juez de mayor edad, o diré mejor, el menos joven, y dijo, dirigiéndose a la muchacha:

—Por última vez, decidnos, ¿qué sabéis de este hombre? No dudéis en hablar, pues vamos a encontrar la manera de que lo digáis por las buenas o por las malas.

—No lo sé, señor, y es la primera vez que lo veo, os lo juro.

—¡Mentís! Lo habéis visto anteriormente, ¿no es así?

—Nunca, señor —respondió trémula.

El juez hizo un gesto y el verdugo, un hombre entrado en años, de tupidas barbas y torso hercúleo, la agarró por las muñecas y la introdujo en la silla de púas por la fuerza. Allí la obligó a sentarse y le ató las correas que la ciñeron a la silla, comenzando a apretarlas. La muchacha palideció horriblemente y, lívida de dolor, comenzó a chillar. Pero no dijo una palabra de mí. El juez hizo otra seña y le fue puesto el aplastacabezas, que le vino algo grande, por lo que le fue añadida una pieza de madera debajo de la barbilla. Porfío en callar. El verdugo se empleó en presionar la rueda y la media esfera fue bajando, oprimiendo la cabeza de la muchacha. Los ojos parecieron querer saltar de la cara; las mandíbulas rechinaron como ejes de carreta; la sangre fluyó de los labios, negra y espesa. Ante aquella visión, que espantaría al mismo Roldán, y no viendo la posibilidad de que la muchacha dijera una sola palabra en aquella pos-

tura, paré la inquisición con un gesto y dije:

—¡Basta! Sabed, señor Juez, que esta mujer nada sabe de mí. Tan sólo se encontraba delante de la casa de Lorenzo cuando éste entregó su alma a Dios. Ella me contó lo que pasaba y no volvimos a encontrarnos. Dejadla pues.

El juez hizo un gesto solemne con la cabeza y el verdugo dio una vuelta muy rápida al torniquete. La cabeza estalló con un crujido seco y trozos de vísceras saltaron por todos los lados. Uno de sus ojos vino a dar en pecho y quedó prendido allí, blanco y observante, hasta que lo desprendí con un gesto. Retiraron el cuerpo de mi vista después de haberle arrancado la cruz del pecho con unos garfios en forma de cocodrilo. Todo el mundo salió y me devolvieron a la celda, para mi sorpresa y alivio.

CAPÍTULO VIGESIMOPRIMERO

AL TERCER DÍA FUI LLAMADO DE NUEVO A LA SALA, pero esta vez para un juicio sumario, según imaginé al entrar en ella y encontrarme allí con todos los personajes que había conocido hasta entonces en la villa. Allí estaban los jueces, con sus casacas rojas para la ocasión. Allí María de Porrera, o quien quiera que fuese, con su hijo a la vera, sobre cuyas facciones colgaba la misma expresión de aburrimiento desesperado de siempre. Erguido estaba Jacent, serio y con la vista baja, aunque supe que su presencia ya no me podía hacer gran daño, habida cuenta que yo sabía cosas de su industria que no se arriesgaría a que dijese. Se abrió la sesión y vino a hablar el juez que presidía con las siguientes palabras:

—Ha llegado, querido Buenaventura, vuestro momento de luz esplendorosa. Vais a ser juzgado por los siguientes delitos, cometidos todos ellos dentro de vuestra villa. Engaño, pues ocultáis vuestra personalidad en un cuerpo mortal, sin que nos haya sido dado averiguar cuál es vuestra procedencia o si habéis llegado al punto o no. Violación, pues nos consta que os habéis refocilado con vuestra madrastra, nada menos. Ocultación, pues habéis ocultado las secretas operaciones de nuestro siervo Jacent. Depravación, pues

os habéis atrevido a violar y profanar las tumbas de nuestros antepasados e incluso la de vuestro padre. Extrañamiento, pues nos consta que sois un extraño por completo, y esto en nuestra tierra es tenido por muy grave, pues vuestro cuerpo no parece responder a las cualidades que a los habitantes son comunes, por lo que vuestra existencia se está convirtiendo en una onerosa carga para nosotros. Violencia, pues habéis golpeado a un guardián de los nuestros, ocasionándole un gran descalabro de cabeza. Y, por último, y éste es el más grave, rebeldía, pues os negáis a aceptar y admitir vuestro nuevo estado. ¿Qué tenéis que responder o alegar a todo esto?

Nada respondí, pues enseguida se me hizo que mi suerte estaba echada. Paseé la vista por toda la habitación, como si aquello fuera ajeno a mi interés, y permanecí en silencio.

—No decís nada, pues no sois tan necio como para hablar, pues empeoraríais vuestra suerte. Leednos la sentencia pues.

Su compañero de tribunal desenrolló un grueso pergamino y dio lectura a la siguiente acta:

“Nos, Arnaldo de Torroja, Pedro de la Cadireta y Ramond Martín, por el poder que nos ha sido concedido, condenamos a Buenaventura del Podioventoso por la falta de referencia de que hace gala y la ocultación que nos ha hecho de su terrible enfermedad, a muerte prematura por

desmembramiento, a la manera que decida nuestro siervo y boticario Jacent de March. Que la cruz séale arrancada por la fuerza después de muerto y que cuelgue con las otras como muestra de la buena voluntad de este tribunal. Amén.”

Volvió a rollar el pergamino y añadió, reprimiendo un bostezo:

—¡Retírense todos!

CAPÍTULO VIGESIMOSEGUNDO

HE ESTADO TRABAJANDO MUY DURAMENTE CON JACENT, codo a codo. Hemos aserrado maderas, desenrollado bronces y alambres, tallado escayolas y hecho resortes sin fin, así como otros instrumentos que van a ser impuestos en mi cuerpo para ser convertido en un autómata, en un muñeco de palo dotado de vida y movimiento. Mi sangre correrá absurdamente, mis venas serán rellenadas con líquidos de alcofol, mi pecho vaciado y urdido de alambres y cuerdas. Mis pasos, a partir de ahora, serán vacilantes y temblará mi mirada hueca ante la presencia de los hombres. Voy a ser lo que nunca fui: un siervo con la apariencia de hombre, y mi búsqueda por el monte de hierbas y matojos a lo mejor me lleva por fin, en un paso trastocado y convulso, a la senda de mis antiguas posesiones en aquel castillo que dejé en tiempos. Seré quizás entretenimiento de Pero, para que sus días no se alarguen hasta tocar el odio. Seré la dicha de la villa, que me saludará sonriente al salir el sol, mientras trastabillo con mi cesto cargado de hojas. Seré como un fantasma que vaga por las

tinieblas, tropezando sin cesar como ya lo hiciera en esta vida, hasta que algún obstáculo, alguna mano izquierda, alguna lluvia, un mal paso, una niebla, dé con mis huesos en tierra, abrumada de siglos. Acuérdate de mí, Jesucristo.

(El Cairo, Madrid, Florencia, San Gimignano, 1984-85; revisado en 2017)

